De hermano a hermano

Adelaide M. Cesar

BERTONE

Cesar, Adelaide
De hermano a hermano / Adelaide Cesar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bertone, 2026.
274 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-91433-1-7

1. Literatura. I. Título.
CDD A860

2025. Primera edición.

Coordinación editorial: Martín H. Bertone
Diseño de tapa e interior: María Cordini

ISBN 978-631-91433-1-7

Impreso en BOLDT Impresores.
Pinzón 925, C1161 CABA
en el mes de enero 2026.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina.

Ninguna parte de esta publicación , inclusive el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Adelaide
M. Cesar
De hermano
a hermano

A Laura y Martín, que dieron valor a tantas hojas escritas y las reunieron en un libro.

A mis primeras pacientes escuchas, que ya están en el cielo: Ida, Yolanda, Aurora y Pirucha.

ÍNDICE

Palabras de la autora 9
Prólogo 11
LOS ANIMALITOS 15
La música del río 17
La navidad de los animalitos 21
Baluba, la golondrina 25
El tigre blanco 27
La ratita gris 30
Tania y pancho 33
Él y ella, los grillos 36
Panda y Tobías 39
Nanuk y Nicoy 42
Algo especial 46
Cortejo 47
Cualquier semejanza con el mundo actual... 49
Makiba 55
Los migrantes 62
Misión cumplida 65
La pantera negra 69
La muerte del tigre 71
La bruja de los pájaros 75

EL PODER DEL AMOR 79
El blues y Katrina 81
A la sombra del Monte Blanco 84
Pelado y Peludo 88
El hada abuela 93
El sol, la luna y Cacuí 96

El gigante de los ojos azules 99
Tulú, el niño africano 102
Diario de una Navidad 105
Pequeña Dolores 108
Cuestión de fe 113
La señora roble 115
Dejar la casa 118
Una carta 121
Los músicos de niebla 125
Una carta para Doly 129
Adiós, Nonino 131
El gesto de Tobías 134
Arena y soledad 139
Mamá italiana 142
Recuerdos 145
Una historia sencilla 148

ECOS DE LA GUERRA 153
Las perforanieve 155
El cuento de la abuela 158
Otro cuento de la abuela 161
La canción 166
Amigo zorzal 170
Dos de Oros 173
Olivos, cobra y una estrella fugaz 177
El mensaje 183
Tregua en la Franja de Gaza 184
Una Nochebuena 188
Infinitamente más grande 193
Carta para mi amigo viento 196

Cáscaras de mandarina 201
El humo manso 204
Las trenzas del *partigiano* 207
Medicinas para el alma 213
Reunión en la cumbre 216

MOMENTOS DE REFLEXIÓN 221
Pequeño relato de inmigrantes 223
Manos de madre 226
Plegaria al mar 230
Agua, siempre agua 231
Éxodo 233
La barca 236
Pequeños pastores 241
Más allá de las nubes 245
Araucaria 247
Réquiem para un pehuén 249
Carta para una hermosa hoja de roble 251
Cómo imagino "el día después" 253
Día de cobro 259
La bruja sin WhatsApp 263
La casa de enfrente 269
Luces en la noche 268
Una respuesta de amor 271

Cuando empecé a escribir estos cuentos, tan sencillos, estaba cuidando a una señora enferma de Alzheimer. Tal vez fue por la necesidad de acompañarla, pero también de llevarla a un mundo simple, lleno de fantasía e imaginación, para que pudiera olvidarse por un rato de los medicamentos.

Después, seguí visitando a otras personas. Y, entonces, me di cuenta de que no sólo las beneficiaba a ellas, sino también a mí, y mucho. Lograba sacar todas las emociones que tenía guardadas desde que era una niña (nací un año antes de la Segunda Guerra Mundial).

Así que les pido disculpas si en muchos cuentos recuerdo momentos de aquel tiempo. Pero siempre trato de mostrar cómo un niño pequeño –de cuatro o cinco años– puede ver cosas bellas, incluso en medio de cosas terribles.

Los niños pueden ver cosas que los adultos ya no. Quizás por eso seguí escribiendo siempre, para no dejar de mirar el mundo con ojos de niña.

Adelaide M. Cesar

A modo de prólogo

Hace ya muchos años, en uno de esos días en que visitábamos a la familia para compartir una comida, para ponernos al día con las novedades y degustar alguna cosa rica juntos, pasó algo que me mostró una faceta de mi suegra que yo desconocía. De repente, Aide (mi suegra) nos preguntó: "¿Les puedo leer un cuento que escribí?". Recuerdo haber tenido que hacer un esfuerzo grande cuando terminó de leerlo para no llorar, por lo conmovedora que había sido la historia. Esto se repitió muchas veces a lo largo de los años. Un día, medio en chiste y medio en serio, le dije que, por favor, me pasara sus cuentos por escrito para leerlos con tranquilidad en casa, porque cada vez que los leía en una reunión familiar yo terminaba llorando (o tratando, con mucho esfuerzo, de no hacerlo). Sus cuentos son así: sencillos y conmovedores, al igual que las ricas comidas que preparaba, en las que siempre primaba la sencillez, pero que estaban condimentadas con tanto amor que no hacía falta agregar nada más para que las papilas gustativas se deleitaran con cada bocado. ¡No saben qué poco que duraban sus "manzanas con (avena) quacker", postre sencillo y típico con el que mimaba a todos los miembros de su familia! Porque para ella, la familia era todo y verla toda junta y disfrutando de una reunión era el tesoro más preciado que podía tener... el que le llenaba inmensamente el corazón.

Pasaron los años y reiteradas veces se oía, como al pasar, el anuncio de "estoy escribiendo un cuento" o "me contaron

algo que me inspiró para un cuento". A veces solo quedaba en eso; a veces, nos lo leía, siempre con su voz pausada y acompasada.

"¿Cómo fue que empezaste a escribir cuentos, Aide?", le pregunté un día, curiosa. Ella suspiró hondo y, como mirando hacia adentro, a un mundo de recuerdos, me contó que, durante muchos años, había ido a los hospitales a acompañar a los enfermos, a ayudar, y que había descubierto que había algo que les hacía muy bien a los que estaban internados: escuchar una historia. Sí, una historia en la que los oyentes pudieran transportarse a otros lugares, a otros paisajes, a otras épocas, a otros personajes, para vivir, aunque fuera por unos instantes, una historia diferente a la realidad que les tocaba transitar. Así que ella les empezó a leer historias, y a escribir también algunas para leérselas después. Luego de eso, me dijo: "Yo, cuando escribo, también hago de cuenta que les estoy contando las historias a mis hermanos. Sí, es eso. lo hago pensando en mis hermanos". De ahí el nombre del libro, que ella misma eligió.

Aide o, como decía en su documento de identidad, Adelaide María Cesar, nació en Italia, en la provincia de Brescia, al pie de los Alpes italianos, el 23 de mayo de 1939. Llegó con toda su familia a la Argentina en 1947, después de que terminara la Segunda Guerra Mundial. Era la quinta de nueve hermanos (del mayor al menor: Cesare, Carla, Romano, Ruperto, Adelaide, Dolores, Adriana, Mercedes, Eugenio). Varios años más tarde, ella también formó su propia familia al encontrar a su compañero de vida (Carlos) con quien tuvo a sus cuatro hijos (Marcos, Fernando, Paula y Martín), que a su vez le dieron cuatro nietos (Sofía, Pablo, Nicolás y Gabriel). ¡Hay que ver lo que son los festejos familiares cuando estamos todos!

Cuando surgió la propuesta de reunir una selección de sus cuentos en un libro, para que toda la familia y amigos pudieran disfrutarlo, y para que no se perdieran entre borradores de papel y archivos en la computadora, Aide se puso repasar todo lo que había escrito y seleccionó todos los cuentos que están en este libro. Nosotros... ¿Cómo decirlo? Habíamos escuchado algunas de estas historias, ¡pero no teníamos ni idea del volumen de cuentos que había escrito! ¡Y eso que no son todos! Con mucho cariño y paciencia, me ofrecí a acomodarlos en un mismo formato, a agruparlos por temática, y a llevar adelante el proceso para que este legado familiar pudiera llegar a manos de todos sus seres queridos y perdure en el tiempo. Yo misma había hecho algo parecido con varios relatos escritos por mi abuelo, y asumí esta tarea con gusto y orgullo.

Los relatos de este libro no son simples cuentos: cada uno tiene en su trama una historia con parte de verdad, parte de ilusión, parte de recuerdos y, claro, también, parte de imaginación. Los relatos sobre la guerra cuentan muchos recuerdos de su infancia en Italia, porque las clases sí se daban en una iglesia y nunca se suspendieron por la guerra, porque siempre algo se podía aprender, porque la escuela había sido convertida por los alemanes en cuartel general, y porque los hermanos más grandes sí iban a la escuela en otros pueblos en bicicleta cuando podían y se tenían que esconder en las zanjas del camino cuando escuchaban o veían un bombardero, porque la "bruja de los pájaros" sí existe, pero no es ninguna bruja, sino más bien una clase de "hada madrina de los pájaros", porque los relatos de los barcos y la guerra en el Atlántico Sur también le tocó vivirlos en primera persona.

De hermano a hermano reúne pedacitos de los recuerdos, ilusiones, enseñanzas y creatividad de Aide, que también supo volcar en sus cuadros y esculturas. Este libro es para recordarla con alegría, con su sonrisa franca y sus abrazos abrigados.

Aquí está finalmente publicado tu libro de cuentos, Aide, y cumplimos la promesa que te hicimos hace mucho de que tus historias no se iban a perder, aunque hoy te toque mirarlo desde el cielo.

Laura Schejter

LOS ANIMALITOS

La música del río

El río corría tan manso que apenas se escuchaba su música. Era como un murmullo de un nocturno del dulce Brahms. Las violas y los chelos apenas susurraban y la percusión apenas acompañaba, con un ritmo tan leve como para relajar a quien lo podía escuchar.

Alguien sí estaba escuchando la música del río: una loba blanca con el lomo gris se había sentado sobre una de las piedras redondas y planas que

emergían del agua.

Estaba triste, muy triste, mirando el agua, y de cuando en cuando algo caía en ella y formaba pequeños círculos que se alejaban y se perdían. Y, noche a noche, los castores podían verla desde su escondite, entre las ramitas de sus diques. A veces, levantaba el cuello y, con el hocico apuntando al cielo, aullaba. A veces, sus cachorros venían a buscarla saltando y trotando entre las piedras del borde del río. Entonces, ella se ponía a jugar con ellos y les enseñaba a pelear, pero nadie se daba cuenta de que el pelo del hocico bajo sus ojos estaba mojado.

Una noche, mientras los castores buscaban ramas bajo los árboles para construir sus diques, se encontraron con el viejo búho, que como no duerme de noche, se entera de todas las cosas que pasan en el bosque. Él les contó a los curiosos castores por qué la loba blanca estaba triste.

Les contó que, en una camada anterior, ella había criado a cinco cachorros, pero uno era completamente blanco, ¡era hermoso! Creció mucho más fuerte y despierto que los demás. Usky no aceptaba las reglas de la manada, y su rebeldía lo llevó hasta el punto de enfrentarse con Kanuk, el lobo jefe de la manada. Kanuk no era todavía tan viejo como para que un joven lo pusiera de espaldas al suelo. La ley de la manada se sabía, como todas las cosas de la naturaleza: el ganador de la pelea no se ensañaba con el contrincante, simplemente lo ponía a su merced, pero no lo mataba; la vergüenza de verse vencido era suficiente y debía retirarse de la manada, ya que no quería convivir en paz.

Y así fue como se convirtió en un "lobo solitario", porque tampoco se le permitía integrar otra manada.

Así pasó el tiempo y llegó la primavera. Los árboles se empezaron a teñir de un verde fresco y brillante. Los cachorros, en el límite del bosque, estaban ensayando sus primeras cacerías cuando, de pronto, de entre los árboles, apareció un enorme oso pardo. Ellos, inocentemente, le ladraron, y el oso tiró de un zarpazo a uno de ellos a varios metros de allí. Sus gritos lastimeros atrajeron inmediatamente a la madre, que atacó valientemente al oso, pero las garras del animal, que se había puesto de pie sobre sus patas traseras, la lastimaron mucho y

la hicieron sangrar. Los cachorros, aterrados, estaban escondidos entre las piedras.

De repente, como un relámpago, un lobo blanco, salido de quién sabe dónde, se encaramó de un salto en el lomo del oso y le mordió el cuello; el oso rugió, soltó su presa, dio media vuelta y se internó en el bosque.

La loba, herida en el suelo, miró al esbelto lobo que la salvó. Era Usky. Sus miradas se cruzaron un instante, solo un instante, él dio media vuelta y se perdió en la espesura.

Los cachorros, pasado el peligro, vinieron corriendo a lamer las heridas de su madre: —¿Te duele, mamá? —preguntó uno de ellos.

—No, hijos, ya puedo ser feliz. Él es noble.

Los cachorros no entendían, pero estaban ocupados en limpiar las heridas de su madre.

El sol se estaba poniendo en esa hermosa tarde de primavera e iluminaba con sus rayos, casi a ras de tierra, la pradera cubierta de flores lila y amarillo. Es la hora del día en que una gran paz cae sobre la pradera y el bosque, los pájaros que vuelven a sus nidos se acomodan con un cuchicheo. La paz no vuelve sólo a la pradera, sino también al espíritu de quienes la habitan, y en ese silencio se puede, de nuevo, escuchar la música del río.

"Él es noble", le contó la loba al río, y el río, fortalecido en la primavera por el deshielo de las montañas, que hace que sus aguas corran con más fuerza y turbulencia, se alegró con la paz que ella le compartió y puso en movimiento todos sus instrumentos de cuerdas (el agua apurada golpeando entre las piedras), la percusión se escuchaba desde la cascada, monta-

ña arriba. Faltaba algo, y el viento vino con sus violines para que nada le hiciera falta a la más hermosa música de Tchaikovsky.

Esta historia es parte de la vida y me la contaron los castores.

La Navidad de los animalitos

En el linde del bosque, un grupo de animalitos observaban cómo, allá a lo lejos en el pueblo, se iban encendiendo las luces, muchas más que de costumbre, porque la gente adornaba las casas por la Navidad, y a pesar del gran frío iban y venían por las calles con paquetes y bolsas. El viejo búho los miraba desde su rama, como quien observa un hormiguero, mientras cerraba y abría sus grandes ojos pensantes.

—¿Por qué los hombres se alborotan tanto? —preguntó una ardilla.

—¡Por la magia de la Nochebuena, boba! —le respondió una urraca.

—¿Y qué es esa magia? —le preguntó un mirlo a su vecino el búho.

—Es —dijo después de cerrar y abrir sus ojos redondos— es esa ansiedad, mezclada con espiritualidad, que te deja una sensación de paz en todo tu ser.

—¿Aunque no tengas un pan dulce para comer?

—Sí, aunque no tengas nada que comer.

El mirlo bajó del árbol y fue a contarles lo de la magia a los animalitos que estaban abajo, como si fuera un periodista.

Un ciervito alto y flaco miró hacia arriba y preguntó:

—¿Todos los humanos sienten esa magia?

—Nooo —dijo el búho, y movió de un lado a otro la cabeza—, sólo los niños y algunos adultos que todavía tienen a un niño dentro de su corazón. Los demás... piensan que la Navidad se murió. Un día, no sé cuándo, pero se murió.

De nuevo movió la cabeza de un lado al otro. Parecía triste. Todos se quedaron mirándolo. Una conejita blanca dijo gimoteando

—Eso es muy triste, muy triste.

Se hizo un gran silencio, y la nieve empezó a caer muy lentamente. De pronto, se escuchó un estruendo. Las orejas de todos se levantaron, los ojos se dilataron y los pájaros levantaron vuelo al instante. El bosque se estremeció.

Los pájaros fueron los portadores de noticias, los primeros que descubrieron lo sucedido. Aunque ellos no saben llorar, les costó mucho remontar vuelo de nuevo e ir a buscar al viejo Sebastián, un guardabosque tan noble que los animalitos lo consideraban uno de ellos.

Lo escoltaron hasta el claro del bosque donde yacía Enka, una hermosa cierva joven que acababa de ser mamá. Una bala le había dado en el cuarto trasero y no podía caminar. Su cría estaba escondida bajo un arbusto.

El viejo Sebastián limpió bien la herida luego de extraer la bala, y mientras pisaba hierbas haciendo un emplaste para que la herida sanara, les dijo a los animales que la cierva no se podía mover o sangraría mucho, así que podían hacerle un

cobijo de troncos allí mismo. Todos pusieron manos a la obra: conejos, ratones, ciervos, halcones, urracas, castores y jabalíes. Trajeron ramas y construyeron una cabañita de troncos. Mientras trabajaban y charlaban, se enteraron cómo el jabalí embistió y persiguió a los cazadores que pretendían matar a Enka.

Todos allí estaban tratando de dar calor al pequeño cervato, recién nacido. ¡Parecía la imagen de un pesebre! Pero como los animalitos también son un poquito chusmas, alguien dijo:

—¡Los muy cretinos, querían comer carne de ciervo!

El búho, desde su rama, se estremeció al escuchar esto, abrió los ojos y las alas, muy grandes, y se movió inquieto de un lado a otro:

—Chh... chh... chh...

Cuando creemos que un búho duerme porque está con los ojos cerrados, simplemente está escuchando la voz de la naturaleza. Por eso es tan sabio.

Lo que escuchó estaba en contra de la ley del bosque y lo perturbaba enormemente.

— Ch-ch-ch... ch-ch-ch... —se sacudió de nuevo—. Eso que dicen no es más que rencor, y en el bosque esa porquería no debe existir, es un sentimiento de los hombres, de esos mismos hombres que mataron la Navidad.

—Pero mirá lo que le hicieron a Enka.

—Sí —dijo el búho—, pero no se confundan. Miren lo que ustedes pudieron hacer por Enka. ¡El amor construye, el rencor destruye! Si no perdonan, nunca habrá paz en el bosque.

Había dejado de nevar y un pequeño gato montés se acercó al pesebre y se acurrucó al lado de un ciervito. El jabalí de grandes dientes, con los que había acarreado los troncos más

grandes, miró al conejo que estaba a su lado y el halcón, posado sobre la tortuga, miró al ratón del bosque.

Había dejado de nevar y una extraña luz se coló por entre los árboles. El búho cerró sus alas y se acomodó en su rama. La paz había vuelto al bosque.

Baluba, la golondrina

Baluba era una golondrina con el pecho muy blanco y el lomo negro azulado. Tenía su nido bajo las tejas del alero de la casa de Julia. Julia esperaba a su bebé y Baluba a sus pichones. Se conocían mucho porque la golondrina venía cada año en primavera a empollar en el mismo nido y cuando los pichones crecían y empezaba el invierno, emigraba al sur de África, donde hace calor. Su pequeño cuerpito no habría resistido el frío invierno y la nieve. Es así que, mientras Julia tendía pañales al sol, la golondrina buscaba bichitos y gusanos para alimentar a sus polluelos con picos grandes y abiertos, que piaban mientras la esperaban.

Entre las dos mamás nació un compañerismo, una amistad silenciosa hecha de miradas dulces con sabor a comprensión. A veces, la golondrina se posaba tan cerca que Julia se acostumbró a hablarle y Baluba la miraba, ¡deseando tanto poder contestarle!

Pasó el tiempo y cada primavera Julia miraba el cielo esperando ver la bandada de puntitos negros: las golondrinas que

volvían, infaltables. Era el renacer de la vida en el jardín y en el corazón. Pero cuando el último de sus hijos se fue, Julia se sumió en la tristeza. Ya no recogía las manzanas para hacer tortas, ya no plantaba ni cuidaba sus flores. Simplemente se sentaba en el patio por las tardes y miraba a lo lejos.

Baluba se desesperaba. Quería hablarle, pero Dios no le había dado palabras a su garganta.

Las últimas manzanas cayeron al piso y el viento, poco a poco, iba arrancando las hojas ya marrones del manzano. Algunas golondrinas se veían volando en círculos preparándose para el gran viaje. Baluba estaba nerviosa, las miraba desde una rama alta del árbol. Conocía esos preparativos: ya era hora. Pero bajaba y miraba a Julia. Así estuvo, de la rama más baja a la rama más alta, hasta que vio cómo se reunieron tomando altura, ¡eran sus hermanas! Las miró hasta que se hicieron sólo puntitos en el cielo. Entonces, ya serena, la golondrina se posó al lado de Julia y le dijo:

—¿Sabes, amiga? Nuestros hijos nacen por el amor, nosotros los ayudamos a crecer, luego empluman y se van. Esa es la ley de la naturaleza. ¡Y así debe ser!

La mujer la miró sorprendida. También miró al manzano, al cielo, donde apenas se veían los puntitos a lo lejos. Se levantó porque, de pronto, comprendió todo. Dos lágrimas y una sonrisa se dibujaron en su cara. Buscó la azada y empezó a remover la tierra buscando gusanitos para su amiga, la golondrina.

El tigre blanco

Un día, un niño y una niña que juntaban leña en la estepa de Siberia se habían internado mucho, hasta el río. Al agacharse, vieron detrás de un espeso matorral dos ojos amarillos que los miraban y quedaron paralizados de miedo. Pasaron unos minutos, y nada sucedió. Los ojos seguían allí. Susurrando, la niña le indicó a su hermano que el animal estaba echado y no en posición de ataque. Se movieron unos pasos y el felino seguía inmóvil, ¡pero mirándolos! Era un cachorro de tigre blanco.

El tigre siberiano es tal vez un poco más grande que el de la India, pero su diversidad está en el pelaje, que no es amarillo, sino casi blanco con rayas negras. ¡Es espléndido! Estaba herido: tenía una enorme espina incrustada en una pata, que se le se había infectado, y no podía caminar del dolor. Los niños sintieron compasión. Tamara fue a buscar agua y le dio de beber. El animal extendió su pata como pidiendo ayuda. Entonces Iván, con mucha precaución, extrajo la astilla con pus y lo refrescó mojándolo.

Los días siguientes volvieron a llevarle agua, que el cachorro bebía desaforadamente. Cuando sus padres se enteraron de

todo esto, se asustaron muchísimo y les prohibieron a los chicos que volvieran a la orilla del río.

Pasaron los años. El cachorro de tigre blanco se había curado, pero su pata había quedado algo resentida. Cojeaba un poco, y su zarpazo a veces fallaba. Ya era un hermoso tigre adulto, pero cuando perdía la presa, pasaba hambre y los inviernos en Siberia son muy fríos. Muchos animales emigran o viven bajo tierra, por la nieve. Si a esto le agregamos la torpe pata que le impedía cazar como corresponde a un gran tigre, podemos imaginar la desesperación y el hambre que lo atormentaban ese día que decidió acercarse, sigiloso, al poblado.

Estaba agazapado sobre una gruesa rama, al acecho, cuando pasó bajo el árbol un campesino. No lo pensó mucho, saltó sobre él y le clavó sus fauces. Enseguida aparecieron otros hombres, armados con fusiles, y lo corrieron. Pero ya el tigre había probado sangre humana y quedó cebado. Desde ese día, sentía el sabor del hombre en su boca, y ya no trató de cazar otra presa más que esa. No le importaba que al acercarse a algún poblado ya corriera la voz: "¡El tigre cebado, el tigre cebado!". Los campesinos salían a perseguirlo con rifles y palos.

Fue en uno de esos escapes que llegó hasta el río. Allí se encontró con una mujer que lavaba algo en el agua y un hombre agachado, que arreglaba o cuidaba algo. Sin pensarlo, saltó sobre esa presa fácil y desprevenida y le desgarró el hombro. La mujer se puso a gritar. Al ver la cara de su presa, el tigre blanco la soltó. Recordaba esa cara. Era la niña que le había llevado agua, día tras día, cuando él, siendo cachorro, volaba de fiebre sin poder moverse. El tigre hubiese querido morir antes de causarle tanto dolor a esa muchacha, y más cuando pudo ver

que lo que el hombre protegía, aún con su cuerpo herido, era un bebé en un canasto.

El tigre querría haberse muerto. Agachó la cabeza, y casi arrastrándose, lentamente, porque ya no le importaba si lo perseguían, se alejó de allí. Los sollozos de la mujer le retumbaban en los oídos y otros sollozos, más fuertes aún, brotaban de su corazón.

Lentamente, maquinalmente, atravesó la estepa. Ya no le importaba nada. Se dirigió al norte, cruzó la tundra siberiana, helada de nieve, y se encaminó hacia las montañas. No lo paraban ni el frío, ni el hambre. Seguía, seguía. Llegó a un desfiladero, continuó. El hielo bajo sus patas hacía que ya no las sintiera, y el viento helado, galopando en las paredes a pique, parecía aullar. Silbaba y arremolinaba infinidad de pequeños pedazos de hielo, que golpeaban su cabeza y le hacían cerrar los ojos. Pero seguía.

No podía volver. Todo era hielo y viento. Pedazos de estalactitas caían a sus costados y hacían ruido al romperse. Estaba agotado, pero seguía. Se le nubló la vista y en su corazón corrían las lágrimas. *Perdón... Perdón, niña... Tu agua era fresca... Tu llanto... Perdón...*

Hizo un esfuerzo y abrió los ojos: todo parecía oscuro, pero delante de él había una luz. Terminaba el desfiladero y se podía ver, muy azul, un cielo enorme, lleno de luminosas estrellas. Siguió, ya no sentía frío.

Su corazón no lloraba más, todo estaba sereno como ese cielo.

La ratita gris

Una ratita gris corría y corría por el bosque. Luego, cruzó los sembrados y llegó al pueblo. Jadeaba, pero no le fue muy difícil encontrar la calle que llevaba al jardín zoológico. Se acercó a la jaula de los monos y le dijo a uno:

—Necesito tu ayuda, ¿vendrías conmigo?

Y el mono contestó:

—¿Y qué me darás tú a cambio?

—No, no me sirves.

Y se fue a la jaula de la jirafa.

—Necesito ayuda, ¿vendrías conmigo? —le dijo.

—Yo soy un animal muy importante, me avergonzarías —dijo la jirafa.

—Tampoco me sirves.

Buscó entonces la jaula del tigre:

—Necesito ayuda, ¿vendrías conmigo?

—De mil amores —contestó el tigre—, pero, ¿cómo puedo salir de esta jaula?

—Yo te enseñaré: cierra los ojos y piensa que eres chato, chato. Imagina que eres como una alfombra de piel.

El tigre se acható como una hoja.

—Ahora afloja tu mandíbula para que pueda sacarte.

Luego respiró hondo, tomó los pelos de las mejillas del tigre y tironeó pasándolo por debajo de los barrotes de la jaula. Una vez afuera, el tigre volvió a su tamaño natural.

—Sígueme rápido, pero no te distraigas, porque los perros nos delatarían.

Efectivamente, un perro los vio y al rato todos los perros ladraban. Entonces, el tigre agachó la cabeza e hizo subir la ratita sobre su cuello, y con grandes zancadas salieron del pueblo, cruzaron los sembrados y entraron en el bosque. Cruzaron un arroyito y allí el tigre se paró a tomar agua, y al bajar la cabeza la ratita cayó al arroyo. Rápidamente el tigre usó su zarpa como si fuera un cucharón, la sacó del agua y la depositó suavemente en el pasto.

Enseguida, apareció un enorme búho que, abalanzándose sobre la ratita, dijo:

—Si tu no la comes, me la comeré yo.

La pata del tigre lo paró:

—¡No! Estamos en una misión de rescate, ¡no te interpongas!

Mientras hablaban, una víbora venía acercándose a la ratita, pero el búho ojos la vio con sus grandes, le saltó encima, y con su fuerte pico la revoleó por el aire.

—Gracias, amigo. Estamos apurados. ¿Quieres unirte al grupo?

—Me encantaría.

Y allá se fueron los tres.

Pronto escucharon el "Thss thss" desesperado de un pájaro muy pequeño, una tacuarita, la amiga de la ratita. Una fea araña había hecho una enorme tela delante del nido donde sus pi-

chones piaban llamándola, y ella no podía llegar al nido. Con un rápido movimiento de alas, el búho se acercó a la tela y... ¡Tac!, se comió de un picotazo a la araña. Luego, el tigre, alargando sus patas, arrastró con sus uñas toda la telaraña.

¡Qué alegría para el pequeño e indefenso pajarito poder volver a su nido, a sus pichones! Con su chistar les agradeció a sus salvadores.

Los tres amigos sintieron esa paz que da el deber cumplido. ¡Eran un gran equipo!

Y se sentaron a descansar en el pasto.

Tania y Pancho

Tania era un pequeño ganso hembra que se encontraba con sus padres al borde de un río. Su madre estaba herida y no podía volar. Era la época del otoño en que los gansos emigran en grandes bandadas, alineados en forma de V, y surcan el cielo en busca de zonas más cálidas para pasar el invierno. Cuando los padres de Tania vieron a lo lejos los puntitos en larga formación, supieron que debían separarse y le dijeron a su pequeña hija que volara y se uniera a la bandada. Ellos... ellos la alcanzarían más tarde.

Con los ojos llenos de lágrimas, Tania obedeció y se unió a la formación, pero se dio vuelta mirando hacia abajo para ver a sus padres, trastabilló y cayó. Cayó sobre las ramas de un árbol y se lastimó un ala.

Pancho y Juanito la encontraron y la socorrieron. Le vendaron el ala y la llevaron a su casa.

En cuanto se sintió mejor, Tania quiso ir a buscar a sus padres al borde del río. Pancho, el mayor de los dos hermanos, era un chico que leía mucho. Le encantaban los animales, en especial los ánades y gansos y demás pájaros que emigran, y conocía su vida y sus costumbres. Por eso, cuando Tania qui-

so volver al río, se preocupó: él sabía muy bien que los gansos eligen una sola pareja para toda la vida, y cuando esta se enferma, su compañero se queda a su lado para cuidarla y defenderla de los depredadores.

Pancho se preocupaba por lo que podrían encontrar. Se pusieron en camino cruzando toda la pradera. Cuando estuvieron cerca, el chico les dijo que pararan para descansar; él iría a explorar por dónde seguir.

Un poco más adelante, los encontró: estaban al borde de un cañaveral. Se le hizo un nudo en la garganta. Con un ademán instintivo, se sacó su gorra en señal de gran respeto. Allí estaban: la madre estaba muerta con su pico mirando al cielo, como si viera por dónde había partido su hija, y el padre también, con las alas abiertas cubriendo el cuerpo de su compañera.

Pancho se limpió los mocos con el dorso de su mano. Podía imaginar al macho con el cuello estirado hacia delante, el pico abierto, amenazante, echando fuertes graznidos y batiendo las alas, para echar a zorros, roedores o pájaros de rapiña. ¡Cuánto amor! La protegió con sus alas hasta el último aliento.

Tania no debía ver esto, pensó mientras volvía a secarse las mejillas. Entonces, cortó brotes verdes de caña y tapó los dos cuerpos, luego cubrió todo con muchas piedras redondas del borde del río, otras violáceas y muy lisas, otras pequeñas y agrisadas. Se quedó un rato mirando, luego recogió dos flores amarillas y las colocó sobre las piedras. Volvió donde estaban Tania y Juanito.

—No encontré nada, pero vengan —les dijo.

Caminaron por el borde del río, entre las piedras y las flores amarillas. Para que Tania no se cansara, Pancho la tomó en sus brazos.

—No están más, seguro que se unieron a la bandada. Tania, tú puedes quedarte con nosotros.

Ella le hizo cosquillas en la mejilla con su pico chato.

Así, siempre juntos, pasaron el otoño, con sus lindas tardes doradas. A veces, se tiraban en el pasto, sobre un montón de hojas de mil colores, hasta ver ponerse el sol allá, al fondo de la pradera, ella haciéndole mimos con su pico.

Cuando se quiere, uno se da cuenta hasta en los pequeños detalles, de los cambios en el otro, y así Pancho empezó a notar que Tania estaba rara, como inquieta, que miraba mucho el horizonte buscando algo. Pancho comprendió: era el llamado de la naturaleza. Por eso, esa noche la abrazó más fuerte que nunca porque su corazón estaba angustiado.

A la mañana, se levantó antes que nadie, pero Tania ya no estaba. Salió de la casa apresurado y la vio venir corriendo hacia él, casi en puntas de sus patas, con las alas desplegadas y el cuello estirado. Al llegar, cerró las alas alrededor de él como un gran abrazo, luego se dio vuelta y levantó vuelo para unirse a una bandada que surcaba el cielo en perfecta formación de V.

Pasaron los años. Pancho terminó de estudiar y también se enamoró de una compañera. Un día, mientras paseaban de la mano, a él le pareció oír un graznido muy peculiar que le hizo mirar hacia arriba: allá en el cielo, una hilera de gansos en formación pasaba sobre ellos.

Una lágrima escapó de los ojos de Pancho. La muchacha lo notó y le preguntó por qué. —Nada, es sólo un recuerdo.

Él y ella, los grillos

En un campo de trigo muy grande, vivía una pareja de grillos. Eran felices. Era verano y el trigo maduro ondulaba de aquí y de allá –como las olas del mar, pero de oro y de sol– y al moverse dejaba pasar sobre la tierra pequeños rayos de luz. Y allá arriba, junto a las espigas maduras, se veían unas flores rojas muy delicadas que se movían junto a las espigas: las amapolas de campo. Allí, bajo esa dorada paz, estaba la pequeña cuevita de los grillos.

Era verano y todo estaba a punto para la cosecha, para la trilla. Una mañana, temprano, apareció una gran máquina, con un gran rodillo adelante, que giraba cortando el trigo que iba cayendo en un recipiente. Hacía mucho ruido y cortaba todo hasta abajo.

Los grillos se aterrorizaron. Cuando la máquina pasó y el ruido se alejó, se animaron a salir y asomar sus cabecitas para mirar: ¡todo el campo sin nada! Apenas unos cabos cortos doblados sobre la tierra. ¡Ni espigas, ni amapolas, ni nada! ¡Oh, Dios! Ella se echó a llorar. ¡Todo lo que era tan hermoso, su cielo maravilloso de oro, había desaparecido!

Sus sollozos eran muy fuertes y su cuerpito temblaba. Pero Él estaba a su lado, y con sus élitros le acariciaba la cabeza sin cansarse, y con sus alitas delanteras, frotándolas muy suave, producía un sonido que a Ella le parecía una canción de cuna. Poco a poco, se fue aquietando.

Ya más tranquila, comprendió que la vida sigue y que seguramente otra máquina volvería, así que había que buscar otro lugar para su cueva. Miró a su alrededor y al lado del alambrado vio una amapola. ¡Una que había quedado! Ella la miró. La flor, inclinando su corola de seda roja, le dijo:

—Aquí es más seguro, no llega la máquina. Yo también estoy desolada —y se hicieron amigas.

Y así se sucedían los días y las estaciones. En las noches cálidas, cuando el cielo estaba sereno, los grillos machos se reunían en un lugar donde había piedras, y frotando sus alitas anteriores hacían música. Estas alitas tienen nervaduras y una cresta, funcionan como un violín con su arco y hasta pueden amplificar su sonido.

Así los veía Ella, como una orquesta de violines sobre un escenario de piedras azules, iluminadas por la luz blanca de la luna. Le encantaba mirarlos y escucharlos desde sus butacas de pasto. Volvía ilusionada y le contaba a su amiga amapola cómo las luces celestes, azules y blancas se movían iluminando a cada músico.

Pero alguien se encargó de amargar esa ilusión: la flor de la radicha salvaje, salvaje y amarga:

—Sí, ellos pueden hacer esos hermosos conciertos, y tú sólo puedes mirar. Ella frunció el entrecejo y puso sus antenas bien hacia atrás. ¡Nadie iba a embarrar su ilusión!

Al acercarse a la amapola, vio que uno de sus pétalos había caído al suelo.

—¿Qué pasa, amiga?

—El tiempo mío ya terminó, pero cuando mis semillas sequen, caerán al suelo. Si tu pudieras ayudar a esparcirlas...

Y un día el semillero se abrió y cayeron al suelo cientos de pequeñísimas bolitas oscuras. Ella, una por una, las fue llevando a todas partes.

¡Vaya, qué hermosa misión la suya, sembrar un campo de amapolas!

Panda y Tobías

Panda y Tobías eran dos topos, pero no como cualquier topo: eran topos enamorados. Estos animalitos viven bajo tierra, pero sus cuevas no se inundan, por la forma en que hacen sus galerías. La vida era simple y fácil, tenían a mano toda clase de raíces tiernas y una cueva más amplia donde dormían sus crías. Eran muy felices.

Pero un día Tobías pensó que quería fabricar una casa grande de dos pisos, que fuera la mejor para su familia.

—No nos hace falta una casa así —le dijo Panda.

—Será la mejor del barrio y tendrá muchas ventanas —siguió diciendo Tobías, sin escucharla.

—Nosotros somos felices aquí —intentó ella.

Él empezó a cavar y amontonar tierra. Trabajaba todo el día, de la mañana a la noche.

—Papá, te extrañamos, y mamá está triste porque tú no estás.

—Ya verán cuando esté terminada, ¡será hermosa!

Tobías no podía escucharlos, y menos aún entender los sentimientos de Panda, porque estaba obcecado en su idea,

como si tuviera anteojeras de caballo. Solo podía seguir lo que él pensaba sin importarle lo que sentían los demás.

Esa tardecita, volvió a su casa, pero sus cachorritos no vinieron a su encuentro. Le extrañó. Llamó y nada. Entró a la cueva, buscó, cavó, mas no encontró a nadie.

Aturdido, se quedó en la entrada. Cuando pasó el zorro, su vecino, le preguntó por sus hijitos.

—Sí, yo los vi cuando se fueron. Tomaron el camino que costea los sembrados —dijo.

"¿Por qué habrían de irse, si yo les estaba haciendo la mejor casa que hayan visto?", pensaba para sí mientras tomaba el camino.

En el primer tramo fue bastante enojado, no podía entender el comportamiento de su mujer, no valoraba su esfuerzo. Pronto cayó la noche. Después de trabajar y caminar tanto, su cuerpo pedía un descanso. Juntó ramitas, prendió un pequeño fuego y se sentó a mirarlo. Las llamas bailoteaban como sus cachorros, y el calor lo restauraba, lo apaciguaba.

El viento silbaba opacamente, frenado por las ramas de los pinos. El ruido de una rama seca que se desprendió y cayó al suelo quebró el silencio; el batir de alas de una lechuza también cruzó el aire oscuro.

La negrura de la noche lo envolvió con todos sus ruidos, y una gran tristeza se apoyó en su pecho hasta provocarle dolor. Las lágrimas que se amontonaban, y que él no dejaba salir por rudo, hicieron que dejara de mirar sólo al fuego, levantara la cabeza y mirara el cielo. Allí estaba la luna casi llena. Al lado, una estrella pequeña muy cerca, parecía acompañarla. El aire era limpio y de los sembrados vecinos venía un perfume de tallos de maíz.

Había dejado su ego abajo, cerca del fuego, y ahora estaba pensando en los demás. ¿Cuánto hacía que no miraba el cielo? Ahora le parecía entender lo que Panda quería.

Lo invadió una sensación de tristeza. Tuvo miedo de que, por no escuchar a su compañera, podría perderla. Ese pensamiento le dio escalofríos. Agregó más maderitas al fuego y, pensando en su Panda, se durmió.

Al amanecer, cuando todavía el sol no asomaba detrás de los árboles, ya Tobías estaba en el camino que costeaba los sembrados. Pronto oyó ruiditos conocidos: eran sus cachorritos que jugueteaban entre las mazorcas caídas del maizal. El corazón se le frenó. ¿Cómo lo recibiría Panda?

Pero el amor es simple. Ella lo esperó en la puerta de la nueva cueva con una bandeja de suculentas raíces. No hizo falta decir nada, bastó con la mirada. (¡Ah! Tengo que aclarar que estos topos sí veían).

Y siguieron viviendo felices, acompañados por la música que hace el viento cuando se escabulle por entre las hojas del maizal.

Nanuk y Nicoy

Empezaba a clarear en el albor de la estación más templada del Polo Norte, cuando en la cueva, semi tapada por la nieve, acababan de nacer dos oseznos. La gran osa blanca, su madre, los lamía y les daba calor.

La larga noche, que dura casi seis meses, daba lugar a un día de un tiempo igualmente largo. La mayoría de los animales que viven en esas regiones tan frías hibernan, o sea que duermen en sus cuevas bajo la nieve sin salir a cazar, porque afuera, en la larga noche blanca, nadie puede encontrar nada más que hielo, nieve y viento helado. Hasta el mar se cubre de hielo. Pero en la gran cueva había calor. Mamá osa era fuente de alimento y mucho amor, y los cachorros se tiraban panza arriba satisfechos y felices.

Había llegado la época en que podían salir a inspeccionar los alrededores de la cueva. La madre se alejaba para cazar alguna presa. El clima ya no era tan riguroso y el deshielo empezaba a dibujar arroyuelos sobre la nieve. Algunas flores del Ártico asomaban sus corolas para dar al paisaje tonos de color y de vida. El hielo se tornó más débil y se quebraba al horadarlo el agua. Resultaba más fácil cazar peces y pequeñas focas. Era

la estación más hermosa, donde la vida es más fácil, donde hay luz, porque el sol sale y se pone casi al ras del horizonte y nunca es de noche.

Pero ese día toda la belleza se quebró de golpe. Un ruido espantoso tronó en la inmensidad blanca. Su eco rebotó en las montañas de hielo y en el corazón de los oseznos. Nanuk, asustado, corrió a meterse en la cueva, pero Nicoy quedó paralizado y vio cómo su mamá se desplomaba sobre la nieve manchada de sangre. Dos hombres ataron su cuerpo a un trineo y se la llevaron. Los ojitos espantados del cachorro no podían separar la vista de las huellas rojizas que dejaba el trineo. Su boca quería gritar: "¡Madre, madre!", pero no le salía ninguna voz. Su hermano llegó y lo arrastró a la cueva con empujones y cabezazos; sólo allí pudo llorar toda la noche.

Ahora estaban solos, y tenían que seguir viviendo. Ya eran cachorros bastante grandes y fue Nanuk, el más despierto, quien pudo imitar a su madre para sacar peces del agua con su zarpa. Así sobrevivieron.

El deshielo veraniego, que empezaba a llegar a su fin, provocaba fervor en el agua, cuya corriente circulaba tumultuosamente girando y jugando, mientras desprendía enormes pedazos de hielo que se llevaba corriente abajo. Sobre uno de esos pequeños icebergs se encontraba Nanuk con una pequeña foca cuando fue arrastrado por las aguas, como un camalote que lleva el río cuando hay crecida.

Así, Nicoy se quedó solo. A los seis meses de edad ya podía arreglárselas por sí mismo, y aunque los osos polares son solitarios, él extrañaba a su hermano. Muchas veces se sentaba fuera de la cueva y miraba el cielo. El sol ya no se elevaba del horizonte, aunque igualmente dejaba su reflejo. El sol de me-

dianoche da una extraña luz que viste el mar y las rocas con tintes de todos los colores, y la luz de la luna pálida acariciando la nieve torna en diamantes los pedazos de hielo.

El reflejo de la luz polar tiene un encanto innegable, pero no era suficiente para Nicoy que, mirando el cielo, hablaba con sus pensamientos y preguntaba: "¿Dónde estará Nanuk?". El gélido viento pasó frente a él y le trajo estas palabras: "¡Tienes que ir a buscarlo siguiendo la corriente!".

Nicoy se puso en camino costeando el agua grande. A medida que avanzaba, el hielo se hacía menos grueso y empezaba la tundra. Era una mezcla de barro y pasto, pero todavía quedaban algunas adormideras y helechos. Una nevisca persistente empezó a molestarlo. Encontró un pequeño bosquecito de sauces enanos y, más adelante, algunos abedules. Había bruma y las cosas se desdibujaban, pero logró ver unas tiendas de piel de foca. Se acercó cauteloso, patinando con sus patas para no hacer ningún ruido, cuando vio, atado a un poste con una soga, ¡a su hermano! Un viejo esquimal logró verlo, entonces Nicoy se enfureció, levantó sus labios en señal de ataque y en dos zancadas se abalanzó sobre el anciano con la boca enormemente abierta, emitiendo un rugido que hizo caer de rodillas al hombre. Para salvarse, el esquimal cortó de un tajo el tiento que ataba al joven oso.

Los dos hermanos no necesitaron que nadie les indicara el camino a la libertad. Con grandes zancadas retomaron el camino. Luego, se metieron en las aguas grandes y nadaron un buen tramo para ocultar sus huellas. Cuando llegaron a su cueva, estaban felices.

Podías verlos, apoyados hombro con hombro, cabeza con cabeza, sentados en la nieve admirando las movedizas luces de colores y la magia del sol de medianoche.

Algo especial

Un perro estaba echado en una esquina de París. Llegó otro perro amigo.

—¡Hola Bobi!

—¡Hola, Capitán! ¿Qué estás haciendo?

—Observando a los humanos, es interesante. Ayer pasó un grupo de turistas. Pararon aquí a comprarse un sándwich. Una señora gordita que vio a Antuan, el pordiosero en la esquina, compró dos y le dio uno a él. Cuando el viejo, feliz, iba a dar el primer mordisco, vio atrás de su pan los ojos de Ninet que lo miraban con más hambre que él. Cerró la boca y se lo dio al niño. En ese momento, con un clic, la señora gordita sacó la instantánea más linda de su viaje. Luego, tomó su sándwich, y se lo entregó a Antuan con una sonrisa y se fue corriendo a reunirse con sus compañeros.

—Pero ella se quedó sin pan —dijo Bobi rascándose una pulga.

—Sí, los hombres lo llaman con una palabra especial: "compartir", que es no dar lo que te sobra, sino lo que es para vos.

Cortejo

Hoy los vi. Me llené de alegría. Hace ya varios días que escuchaba su canto, dulces notas que escondían embrujo y misterio. A veces los escuchaba aquí, otras veces tras los árboles más allá, siempre escondidos, misteriosamente camuflados entre las hojas. Entonces, más despertaban en mí las ganas de verlos.

Amigo mío, ¡tienes que pararte cuando oyes el canto del zorzal! Una maravillosa flauta traversa, en el escenario del mejor teatro, no puede competir con ellos. Su gargantita estalla en chispas de alegría. Le cantan a la vida, a la libertad, y lo bello es que lo trasmiten.

Hoy, finalmente, los pude ver. Vinieron a posarse en mi ciruelo, muy cerca de mí. Me quedé paralizado mirándolos. El árbol, con sus largas ramas oscuras y desnudas, se había cubierto literalmente de blanco, tras delicadas y apretadas flores con pétalos de seda. Sobre ellas, se posaron los dos zorzales. Estaban enamorados y se cortejaban. La hembrita, en la rama de abajo con las plumas del pecho rojizas, lo miraba con el pico muy abierto, adorándolo. Más color tenían las plumas de él, completamente infladas; saltaba de rama en rama cerca de

ella con la cola en abanico y el pico igualmente abierto. Parecía una escena de ballet. Al llegar un tercer pájaro, se lanzaron al vuelo y empezaron a girar manteniéndose con los picos unidos, pero muy abiertos.

La naturaleza me había regalado una de sus obras, pequeña y maravillosa: el cortejo de dos zorzales, un canto a la vida.

Cualquier semejanza con el mundo actual...

Las patas peludas y blanquecinas avanzaban seguras y elásticas por el bosque, cuyo piso ya estaba semicubierto por las hojas de otoño. Tenían una difícil misión. De a ratos se paraban. Su dueño no titubeaba, sólo escudriñaba el aire, olfateaba. Sus orejas temblaban buscando señales de peligro. Luego, siguió con paso decidido y altivo, pues ya entraba en terreno enemigo. De pronto, dos lobos de pelaje oscuro lo flanquearon. Él ni se inmutó, no mostró sorpresa ni temor, siguió. Sabía el camino de las cuevas del otro lado del bosque. Allí se había instalado otra manada de lobos pardos en busca de otro hábitat donde poder cazar.

—Te saludo, jefe —dijo el visitante al lobo que acababa de salir de la cueva—. Somos tus vecinos del bosque, espero que tus compañeros hayan podido olfatear bien las marcas de nuestro territorio —dijo esto con la cabeza alta, luego siguió—: sabemos que con la llegada del frío la vida es más difícil. Te propongo que, para cazar bisontes o alces, unamos nuestras manadas. De esa forma, habría alimento para las dos.

Habló y esperó con la cabeza levantada, y la respuesta del otro no se hizo esperar: sus orejas bajaron mínimamente a los costados, su nariz se frunció, encrespando apenas el labio superior y entrecerrando un poco los ojos. Estas señales eran apenas perceptibles, pero el lobo blanco entendió perfectamente el lenguaje. Sin decir más, dio media vuelta, y haciendo caso omiso de los dos lobos que lo flanqueaban dispuestos a cualquier gesto u orden, se internó en el bosque sin demostrar miedo alguno.

Sus enérgicas patas pisaban el ya crujiente colchón de hojas en el suelo y el lobo alfa supo que ya era hora de pensar en la cacería grande, pues no faltaría mucho para las primeras nevadas, y las manadas de alces y caribúes se internarían más al sur. Reunió a sus jóvenes lobos y organizó su estrategia de caza. Una manada de bisontes se acercaba por la pradera, debían prepararse.

Cuatro cachorros se acercaron:

—¿Nosotros también podemos ir?

—No, ustedes tienen otra misión, cuidar de nuestras madrigueras. Defender el hogar también es de valientes —les dijo el lobo alfa.

Los lobeznos quedaron en el borde de la espesura un tanto desilusionados, pero siguiendo sin perder detalle el giro que dieron sus mayores para acercarse a los bisontes que pastaban en la pradera. De golpe, cambiaron su rumbo hacia los grandes mamíferos, que ahora, por la dirección del viento, sintieron el olor de los lobos, del peligro, y emprendieron la carrera desenfrenada. Como suele suceder, uno quedó rezagado y a este cargaron los atacantes. Mientras uno lo hizo parar del dolor, mordiéndole los cuartos traseros, los demás aprovecharon

para atacar su cuello y garganta sin que pudiera usar sus temibles cuernos. La sangre brotó a borbotones, mojando el ya no tan tierno pasto de la pradera. El gigantesco y oscuro animal cayó tumbado al suelo haciendo temblar la tierra debajo de él. Apenas el lobo alfa permitió que pudieran comer, sucedió algo inesperado que tornó la satisfacción de la cacería en una sangrienta y dolorosa pelea. Un grupo de lobos oscuros llegaron a la carrera apenas vieron caer el animal y los atacaron para apoderarse de la presa. Los lobos blancos se defendían luchando, pero era una pelea sucia. ¡Rompía los códigos de la caza! La sangre del búfalo se mezcló con la de los lobos heridos, hasta el viejo jefe tenía una pata destrozada y una gran herida en el cuello. Desde el borde del bosque, los cachorros miraban con horror.

De repente, alguien apareció a caballo en la pradera y el ruido de su rifle puso fin a la salvaje pelea. Simplemente los dispersó y se fue. Muchos de los lobos estaban heridos, se arrastraban, y un cachorro que había acudido en defensa de su madre yacía muerto en un charco de sangre. Toda la pradera lloraba sobre ese campo de batalla. Los insectos y los pájaros callaron sus voces, porque sobre el lugar cayó la oscura sombra de la tristeza, que incluso penetró en el alma de sus habitantes.

Pronto, el viento gélido vino a avisar que el frío llegaba. Prácticamente no quedaban hojas en los árboles. Todas se habían unido para formar una espesa capa en el suelo, mullida y crujiente, en tonos amarillentos, rojo oscuro como el vino, y cálidos cobres dorados. Las hojas muertas cobijaban la vida de infinidad de habitantes: gusanos, escarabajos, hormigas y ratones reinaban en ese subsuelo húmedo y oloroso. Incluso

venía bien para despistar la entrada de las cuevas de liebres y marmotas. Cuando este sustrato se cubre de nieve, abajo se mantiene cálido y aireado, con aroma a hojas.

En sus cuevas, cavadas entre piedras y raíces de añejos árboles, los lobos blancos lamían sus heridas y su tristeza. La hermosa paz que había en el bosque se había roto y había que hacer algo al respecto.

Esa noche cayó la primera nevada, lenta, suave, limpia como los ojos de un niño. El lobo alfa la miraba y pensaba, miraba y pensaba. Su instinto de jefe le decía que debía devolver a la manada esa serenidad que los hacía felices, pero la venganza no era el camino, aunque los demás machos fruncían su hocico al recordar el ataque. "No, seguramente no, la venganza no llevaría más que al exterminio. Aquel humano a caballo, con su palo de trueno, no lo usó para su provecho, simplemente paró la lucha". Miraba caer los copos y pensaba... Sus ojos celestes se serenaron igual que los de sus cachorros.

A unos cuantos metros de él, cerca de un montículo de nieve, una marmota miraba a su alrededor. Luego, empezó a cavar con energía hasta desaparecer del todo. Los animales se preparaban para hibernar. Para los lobos era el tiempo de la caza. El jefe reunió a los machos adultos y les expuso su plan: cazarían un alce, lo traerían en pedazos para enterrarlos bajo la nieve y, además, unos cuantos conejos blancos. Alguno frunció levemente la nariz, pero también ellos admiraban a su jefe por su gran sabiduría y enseguida bajaron la cabeza en señal de acatamiento.

Allá fueron por la picada que costeaba su bosque hacia el sur, donde crecían infinidad de sauces enanos, favorecidos por la cercanía de un arroyo. Los musgos crecían tupidos sobre las

piedras, cubiertos por nieve, y en épocas que escasea el follaje, los cérvidos encuentran siempre un sustento raspando con sus cascos la nieve.

Algunos de los lobos no se habían recuperado del todo de las heridas, pero el instinto de la caza es muy fuerte en ellos y en el momento de atacar nadie cojeaba, y la satisfacción de haber cobrado la presa los hacía felices.

El sol resplandecía sobre la estepa blanca y hacía brillar las salpicaduras del agua, que saltaba entre las piedras del río que todavía no había empezado a helarse, como pequeñísimas estrellas. Un poco más lejos, podían ver a un oso que cazaba peces: se estaba preparando para hibernar. En general, todos los habitantes del lugar estaban muy ocupados preparando todo para la época del gran frío.

Los lobos blancos volvían dejando muchos huecos en la nieve, como una estela de barco tras de ellos. En un lugar pararon y se separaron, un grupo siguió hacia sus cuevas llevando buena parte de la presa obtenida, el otro grupo, guiado por el lobo alfa, llevaba unos cuantos conejos blancos que fueron a depositar delante de la cueva de los atacantes, que los miraban con estupor. Luego se alejaron con la cabeza erguida y sin cojear, aunque tuvieran dolor.

Esa tarde, el sol tardaba en irse a ocultar detrás de las montañas. Parecía querer quedarse un poco más y estiraba sus rayos ya bajos por entre los troncos de los árboles, como si pasara revista a sus súbditos. Los pájaros que emigran ya habían partido. Los que quedaban en el bosque, se preparaban a dormir en los huecos de los troncos. Las marmotas ya dormían en sus cuevas bajo tierra, los zorros volvían con algún

ratón para sus crías, escondidas bajo las raíces de un enorme y viejo roble.

El sol vio que todo estaba en paz, como debía estar, y sonrió dulcemente acariciando con su última luz al bosque, como una madre que besa a su hijo cuando se duerme. Al caer la noche y aparecer la luna, los lobos blancos, sentados cerca de sus madrigueras, levantaron sus hocicos apuntando al cielo y aullaron. Del otro lado del bosque respondió otro aullido. La paz había vuelto.

Makiba

Nuestra historia nace en Kenia, un país hermosísimo de la misteriosa y subyugante África, cerca del cañón de Olduvai. En ese lugar, está la planicie de Serengueti, paraíso de los arqueólogos, que desenterraron allí fósiles de los primeros seres humanos de hace dos millones de años. Las planicies que rodean las ciudades están habitadas por leones, guepardos, jirafas y grandes manadas de gacelas, hermosos animales que atraen a los turistas. Por eso, el gobierno le dio gran importancia a la protección de la fauna e instaló reservas para protegerlos de los cazadores. Pero cazadores, siempre hubo.

Desde los tiempos antiguos, desde Roma con su circo, necesitaron fieras vivas para luchar con los gladiadores. El pueblo se enfervorizaba al ver a un león con las fauces llenas de sangre arrancarle pedazos de miembros a un pobre y valiente gladiador para satisfacer a un público que aplaudía el valor y la sangre salpicada. "Pan y circo". Por eso, se necesitaban más animales salvajes y había que buscarlos cada vez más lejos. Y aquí empieza nuestro relato de tres cazadores furtivos.

Detrás de la barra, Makiba servía cerveza o lo que pidieran los clientes del pequeño bar. Allí se reunían tanto los trabaja-

dores de la aldea y como los hombres blancos. Uno de ellos, de pantalón corto y camisa clara, no como vestían los que trabajaban en el puerto, joven, con un mechón de pelo rubio que caía distraídamente sobre un ojo, estaba apoyado hace rato en el mostrador con su cerveza y no dejaba de mirarla.

La muchacha era jovencita, de piel muy oscura, en cuyo rostro resaltaban sus ojos grandes, asombrados e inocentes. Tenía la boca carnosa e insinuante, como todas las muchachas de la zona, y sus pechitos erguidos y turgentes se insinuaban bajo el liviano sari negro con grandes flores rojas. El joven Makenzie seguía tomando y mirando: cosas que ven los varones. Tal vez, Makiba se sentía halagada porque un muchacho blanco se había fijado en ella –y con insistencia– por varios días. Para la joven, el primer enamoramiento fue como un pimpollo al que, en el amanecer, la caricia del sol evapora el rocío de la noche y hace que sus pétalos se abran a la vida. ¡Pobre Makiba! ¡Le creyó todo lo que él le contaba! Y un día se fue a vivir con él, enamorada. Al principio, todo parecía hermoso, él sabía hacerle el amor de forma maravillosa, pero en la casa no sentía calor de hogar, aunque ella pusiera cortinas en las ventanas y flores en la mesa. Había muchas armas y sogas que le daban un poco de miedo. El espíritu de la casa le producía desconfianza.

Un día, llegaron dos compañeros y se fueron de caza con el camión.

—Tardaré un poco. Es mi trabajo, espérame —le dijo.

Cuando volvieron, traían dos jaulas con animales. Estaban felices, comían y bebían. Ella les servía y mientras trataba de entender algunas palabras en inglés: embarcar... lejos del puerto... policías... dinero.

Makiba estaba enamorada, pero no era tonta. Cuando ellos se quedaron medio dormidos por el cansancio y la bebida, fue hasta la parte de atrás de la cabaña, donde estaba el camión con las jaulas. Su corazón casi se detuvo al ver dos hermosas hembras adultas, una leona y una guepardo, que la miraban sin furia. Sus ojos expresaban dolor y súplica. Algo extraño sucedió en el cruce de las miradas entre la muchacha y las prisioneras. Algo como un angustioso pedido, un llamado de auxilio y no por ellas. La joven entendió, observó sus vientres, sus tetillas: estaban rojas e hinchadas de leche...

Entonces, Makiba comprendió todo. Sus dudas y miedos tenían allí todas las contestaciones. En vez de helarse la sangre, se le encendió con toda la fuerza y la emoción de la sangre africana: ¡habían cazado dos hembras con crías! ¡Eso era algo que no podría soportar! Sentía las mejillas ardiendo y la gran convicción de lo que debía hacer. Sin volver a entrar en la casa, siguió las huellas dejadas por el camión, para saber por dónde buscar. Luego, regresó a la casa de su abuelo, él le ayudaría a encontrarlos.

Volvían con los dos cachorros en los brazos, muy pequeños, una leoncita y un leopardo chita. Encontraron a uno semi escondido entre las retorcidas, pero protectoras raíces de un baobab, y al otro más cerca de la espesura, acurrucado bajo los arbustos y tapado por los altos pastos de elefante. Makiba caminaba feliz pensando qué nombre les iba a poner, tal vez Kissi y Tood, y cómo fabricaría una mamadera para alimentarlos. Por supuesto, dormirían con ella.

Y con esos pensamientos no les pareció tan largo el camino de cruzar la sabana. El sol les sonreía y el suave y cálido viento que doblaba los altos pastos les acariciaba la piel. Por supues-

to, ya no volvería a la cabaña del cazador blanco, ni tampoco al bar donde servía y lo conoció. El abuelo pronto le consiguió un trabajo como ayudante en el dispensario de la Organización Mundial de la Salud, adonde pudo llevar a sus dos cachorros, que ya no se podían tener en la cabaña.

Makiba se sentía feliz cuando iba a amamantarlos. Los cachorros la recibían con ronroneos y un ¡miau! como si le dijeran "mamá". Pero llegó el día en que debía devolverlos a la selva. Habían pasado unos cuantos meses y Kissi y Tood se habían convertido en dos hermosos cachorros adolescentes. Si se quedaban en los corrales, nunca iban a aprender a cazar, o sea que nunca iban a ser libres. La muchacha lo comprendía y así, un día, con la ayuda del matrimonio de médicos de los cuales se habían hecho amigos, los cargaron en el jeep y los llevaron hasta el lugar donde fueron encontrados. El cálido sol de la sabana enrojeció las mejillas de Makiba y sus ojos se humedecieron por la emoción cuando sus cachorros la lamieron con cariño al apoyarlos en el piso mullido bajo los árboles. Husmearon el aire libre alzando sus cabecitas, dieron algunos pasos lentos, se dieron vuelta para mirarla y lanzaron un ¡miau! que la hizo llorar de ternura.

El trabajo en el dispensario le gustaba mucho, había aprendido muchas cosas junto a los médicos. Ya no era la simple muchachita que servía en el bar con un sari apretado bajo los brazos. Y un día... ¡Cosas del destino! Al volver a su casa se encontró cara a cara con el joven Makenzie, que la miró asombrado y extasiado. Makiba se había convertido en una joven muy delicada y atractiva, y él seguía enamorado de ella. Además, sabía cómo convencer a las mujeres.

Un proverbio antiguo dice que el primer amor no se puede olvidar, y así fue para ella. Algo en el corazón de la joven se ablandó, tal vez el recuerdo de esas noches donde conoció por primera vez los brazos del hombre y sus manos que recorrían su cuerpo... Ni ella sabe cómo, entre un beso y otro, se dejó llevar. Ya en la cabaña del joven, apenas si probaron alguna fruta, pero brindaron, y entre beso y beso él seguía tomando. El fuego navegaba por sus venas y se acostaron. No vieron que el sol se fue escondiendo poco a poco atrás del cañón, dejando sin color los árboles de la planicie, como figuras huecas y silenciosas. La sabana toda callaba al salir la luna, sólo los insectos nocturnos le daban la bienvenida, y algo expectante se podía percibir en el aire todavía cálido de la noche africana. En la cabaña, el amor había hecho lo suyo: la muchacha se sintió de nuevo mujer. Su compañero se separó de su cuerpo, que todavía seguía temblando, se dio vuelta hacia el otro lado y se durmió. Ella se quedó tendida, con los ojos muy abiertos en la oscuridad de la habitación. Algo le faltaba y su corazón no podía aquietarse. Debería sentirse feliz, pero no era así. Sus ojos buscaban en la espesa oscuridad y se encontraron con la voz del abuelo.

Una tarde, en que estaban los dos sentados en la puerta de la cabaña tomando té, el abuelo le acarició la cabeza y le dijo:

—Cuando yo ya no esté, tú debes aprender a cuidarte sola. Tenés que saber conocer quién te quiere de verdad y quién te desea porque eres bonita.

—Sí, abuelo. ¿Y cómo puedo saberlo?

—Por detalles muy simples. A veces, el hombre, después del amor, se duerme. En cambio, otros te siguen acariciando, tu corazón se tranquiliza y los dos se sienten felices.

—Gracias, abuelo. Lo recordaré.

Pero pasaron varios años. Su abuelo ya no estaba. Cuando ella necesitaba un consejo o no comprendía algo, buscaba la voz del abuelo para confiarle sus dudas: "¡Todo debería estar bien, y, sin embargo, nada está bien!".

Se levantó, y el instinto la llevó hacia el galpón grande.

—No quiero que entres allí nunca —le había dicho el joven Makenzie.

—¿Por qué?

—¡Porque no!

Háblale así a un espíritu libre como es Makiba y sabes lo que pasará. Al pasar por la cocina, tomó un aro con todas las llaves que estaba colgado en la pared y salió a la oscuridad de la noche, directo al galpón prohibido.

¡Jaulas! ¡Muchas jaulas! Y la mayoría ocupadas. No hubo necesidad de pensar. Buscó la llave y abrió la primera: vio cómo tres grandes bestias salieron disparadas como saetas, y dos de ellas se perdieron en la selva. Ya estaba tratando de abrir la segunda jaula cuando llegó el joven Makenzie. Gritando furioso, la agarró de los brazos, la sacudió con fuerza y levantó el brazo en alto para asestarle un buen golpe. En ese momento, desde un rincón del oscuro galpón, salió una gran sombra felina que saltó encima del joven y le clavó las garras en los hombros. Los tres cayeron al piso, cerca de la puerta. En un instante, los ojos de la muchacha pudieron reconocer la cara del gran guepardo que ella había criado.

—¡Tood! ¡No lo mates, no lo mates!

El gran felino, que ya tenía sus fauces abiertas, lo soltó con una increíble obediencia, y luego empezó a lamer la cara y los

brazos de quien lo había querido desde bebé. Salieron, se frotaron y acariciaron y ella lo echó a la selva:

—Vete, vete y sé feliz libre.

Makiba miró a su alrededor. El hombre estaba desmayado en el piso, junto al aro de llaves y la mancha de sangre. Afuera, el cielo se estaba pintando de una tenue luz lila rosada. Más allá, por el sendero, se veía el poblado con las primeras luces de la mañana: el día estaba despertando, y los pies descalzos de la muchacha empezaron a caminar hacia su nueva vida. A medida que avanzaba por el sendero lo hacía con más ánimo. En su corazón había sentimientos encontrados: por un lado, una tristeza de amor; por otro, la emoción de que un guepardo adulto la recordara y defendiera, decidido a matar por ella.

Pero levantó la cabeza y sonrió, porque en su corazón ahora había mucha paz.

Los migrantes

Okapi era una cierva. Dormía plácidamente bajo un arbusto de rosa mosqueta en el bosque donde nació y creció, un lugar tupido de árboles de todas clases. Helechos y rododendros lo perfumaban, y esa noche especialmente iluminado por la luna llena, lo hacía un lugar bellísimo. De golpe, la cierva se despertó, levantó la cabeza y olió el aire. Todo era silencio, pero sus orejas se irguieron escrutando todo a su alrededor. Sus pupilas se dilataron al oler el peligro: ¡humo! Había olido el humo, y esto en el bosque es dramático.

Sí, el bosque estaba ardiendo. Su cuello se irguió y sus orejas se orientaron de un lado a otro buscando la dirección del viento, mientras sus patas musculosas se tensaron, preparándose para correr. Todos corrían, los animales del bosque, grandes y pequeños, escapaban en estampida, todos para el mismo lado.

Una vez puesta bastante distancia del peligro, la cierva se dio vuelta a mirar lo que había sido su hogar y se estremeció. Altas lenguas de fuego envolvían los árboles que luego caían estrepitosamente al piso, levantando nubes de humo y una infinidad de chispas que subían al cielo oscuro como si fueran

de fuegos artificiales. Okapi quedó desolada. Era la primera vez que asistía a un incendio y su cuerpo se estremeció de dolor.

Había que seguir. No podían quedarse allí, pero ya no corría, caminaba mirando todo a su alrededor. Ahora cruzaban por un lugar donde hubo un caserío. El fuego ya había pasado por allí y no había dejado más que casas derrumbadas, pedazos de chapas de techos, vidrios rotos, herramientas, todo ennegrecido por las llamas. Los cascos de Okapi pisaban ese suelo carbonizado y muerto y pensó que se iría lo más lejos de allí. Su vientre dolorido le pedía descanso, y en cuanto llegaron a un lugar cerca de un arroyo, todos pararon a descansar. Echada en el pasto, a nuestra joven cierva le llegaron los dolores del parto. Y fue allí, arrullada por la música del agua que corre sobre las piedras, que dio a luz a su primer cervatillo. Muchos compañeros del bosque se también quedaron allí, para hacerle compañía o porque no sabían por dónde seguir. El pasto y el agua fresca calmaron su cansancio y el dolor de lo que dejaban atrás.

Fue en esos días que apareció el oso. En el prado sin muchos árboles no le fue difícil ver al cervatillo. Lo levantó de entre el pasto por la piel del lomo y se lo llevó. La cierva mamá enloqueció de furia, ella no tenía feroces garras, ni fuertes colmillos en su mandíbula, pero nadie le iba a robar su cervato así nomás. En cuatro zancadas, alcanzó al oso negro y, parándose en sus patas traseras, empezó a castigarlo con los cascos de sus delanteras. Para poder defenderse, el oso soltó enseguida al cachorro, se dio vuelta y se trenzaron en lucha. El oso negro no es muy alto y los cascos de la cierva enfurecida caían directamente en sus ojos y su cara. La sangre corría por las pa-

tas de Okapi, porque las garras del oso eran bravas, pero ella no cedió y el oso terminó por dar media vuelta y alejarse.

Los animales del bosque, viendo semejante acto de valentía, admiraron a la cierva y se quedaron cuidándola hasta que se repuso. Luego, le pidieron que ella los guiara hasta un lugar donde vivir en paz. El descanso y la buena compañía devolvieron a Okapi la fuerza y como los demás le preguntaban hacia donde seguir, ella consultó al búho y al águila, porque ellos sabían más sobre clima y las corrientes de los vientos. Ellos opinaban que, al sur, debido al calor, había más probabilidades de incendios, y además sabían que estos se estaban dando en muchos lugares. En el norte hacía más frío, pero es tal vez era más seguro. Todos estuvieron de acuerdo y se mantuvieron unidos, porque juntos tenían más protección.

Fue una travesía larga y lenta, porque Okapi no era la única que viajaba con su cría. Otras mamás también tenían cachorros. Un día, llegaron a un hermoso bosque al pie de las montañas nevadas y allí se quedaron. Y así fue pasando el tiempo. Los cachorros de los migrantes fueron creciendo, mientras sus padres trataban de adaptarse a la nueva vida.

Una tardecita, cuando el sol bajaba lentamente para esconderse tras las montañas y su luz iluminaba más al ras del suelo, como acariciando cada brizna de pasto y cada trébol, pasó algo. Era un momento especial que invitaba a la reflexión, al descanso, al recogimiento. En ese momento, Okapi se encontraba bebiendo al borde del arroyo, miraba el agua y su pensamiento volaba lejos. Un olor conocido pellizcó sus narices. A pocos pasos de ella, una liebre estaba royendo una raíz de helecho. Recordaba ese inconfundible olor acre, que a ella y a sus hermanos les agradaba desenterrar y mordisquear. Recor-

daba su gente, su bosque natal, que le parecía el más bello del mundo. ¡Cuántos recuerdos! Y luego el fuego... Ese monstruo muy rojo y muy negro que se tragó todo lo bello de su niñez. Recordaba cómo sus cascos se habían hundido en ese polvo de cenizas, que tenía olor a abandono. Seguía mirando el agua del arroyo que corría, pensando que cada uno de los migrantes llevaba por siempre una mochila encima llena de recuerdos, buenos y malos, que no los abandonarían nunca.

—¡Mamá, mamá, te juego una carrera por el prado antes de que oscurezca! —le dijo su pequeño cervato.

Su cara se distendió de alegría y dio gracias a Dios por tenerlo. Brincó velozmente para alcanzarlo. La vida volvía a sonreír.

Misión cumplida

Una mujer estaba sentada en el banco de la plaza bajo el árbol más alto. A su lado, en el piso, estaba su canasto con las agujas y la lana de su tejido. Pero esa tarde no tejía. Miraba a lo lejos, a los árboles, a los gorriones con sus capuchas y corbatitas negras que empezaban a buscar los refugios para dormir, porque caía la tarde y las sombras de la noche empezaban a descolgarse de los árboles, de los altos edificios alrededor de la plaza y hasta de los palos de luz. Los gorriones eran sus amigos, ella los conocía y sabía que de noche se iban convirtiendo en gnomos. Uno, el más viejo, que parecía un pompón con sus plumitas infladas, la venía observando y fue el último en irse. Cuando levantó vuelo, traía una plumita en el pico y, sin que ella lo viera, la dejó caer dentro del canasto de su tejido.

El viejo gorrión había visto que la tristeza había apoyado su brazo en el hombro de la mujer que, recordando su pasado, su vida, iba repitiendo canciones de añoranza que había cantado de joven, solo mentalmente sin que saliera voz de sus labios:

Que si lo pienso yo veo mi mar
Veo mis montañas y la casa donde nací.
Yo veo el puerto y se me estruja el corazón.

¡Y a mi *Génova* quiero volver!

El viejo gorrión podía entender esas estrofas que murmuraba corazón entristecido de ella por la soledad y la "morriña". Él sabía que muchas veces las letras de las canciones llevan escondido un sentimiento que turba o acongoja a las personas y que, al contacto con la música, se vuelve poesía.

Ya casi nadie pasaba por allí a esa hora, cuando un jovencito de unos dieciséis o diecisiete años se paró al lado de ella:

—Señora, ¿se siente bien? ¿Quiere que la acompañe a su casa?

—No, gracias muchacho, estoy bien.

Le sonrió al mirarlo. Lo vio con ese pelo negro cubriéndole la frente y casi los ojos... ojos dulces, como los de su nieto. Sus brazos sintieron un estremecimiento al recordarlo. ¡Cuánto habían acunado a ese niño, que ahora estaba lejos!

—Disculpe, creí que no estaba bien, porque vi que sus labios temblaban.

—¡Ah! Jovencito, es porque recordaba una canción que siempre cantaba mi papá. Es un tango y mis labios acompañaban sin la voz.

—Me gusta el tango y la música, yo toco el bajo, ¡dígame las palabras de ese!

—"Madre estoy tan feliz/Porque regreso a ti/Y mi canción te dice/Que es el día más bello para mí/Madre estoy tan feliz/Vivir tan lejos, ¿por qué?". Son palabras simples, pero me acompañan y llenan de poesía mi soledad.

—¿Simples? Yo creo que son muy profundas.

En ese momento, llegaron otros compañeros del muchacho.

—Me tengo que ir, ¿tal vez nos vemos mañana?

—Tal vez...

La señora se dio cuenta que se estaba sonriendo y que ya no sentía esa opresión en su hombro. "Ya está oscuro, debería volver a casa, aunque no hay nadie que me espere", se dijo.

Esa noche, al guardar su tejido, encontró la pequeña pluma y se extrañó, porque no era la época en la que los pájaros perdían las plumas. Y como las cosas que deben suceder suceden, al otro día volvió a encontrar a ese jovencito de los cabellos en la frente.

—Le conté a mi mamá la letra de su tango y se emocionó. Ella también la conocía, y querría que usted fuera a visitarla. Ella es ciega, ¿sabe? Y no puede salir.

Así fue como la señora no dejó más que la mano de la tristeza se apoyara en ella. Estaba muy ocupada yendo a ayudar a su nueva amiga ciega. Cantaban todas las canciones de su juventud, se comprendían y se sentían felices. Habían descubierto que la vida les había regalado algo muy valioso: una ilusión.

Y la plumita gris dentro del canasto de tejido se iluminó extrañamente: "Misión cumplida".

La pantera negra

La muerte... Todos le temen, o por lo menos, la nombran con respeto. Cuando venimos al mundo, ¿acaso no es bravo el nacimiento? Cuánto dolor, cuánto empujar y llorar... Después, la vida corre y canta como un río, ancho o angosto, que siempre termina vaciando sus aguas al mar.

Una semilla, cuánto esfuerzo para abrirse paso y salir de la tierra dura, y cuánto apuro por florecer, dar fruto y perfumar el aire. Pero cuando la manzana está demasiado madura, cae al piso y se aplasta. Así es la naturaleza y no habría por qué temerle.

Para mí, la muerte es una pantera negra, y todo es según la forma en que uno se acostumbre a ella. Hay personas que la ven llegar con miedo. En la noche, ven brillar sus ojos amarillos, el terror se apodera de ellos y se paralizan. Entonces, ella salta sobre su pecho, pone una zarpa en su cuello, aprieta y ahoga, mientras sus fauces abiertas exhalan en la cara de la víctima un aliento acre, con olor a sangre y a hueso.

Otros la conocen desde niños y la llaman Bagheera, como en el cuento de Kipling, y la ven llegar lentamente. Caminando con sus uñas retraídas, se acerca y refriega su mejilla contra

ellos de un lado y del otro, como hacen los gatos, emitiendo un ronco sonido semejante a un murmullo de alerta que parecería decir: "Tranquilo, aquí estoy". Luego, aunque dé un poco de asco, lame las caras con su lengua áspera, suponiendo que tienen dolor, para aliviarlos, y luego se echa a sus pies esperando. Ellos le acarician el lomo negro, lustroso, caliente, en señal de amistad. Su pelo huele a helechos y a pasto maduro. Cuando llega el momento, ella se levanta con vos, apoya su cuerpo en tu pierna derecha y te acompaña. Y salta con vos hasta el otro lado, donde no se sabe qué habrá, pero está con vos para acompañarte. ¿Quién se atrevería a hacerte daño si tenés a tu lado una pantera negra?

La muerte del tigre

Yussuf, el tigre, estaba echado bajo un árbol. Se sentía desconsolado y triste. Su panza subía y bajaba agitada pues su respiración se hacía difícil. Lamía lentamente su pelaje, que antes había sido de brillante oro y negro. Antes se veía desde lejos e infundía temor y respeto a todos los animales de la selva, incluso al hombre, que no suele temer mientras tenga una escopeta en la mano. Ahora, su pelo estaba descolorido y desmechado.

Un olor a cérvido le llegó por el aire y pellizcó su nariz. Pensó: "¿Cuánto hace que no como?". El instinto lo hizo levantarse y esperar agazapado entre los pastos altos; corrió, y saltó sobre el lomo trasero del antílope. Su intención era desgarrarle las ancas y luego rematarlo mordiéndole el cuello, pero su garra derecha le falló. Ya no tenía la fuerza de antaño; el antílope se zafó y, con ligerísimos saltos de canguro, se alejó dejándolo humillado y hambriento.

¡Qué soledad la de un tigre viejo! Después de haber tenido el poder sobre todos, ahora no tenía ni siquiera uno de su especie que tan solo lo escuchara.

Pasaban los días y el anciano tigre seguía echado a la sombra de las ruinas de un antiguo templo derrumbado, donde la selva había avanzado e invadido piedras y columnas con sus tupidas enredaderas y helechos. Era también un buen refugio para los monos, que ya no le temían al tigre que, además, era casi ciego y hasta lo consideraban como un compañero o vecino. Comprendían que era viejo y le dejaban a veces algo de comida.

Una banda de buitres llegó una tarde. Volaban en círculo sobre él preanunciando su festín. Incluso dos bajaron y, a prudencial distancia, lo llenaron de amenazas.

—Apúrate a morir, que ya tenemos hambre. No dejaremos de ti ni un huesito. Los que no podamos romper con nuestro pico, los tiramos desde lo alto para que al caer sobre las piedras se parta. Será el banquete más macabro, tal vez podríamos empezar ya....

Después de las amenazas, los quebrantahuesos se fueron. La noche empezó a caer sobre la sabana, una noche sin luna, oscura y gélida, que contrastaba con el calor sofocante del día e invitaba a acurrucarse y dormir. Pero Yussuf no tenía sueño. Los buitres ya habían sembrado en él la semilla del miedo. Pero, ¿qué podía temer un tigre como él? ¿Que lo atacaran, que lo mataran? No se preocupaba en absoluto de eso, pero hay muchos tipos de miedo y la soledad es el peor de ellos, el que hace sufrir más.

Los ojos de nuestro amigo empezaron a mirar a su alrededor, pero no podía traspasar la espesa negrura que lo circundaba; sabía que, de venir un peligro, se daría cuenta cuando ya lo tendría encima.

Y así sucedió. Primero, vio muchos pares de picantes ojos amarillos, quietos, como para infundir temor. Luego avanzaron. El miedo se personificó en un grupo de hienas que lo rodearon aullando y riendo repulsivamente. Alguna se acercaba más, tirándole algún tarascón. Yussuf soportó el acoso con altivez, ni siquiera se incorporó. Las miraba con desprecio. Sabía que las hienas comen carne muerta y él no estaba muerto. Además, era un príncipe, no podía demostrarles miedo. Aunque la escena, con esos ojos sanguinolentos y esas fauces de agudos dientes, con las risas escalofriantes en la oscuridad, le helaría la sangre a cualquiera. No sé cuánto podía durar este acoso, pero una familia de elefantes se acercó al lugar y con barridos de sus trompas al aire, ahuyentaron la jauría de hienas. Luego, mansamente, pasaron cerca del tigre y siguieron su camino. Sabemos que, en la selva, tigres y elefantes son enemigos, pero ante una injusticia cualquiera puede ayudar.

El tigre lloró. Tanto había sufrido por la soledad de su propia raza, por el abandono, y cuando estuvo en peligro, quien lo salvó fue su propio enemigo.

El sol asomó por el horizonte besando tímidamente los pastos de la sabana a ras del suelo, y con él también aparecieron los pájaros. A veces, Yussuf levantaba la cabeza y echaba un rugido al aire. Los monos se decían entre ellos: "¡Está llamando a sus hijos, pobre!" y se apiadaban de él. A una mona se le ocurrió una idea y fue al cubil de la chita, que tenía tres cachorritos. Le contó del sufrimiento del tigre, de su soledad y su añoranza. La chita lo pensó sólo un momento: "¿Por qué no? A mí también un día podría pasarme lo mismo". Entonces, llevaron los cachorros y los pusieron cerca del tigre. Este levantó la cabeza husmeando el aire inquieto.

—Te hemos traído a tus nietos, Yussuf.

Él empezó a olisquearlos y luego a lamerlos. Los cachorritos se le treparon encima y rodaron panza arriba. El olor no era como el de sus hijos, pero se parecía y lo llenaba de ternura. Pasó un largo rato dando y recibiendo cariño. Era todo lo que deseaba.

La chita, vigilando sentada a corta distancia, se emocionó. Y los monos, trepados a las piedras de las ruinas, festejaban y pensaban: "¡Con qué poco se puede hacer feliz a alguien!".

Al día siguiente, su vecino se levantó y lentamente se encaminó hacia el arroyo, olfateando el aire, que olía a agua corriendo sobre el limo del fondo. El aire le traía el aroma de las frutitas que comían los monos, y su brisa empujaba los pastos y acariciaba las orejas del tigre, peinándole el pelaje y perfumándolo con olor a tarde de verano.

Yussuf se sentía feliz. Caminaba despacio y los pájaros, los pelícanos, los monos y hasta dos gacelas se pararon a mirarlo, todos lo seguían atentos. En ese momento, desde la humedad del arroyo empezaron a verse colores, al principio borrosos. Luego se marcaron nítidos en un arco que llegaba hasta las nubes.

Yussuf, siempre lentamente, se metió en agua y subió, y sus colores se mezclaron con los del arco iris. Sus compañeros animales se quedaron mirando hacia arriba. Los buitres quebrantahuesos, más lejos, miraban cabizbajos. Se habían quedado sin su festín.

La bruja de los pájaros

Ellos la encontraron. Cuando la muchacha fue a vaciar el mate para regresar, algo se movió en la hojarasca. Entre el cañaveral y la maleza, allí estaba ella: ¡un águila! ¿Pero qué hacía en el piso? Llamó a los demás, que quedaron emocionados.

Habían avistado muchos pájaros. Se dedicaban a eso, pero nunca vieron uno tan grande. Se movía en el piso sin poder volar. "Tal vez está herida", pensaron, y la levantaron con un trapo, porque se dejaba tocar, pero tuvieron que envolverla en una campera, porque tenía unas garras enormes. Parecía un águila o un gavilán, pero estaba ciego, tenía los ojos hinchados e inflamados. ¿Qué podemos hacer?

—Yo conozco alguien que, a lo mejor, podrá ayudarla —dijo uno de los muchachos—. Está un poco lejos, pero este animal está sufriendo mucho. Con la infección que tiene se morirá si no hacemos algo.

—¿Es una veterinaria?

—No, es una anciana. La llaman "la bruja de los pájaros".

Donde llegaron casi no había casas. Alguien le permitió poner su casa rodante en su campo. En realidad, era un colectivo viejo que le servía de casa, de consultorio y de todo. Alrededor

había maderas, partes de alambre tejido y muchas jaulas de varios tamaños con lechucitas, un búho, benteveos y hasta un ciervito.

Al parar el auto, Dolores salió a recibirlos. Estaba claro que si alguien paraba allí era porque la necesitaban. Era una mujer extraña, no se podía saber qué edad tenía, pero por la seguridad y la fuerza con que manejaba a sus pacientes, no debía de ser vieja. Tampoco era fea. A los animalitos los trataba con mucho cariño, no hablaba mucho y su pensamiento parecía estar en otro lado: lejos, como en el horizonte.

Vieron con qué autoridad revisó al enorme pájaro que, aunque estaba ciego, logró clavarle sus garras en el muslo. Y con qué seguridad le sacó de a uno los dedos rapaces para engancharselos en un palo. Luego de limpiarle los ojos, le puso gotas de antibiótico y le acarició las plumas.

Al verla atender al animal, aún con sus viejas ropas de trabajo, los muchachos podían ver tranquilamente a un experto médico en su mesa de operaciones. ¿Qué habría sido esa mujer de más joven? ¿Qué le habría sucedido para que se alejara de la sociedad y dedicara su vida a curar animalitos? ¿O, en su gran soledad, buscó dar sentido a su vida salvando a estos pacientes, dándoles afecto? Todos necesitan dar cariño, y ella lo tenía, porque de noche entraba las jaulas a su casa rodante, para que depredadores como perros, ratas o comadrejas no maten a las aves.

Todo esto pensaban los muchachos al retirarse de allí. Tal vez fue médica, o su familia la abandonó. Mientras volvían en su auto, charlando, llegaron a una conclusión: "Ella está ayudando a los demás, ¿y los demás no piensan que ella también puede necesitar ayuda?"

Las ruedas del auto rodaban sobre la ruta a gran velocidad. Caía la tarde, el viento del mar ya estaba fresco y daban ganas de volver a casa. Los últimos pájaros ya se refugiaban en los árboles cercanos.

—A esta hora, la bruja de los pájaros estará entrando las jaulas en su colectivo, capaz que tiene un farol. ¡Es brava la noche sin luz!

—Se llama Dolores —lo corrigió el otro—. Y seguro que le gustará que tomemos unos mates juntos la próxima vez.

A veces, una simple compañía es capaz de llenar un agujero de soledad.

EL PODER DEL AMOR

El blues y Katrina

Había una vez una pequeña niña negra cuyos abuelos habían sido esclavos. Sus padres ya no, pero la vida les había resultado muy difícil; fue duro insertarse en una sociedad de blancos siendo la primera generación de hombres libres.

Ella aprendió mucho de sus padres: la paciencia para comprender a las personas que no comprenden nada; la humildad para ser dócil, pero con señorío, sin servilismo; la alegría de cantar a pleno pulmón mientras pedaleaba camino al trabajo dando gracias por ser libre. Aprendió, también, el respeto por sus abuelos y por las tradiciones de su raza.

Pero la vida, como el mar, trae y lleva. Una noche de invierno, se llevó a sus padres y se quedó sola. Una familia blanca la adoptó. Ellos no podían tener hijos y se encariñaron mucho con Katrina, pero no pudieron cambiarle el nombre, porque, dijo ella, debía honrar ese nombre que había heredado de su abuela.

Sus nuevos padres la querían muchísimo, pero a veces ese amor la hacía sufrir. Dulce y servicial, ella se metía en la cocina y se ponía a ayudar, pero la cocinera no la dejaba: "No, niña, tú no debes trabajar, yo estoy para eso". Así fue también con la

mucama y el jardinero. Katrina sentía que nadie necesitaba de ella y sufría mucho. ¿De qué le servía tener una hermosa casa, muchos vestidos y padres que le daban todo, si no podía tener la alegría de compartir, de construir cosas con cariño para alguien?

Sentada en el jardín, pensaba con tristeza que era una inútil. De pronto, escuchó que alguien lloraba. Miró a través de la ligustrina y vio a un chico en silla de ruedas. Su propia tristeza, unida a la del muchacho, hizo afluir en ella un sentimiento que ya no era sólo suyo, sino de muchos, y al tratar de expresarlo se convirtió en música.

Al igual que sus abuelos esclavos, que cantaban *negro spirituals* y blues cuando no podían cambiar lo que estaba mal, la música mitigaba las injusticias y los sufrimientos.

Un blues brotó de los labios de Katrina, al principio casi sin darse cuenta, y de a poco se dejó llevar por la emoción y cantó y cantó. Ya no se acordaba quién lloraba ni dónde estaba, pero al terminar la canción, el chico la llamó. Ya no había lágrimas y su cara parecía decir: "tenemos los mismos sentimientos".

Así nació una gran amistad; ella le ayudaba a hacer gimnasia por sus piernas y él le enseñaba a tocar el saxofón. Por las tardes, una con el saxo y el otro con la armónica, tocaban sus canciones favoritas, y ni ellos se explicaban como un blues (que significa triste) podía hacerlos tan felices.

Una tarde, la mamá de Katrina fue a visitar a su vecina, la mamá de Louis. Mientras tomaban el café, vio como Katrina le abrochaba los zapatos a su amigo. Al principio le molestó, quiso decir algo, pero la mano de su vecina le indicó que los observara. Los vio ayudarse libremente sin pensar si correspondía o no, los vio compartir su música, sus problemas y su

alegría. Entonces comprendió que, por protegerla demasiado, le estaba quitando a Katrina la libertad de ser ella misma. En cierto modo, la estaba manteniendo esclava de las costumbres blancas. Se quedó escuchando: la música simplemente penetró en ella y le llegó hasta el alma. Cada nota era un canto a la libertad.

A la sombra del Monte Blanco

En una cabaña alpina de piedra y troncos en las afueras del pueblo, casi en la ladera de la montaña, se encontraba Pier, sentado a la mesa mientras escuchaba las noticias locales en su radio, al calor de la gran chimenea encendida. Pier tenía más de 70 años. Era muy corpulento, aunque ahora se encorvaba un poco, y sus manos grandes ya estaban un poco endurecidas, por eso manejaba el hacha con más lentitud, pero igual cortaba troncos de pino, que se usaban en la construcción de las casas. Su piel estaba tostada y arrugada por el frío, y en el resplandor del sol sobre la nieve, parecía un pergamino antiguo. Se notaba que había vivido casi siempre en la montaña. Conocía todos sus pasos, sus glaciares, sus atajos, sus peligros, su inmensa belleza y su misterio. De joven, había sido guía en el paso del gran San Bernardo, que une los Alpes suizos con el macizo del Monte Blanco (muchos viajeros, arriesgados, lo utilizan). En la alta montaña, la temperatura es muy rigurosa, cambia con mucha rapidez, y algunas veces puede llegar hasta 30° bajo cero. Las tempestades de nieve no sólo impiden la visibilidad, sino que cambian el paisaje y hacen perder a los viajeros. De ahí la importancia de un guía y del refugio de los

monjes de San Bernardo, con sus grandes perros entrenados para buscar montañistas extraviados en la nieve.

Pier amaba la montaña. Era su vida. Cuando alguien en la cantina hablaba de la "soledad de la montaña", él sacudía la cabeza. ¿De qué soledad hablaban? Si cuanto más arriba trepaba, más sentía la cercanía de Dios. Era como un compañero que caminaba a su lado. Hasta se preguntaba si Dios sabría dónde poner los pies para no caer en una grieta del glaciar. Por eso, cuando se ama se quiere conocer hasta la entraña de las cosas, y él aprendió a escuchar el lenguaje del viento, el idioma de los abetos azules, el significado de los giros en el vuelo de las águilas, la alegría que nos transmite una pequeña florcita lila colgada de una grieta en la roca pelada. "¡Nunca es pelada la roca!", diría Pier, "Siempre tiene líquenes y musgos y grietas que acumulan tierra y allí se prenden y crecen varias flores a despecho de los vientos".

Pero volvamos a nuestra historia. Pier estaba sentado escuchando las noticias locales, cuando un cuchicheo lo distrajo. Venía del cajón de los zapatos.

—Cuando yo era joven y había guerra, nos bajaban en paracaídas, luego nos ponían los esquíes, bajábamos por la ladera nevada y llegábamos antes que el enemigo.

El que hablaba era un botín de montaña de cuero muy grueso y engrasado, para que fuera impermeable a la nieve, de punta ancha, como para que entren por lo menos dos pares de medias gruesas, y con clavos en su suela. Estaba bastante gastado, pero todavía podría...

Una voz femenina lo hizo callar. Era un zapatito de charol con taco alto:

—¡Oh! Basta con esas historias aburridas de tus aventuras con soldados, ya las sabemos de memoria. Ya no sirves para nada; mírate, todo opaco y agrietado. En cambio, yo estoy a la última moda. Pronto iré al baile del pueblo y bailaré toda la noche como una mariposa.

De pronto, Pier dejó de prestar atención a la charla de los zapatos y levantó el volumen de la radio:

"Después de tres días de intensa búsqueda con el cuerpo especializado de alta montaña con los perros del refugio de San Bernardo, esquiadores y helicópteros, lamentamos comunicar que todo fue en vano y que los cuatro boys scouts perdidos hace días en la ladera oeste del Monte Blanco, no fueron hallados... Se teme...".

Pier apagó la radio y dio un puñetazo sobre la mesa. Conocía la ladera oeste como la palma de su mano. Sabía que, aunque la temperatura era extremadamente baja, era zona del Fohen, un viento cálido del sur que hace fundir prematuramente la nieve y el hielo, provocando avalanchas. Repasó mentalmente la forma natural de las rocas y, como recordando algo, no lo pensó más.

Abrió el cajón y sacó sus viejos botines de montaña; los miró y asintió con la cabeza: servirían. Tomó el abrigo, los anteojos, la soga, la piqueta y partió. Al salir, recordó algo: la cantimplora con agua, y además tomó varias tabletas de chocolate. No podría llevar más peso.

Empezó a subir. Sus botas se hundían en la nieve y su respiración se hacía agitada; ya no era joven y el agotamiento lo incitaba a detenerse, pero su corazón le repetía: "La ladera oeste, guíate por la forma de la cumbre alta, mantente en línea, hay dos cuevas allí.". El viento Fohen, su viejo enemigo, lo hizo

trastabillar varias veces, pero no pudo pararlo. Limpió varias veces de sus antiparras la nevisca que le impedía ver.

"Debería ser por aquí", se dijo y se detuvo estudiando el terreno. Luego, hundió su piqueta en la nieve congelada una y otra vez hasta abrir un boquete: era la cueva. ¡Y allí estaban los chicos atrapados por la avalancha!

Todo fue alegría y risas mientras repartían el chocolate que les daba energía, esperando la llegada del helicóptero de rescate. Casi todo el pueblo salió a esperarlos y a la noche harían una gran fiesta.

Desde la casa de Pier ya se oían las primeras piezas de música. Un niño se le acercó y lo tomó de la mano:

—Vamos, abuelo, que ya empezó y llegaremos tarde. ¡Cuidado, hay un escalón, no vayas a caerte!

Los bigotes de Pier se sacudieron temblando en una risa silenciosa:

–Sí, pequeño. No me caeré.

Pelado y Peludo

Dos borrachos estaban sentados en dos mesitas de un viejo bar, cada uno con su vaso de ginebra en la mano y la mirada perdida. Frente a ellos, una gran ventana antigua daba a la plaza que tenía una fuente, también antigua, donde saltan los chorritos para arriba y caen en una gran bandeja redonda de piedra que rebalsa de agua y vuelve a caer en otra más grande.

—Yo me emborracho porque sí, me gusta y a nadie le importa, ¿y vos, Pelado? —dijo Peludo.

Lo llamaban Pelado porque cuando era chico y llegó al barrio, tenía la cabeza rapada y los chicos lo apodaron así. Por eso, se dejó crecer el pelo y siempre lo llevó largo. El Pelado no contestaba, estaba absorto mirando la fuente.

—Ya sé: bebés para olvidar, ¿no?

No, eso sí que no, más bien bebía para recordar. Pero, ¿para qué dar explicaciones? ¿Acaso no se burlaron cuando llegó a la casa de los tíos con su bolso y la cabeza rapada?

Seguía mirando la fuente. El sol de la tarde acariciaba la plaza y allí llegaron ellos: una bandada de gorriones bajó al borde de la fuente y, entre saltitos y sacudones, empezaron a bañarse hundiendo la cabecita en el agua y sacudiendo las alitas,

salpicando de gotitas todo alrededor. Y volvían a hundir la cabecita y a sacudir las alitas. Gotitas, gotitas por todas partes. Cuando le secaba la cabeza a Franki era lo mismo, gotitas por todas partes. Y seguía mirando los gorriones, absorto. Le parecía ver la lucha de almohadas con su hijo, las plumas que se desparramaban por el aire... Sonreía al verlas bajar lentamente. Se imaginaba que corrían, se tiraban en el pasto y arrancaban con las manos manojos de tréboles y se los tiraban uno a otro. Le parecía sentir ese olor a pasto cortado. ¡Qué hermoso era todo aquello!

Tuc–tuc–tuc. Ese ruidito lo hizo volver a la realidad: era uno de los gorriones que golpeaba con su piquito en el vidrio de la ventana. Su amigo, el gorrión. ¡Ah, sí! Dejó el vaso, tomó su caja de herramientas y se fue saludando al Peludo con la mano.

Era la hora en que Franki salía del colegio y por nada del mundo quería perderse ese beso de su hijo, aunque tuviera que caminar muchas cuadras con la pesada caja de herramientas.

Parecía que solo vivía para ese beso a la salida del colegio. Y sus amigos los gorriones lo sabían.

Por eso, cuando un bendito día Franki no fue a la escuela, y tampoco al siguiente, el Pelado se pasó la tarde en el bar. Los gorriones estaban más que preocupados y averiguaron lo que pasaba. Porque esos pequeños pájaros color polvo no eran más que los duendes guardianes del parque: de noche dejaban de ser pájaros para ser duendes. Vivían en los troncos de los viejos árboles o bajo sus raíces, y eran muy sabios.

Cuando se enteraron que se iban a llevar a Franki a México, trataron por todos los medios de sacar al Pelado del bar para que lo impidiera: golpearon el vidrio y hasta entraron y le pi-

cotearon los pies. Pero el Pelado no reaccionaba, su tristeza lo atontaba.

Esa noche, los duendes se reunieron para decidir qué hacer. No quedaba mucho tiempo. La madre se lo iba a llevar a México con un padrastro. ¡Qué podían hacer ellos, tan chiquitos, a los que nadie hacía caso!

"Yo sé qué hacer", dijo Calchín, un gorrión joven e intrépido, valiente y altruista, al que le gustaban con locura los aviones y había leído mucho sobre la Segunda Guerra Mundial. En especial, le gustaba la parte en que los japoneses, los kamikazes, se tiraban en picada con sus aviones sobre los buques enemigos hasta estrellarse sobre ellos e incendiarse ambos.

—No estoy loco, yo lo sacaré del bar. Él es un hombre bueno y ha sufrido mucho. Yo, yo soy solo un gorrión.

—¡No, Calchín! ¡No lo hagas!

Pero no los escuchó. No tenía tiempo que perder. Estaba cayendo la tarde y el sol iluminaba con sus últimos rayos el viejo y enorme pino, la fuente de piedra y la alta ventana del bar. Todo estaba listo, sólo faltaba un corazón grande y fuerte con alas de gorrión, porque con su investidura de duende nada hubiera podido hacer. Calchín saludó a sus compañeros, que tenían lágrimas en los ojos, y con vuelo certero se encaramó en la rama alta del pino.

Fueron dos minutos de titubeo, o fue concentración, o tal vez un rezo. El pequeño pájaro se lanzó al vacío como un bólido, recogió las alas hacia atrás, el cuello y el pico estirados hacia delante, hacia el blanco. Parecía un águila que caía en picada sobre su presa. El blanco era... ¡la ventana del bar!

El fuerte golpe en el vidrio hizo saltar de su silla al Pelado, que vio cómo el cuerpito resbalaba por el vidrio dejando una

estela de sangre. En dos zancadas estuvo afuera para recoger a su amigo. Estaba destrozado, pero todavía con vida, y parecía decirle algo: "Pío... México...el aeropuerto... hoy... Frank...". No pudo decir más. Cerró sus ojitos y la cabecita se le cayó a un costado.

El Pelado sintió que toda la angustia que tenía adentro se le subía a la garganta. Con mucha ternura fue y lo sepultó entre las raíces del viejo pino. No estaba solo, una gran cantidad de gorriones se encontraban junto a él y más. Ningún pájaro ni insecto en toda la plaza movía una pluma ni una patita; todos sabían lo ocurrido y sentían una gran admiración por el pequeño kamikaze.

El viejo pino empezó a mover sus ramas, al principio lento y solemne como un réquiem, pero luego sus movimientos cambiaron y se hicieron fuertes y acompasados como una marcha. El Pelado entendió: debía irse, y rápido.

Llegó a la casa de Franki, pero ya no había nadie. Un amiguito le dijo que ya se habían ido y que el niño lloraba "y te llamaba". Ciego de angustia, el hombre tomó un taxi y corrió al aeropuerto. Llegó a tiempo para ver cómo el niño lloraba y corrió hacia ellos.

Franki lo abrazó:

—¡Papá, papá, viniste!

—Por favor, Julia, no te lo lleves.

Se hizo un silencio embarazoso, y fue el niño a cortarlo; se abrazó a su madre.

—Yo te quiero mucho, mamá, pero tú tienes a tu marido. En cambio, papá no me tiene más que a mí y me necesita. Y yo lo necesito a él.

El rugido de los motores del avión, luego el despegue, las nubes, y unas manos que saludaban aun cuando el aparato estaba ya muy alto.

Un niño y un hombre volvían muy apretados camino a casa. Al pasar por la plaza, el Pelado se sacó el sombrero:

—El pequeño kamikaze dio su vida por ti y por mí. Nunca lo olvidaremos.

Y dándose vuelta agregó:

—¿Ves ese bar ahí enfrente? Nunca volveré a entrar ahí. Tiene olor a vómito y a muerte.

Siguieron caminando.

—Sabes, papá, yo voy a la escuela a la mañana, por la tarde puedo acompañarte, puedo ayudarte a pasar cables y así aprendo, y cuando tú seas muy viejo yo podré cuidar de ti.

Sonrieron los dos. Una bandada de gorriones pasó casi rasante sobre sus cabezas para ir a refugiarse en el viejo pino.

El hada abuela

Había una vez una abuela hada. Era pequeña, con el pelo blanco y un doble par de alitas transparentes, como con un polvito brillante. Nunca voy a olvidar el día que llegó a casa:

—*T*è *sun qui* ("Y bien, aquí estoy") —dijo.

Traía en la mano una a valijita marrón claro, su único equipaje. Nunca le conocimos otras cosas. Seguro que era una valijita mágica, porque allí tenía todo lo que necesitaba: no le hacía falta más. Nuestra alegría fue muy grande: ¡nunca habíamos tenido con nosotros una abuela hada! Vimos que mamá la abrazó para darle la bienvenida, pero también vimos un poco de perplejidad en la cara de mi padre: ¿dónde poner a dormir una abuela hada si la casa era tan chiquita que nuestra pieza estaba dividida con una gran cortina? De un lado, dormían mis tres hermanos varones y del otro lado nosotras, cinco niñas. El más chiquito dormía en el cuarto con mamá y papá. Pero no fue difícil darle a ella la camita más grande y dormir dos de nosotras en la otra.

Después supimos por mamá que la habían echado de una patada de su anterior morada y que sus alas estaban muy cansadas de volar.

El hada se sentó en un silloncito y nosotros la rodeamos en el piso, ansiosos y curiosos. Ni una queja salió de sus labios. Sus comisuras se alargaron en una sonrisa tan serena que nos iluminó a todos.

—¿Quieren un cuento? —dijo, y cerró los ojos como buscando con cual empezar.

Así, nuestra casa se llenó de cuentos, de historias, de ovillos de lana, de medias zurcidas, de risas y de dulzura. Ella sabía todos, absolutamente todos los cuentos de este mundo. Y en ese mundo de cuentos se quedó nuestra adolescencia: siempre tenía un delantal para enjugar nuestras lágrimas, ya que mamá tenía mucho trabajo, pues éramos doce en la mesa.

Ahora, después de cincuenta años de no tenerla, aún recuerdo con dolor el día que la reté:

—¡Mamá no nos deja abrir la puerta de noche!

Ella no me contestó; simplemente me miró con sus ojos dulces y sonrió. Es que ella se había metido tanto en el plano nuestro (nunca en el de los mayores), que ya la tratábamos como a uno de nosotros. Nos habíamos acostumbrado a su magia y no nos dábamos cuenta de que ella nunca pedía nada, nunca necesitaba nada, todo lo sacaba de esa valijita mágica.

Un día no se levantó de su cama, no vino a jugar cartas con nosotros, no nos corrió alrededor de la mesa ni nos preparó el café con leche con pan adentro. Fuimos a verla a su cama. Ella nos miraba, pero no nos podía hablar.

Entonces mamá llamó al médico, pero el médico no sabía curar los males de las hadas. Mamá nos explicó que sus alas estaban perdiendo el polvito brillante.

Desde mi cama en la misma pieza, yo escuchaba preocupada las únicas palabras que pronunciaba muy suavemente:

—¿*E dopo*? ("¿Y después?").

Creo que con el último polvillo que le quedaba pudo volar de vuelta a su hogar de las hadas en el cielo, pero no tuvo fuerzas para llevarse su valijita, que a pesar de que la buscamos intensamente no la pudimos encontrar.

Pasaron muchos años y nos hicimos grandes. Ahora sé qué había en la valijita marrón: una gran dosis de amor para hacer felices a los que la rodeaban. Alegría para no recordar las penas. Y lo que más había era una gran dosis de humildad.

Tal vez, con el pasar de los años... Todavía tengo esperanzas de encontrar la valijita mágica marrón que dejó la abuela hada.

El sol, la luna y Cacuí

En el norte hay un lugar llamado la Puna, que es bastante desértico, con montañas muy altas a su alrededor, donde viven las llamas, los guanacos, el puma y el cóndor, donde los cactus son altos como casas y de noche abren sus hermosas flores como queriendo alumbrar el camino de los pastores. En ese lugar vivía Cacuí con su mamá, en un pequeñísimo poblado de casitas de piedra y adobe. Cacuí era pastor de cabras y ese atardecer, mientras las encerraba en el corral, vio venir a su madre tambaleándose.

—¿Qué tienes, mamá?

Ella no contestó, se tiró en la cama y él sintió que su frente ardía de fiebre. Entonces, la tapó con el poncho y corrió a llamar al brujo de la tribu. Después de mirarla, el anciano brujo suspiró y se quedó callado un rato largo.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —preguntó Cacuí.

El hechicero le acarició la cabeza.

—Solo Tata Inti puede curarla —dijo tristemente.

Cacuí salió del rancho desconsolado. Era un indiecito valiente, aunque no sabía muchas cosas, sabía que Tata Inti era el Sol, pero ¿qué debía hacer?

Levantó la cabeza. Las lágrimas corrían por sus mejillas morenas. Una luna enorme y redonda iluminaba el lugar.

—Mamá Quilla —le suplicó a la luna—, dime, ¿dónde puedo encontrar a Tata Inti?

La luna se apiadó de él. Ella conocía su valentía. Lo había visto defender a su rebaño de un puma a pedradas y ahora lo veía solo, perdido, pero con una gran voluntad: encontrar a Tata Inti.

—A la madrugada, muy temprano, cuando el cielo comienza a teñirse de un color rosado, el sol aparece por la cima de aquella montaña —señaló Mamá Quilla.

No lo pensó más. Tomó su poncho y partió trepando la ladera de la montaña. La luna lo seguía con la mirada, tratando de iluminarle el camino.

Anduvo toda la noche y cuando el cielo comenzó a teñirse de rosa ya estaba en la cima. Cuando el sol salió, rápidamente lo tomó, lo metió bajo su poncho y ató los dos costados con nudos, para que no se escapara. Bajó a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Estaba cansado, sus ojotas se habían roto, sus pies sangraban y el sol le quemaba el pecho. Los grandes cactus lo vieron pasar exhausto junto a ellos y alargaban sus sombras como queriéndolo ayudar. Con sus últimas fuerzas entró en el rancho, desató su poncho, tiró el sol sobre la cama de su mamá y ya no pudo más. Cayó al suelo. El dolor de su pecho era muy fuerte y se desvaneció.

Entonces, la luna tuvo compasión. Alargó sus manos de plata y las apoyó sobre el pecho quemado de Cacuí, que sintió un frescor dulce, y entre sueños le parecía sentir el agua del lago que lamía los flancos de su canoa, un agua fresca, muy serena. Durmió mucho tiempo. Cuando despertó, el sol estaba alto en

el cielo. Se sobresaltó. El pecho ya no le dolía, no podía comprender, ¿habría soñado?

—Ji, ja, ji, ja, ji, ja —se burló el asno—. Has soñado, has soñado.

—¡Spú! —el guanaco hizo callar al burro con una escupida en la cara.

—¡Calla, estúpido! Yo sentí la quemazón del poncho de Cacuí en mi lana.

—Yo tengo aún prendida en mis espinas flecos de su poncho, cuando bajaba corriendo por el sendero —dijo el cactus.

—Y aquí tengo la serpiente que maté con mi pico cuando estaba por picar los pies desnudos de Cacuí —mostró la lechuza.

El indiecito vio que su madre se estaba incorporando y corrió hacia ella:

—¡Mamá, ya estás bien!

—Sí, mi pequeño, gracias —y acarició con sus dedos un hermoso girasol naranja que estaba sobre su cama—. ¿Dónde lo encontraste?

El niño calló. ¿Cómo explicarle? Porque en la Puna no crecen girasoles.

¿Pero qué importaba eso si su madre estaba bien? Así que la abrazó fuerte.

El gigante de los ojos azules

Este era un gigante torpe, bastante torpe. Vivía en una época antigua, en la que había enormes castillos con reyes, y si había gigantes, también había enanos, hadas y gente común que vivía alrededor del castillo y sembraba trigo para hacer el pan.

Como les dije, el gigante era torpe, y cuando pasaba por allí, no se daba cuenta de que eso era un campo sembrado, y con sus grandes pisadas aplastaba las espigas. Los campesinos se enojaban e iban a pedir ayuda al señor del castillo. Como los campos eran suyos, enviaba a sus soldados a perseguir al gigante mientras se iba alejando, porque no era belicoso sino bonachón, y las flechas se le incrustaban en las piernas.

Al llegar al río, el gigante se arrancaba las pequeñas flechas y metía sus piernas en el agua para calmar ese ardor que le producían los pinchazos. Luego, se tiraba a descansar sobre el pasto sin saber que unos pequeños gnomos lo observaban escondidos entre las piedras.

Algunos se atrevieron a acercarse y le inspeccionaron las heridas de las piernas. Después, se retiraron y un rato después aparecieron de nuevo con un tazón que tenía un empaste ver-

de, que esparcieron muy suavemente lo sobre las heridas. El gigante sintió un cosquilleo y levantó su manaza para aplastar lo que le cosquilleaba, pero al abrir un ojo vio qué era, y sintió un gran alivio en sus piernas. Entonces, su mano volvió lentamente a su lugar.

Y así nació una buena amistad entre el gigante de los ojos azules y los gnomos.

Ellos, como gesto de amistad, lo llevaron a su pequeña aldea secreta para mostrársela. Nadie imaginaría ese lugar hermosísimo, completamente escondido por enredaderas, orquídeas y azaleas. Sus pequeñas casitas parecían hongos entre las raíces de los árboles. Era una aldea de ensueño.

Sucede que otro gigante también pasó por el lugar, pisoteó los sembrados y agredió a la gente del castillo. ¡Pero este sí que era muy malo! Y como los soldados lo atacaron con sus flechas, el malvado pensó en vengarse. Subió a la montaña y fue a buscar a los caballos salvajes. Cuando encontró la tropilla, empezó a tirarles gruesas piedras. Los caballos entraron en pánico y se lanzaron en estruendosa carrera. Más de cien animales enloquecidos corrieron montaña abajo, levantando nubes de polvo, haciendo temblar la tierra con los golpes de sus cascos. Sus narices dilatadas y sus crines larguísimas flameaban entre el polvo. No quedaría nada a su paso. Esa era la venganza.

El gigante de los ojos azules estaba tirado en el pasto descansando, cuando sintió que la tierra bajo él tembló con un ruido sordo. Se paró de un salto, olió el aire y miró a lo lejos la nube de polvo. Sí, era una estampida ¡y de caballos salvajes!

Sabía que, si pasaban por detrás del castillo, luego tomarían por el bosque y... ¡Oh! ¡La pequeña aldea de los gnomos! ¡No!¡-No lo permitiría!

Arrancó un árbol y, blandiéndolo a modo de espada, se plantó a la entrada del bosque. No tuvo que esperar mucho, el retumbar de los cascos se hizo un rugido ensordecedor.

¡Y allí estaban! El empezó a gritar: "¡Ya! ¡Ya!", y a sacudir el árbol golpeándolos, para tratar de desviar su carrera hacia el río. Algunos caballos cayeron, otros lo golpearon con los cascos en el pecho y la cara, tratando de pasar sobre él. Fueron impactos feroces. El gigante sangraba por varias partes y sus ojos hinchados ya casi no veían. Pero no cedía. Seguía blandiendo su improvisada espada de un lado a otro. Algunos caballos doblaron a la derecha y los de atrás los siguieron. ¡Iban hacia el río! ¡Lo había logrado!

Sentía el ruido, pero ya no veía. Dejó el árbol y cayó de rodillas. ¡La pequeña aldea de los gnomos estaba a salvo! Luego se tumbó al suelo cuan largo era y no se levantó nunca más.

Los gnomos se acercaron lentamente, con una flor que cada uno depositó sobre el cuerpo del gigante. El hada del bosque esparció sobre él su polvo mágico, y enseguida crecieron rododendros rojos con largas espinas, que lo taparon completamente. Al volver a sus casas, los niños preguntaron:

—Mamá, él era como nosotros porque tenía los ojos azules, pero ¿por qué tenía el cuerpo tan grande?

—Porque su corazón no podía entrar en un cuerpo más pequeño —les respondió la madre.

Tulú, el niño africano

Cuando nació Tulú, todos estaban contentos. La tribu festejaba porque amaban a los niños, así como las bandadas de grullas blancas, el cielo azul, el carmín de un atardecer en la sabana y el color terracota de su tierra africana. Como era la costumbre, sus padres le hicieron una canción, sólo suya, y se la cantaron rodeándolo con familiares y amigos, que acompañaban con sus tambores. Repetían esto en cada acontecimiento importante de la vida del niño. Lo felicitaban por su cumpleaños y si había que reprenderlo por algo muy malo era el Ñambé, el viejo de la tribu, que lo hacía (siempre hablando con cariño), luego le cantaban su canción, como diciendo: "Hagas lo que hagas, nosotros te queremos".

Tulú cumplió doce años, llegó el día de la iniciación. Dejaría de ser un niño y se convertiría en un joven guerrero, pero para eso debía prepararse y pasar una gran prueba. Ñambé le dio muchos consejos: cómo cuidar su cuerpo, cómo comportarse con los demás y cómo ser previsor en la selva ayuda a los valientes. Luego, lo largaron a la jungla solo, apenas con una lanza y un cuchillo, para que aprendiera a sobrevivir durante cinco días. Cuando volvió, jadeante, lleno de heridas, pero orgulloso

de haberlo logrado, su cabecita albergaba todo el temblor de la bruma nocturna, el jadeo y las pisadas de los grandes felinos y el estallido de alegría del sol, trepado en la cima de un árbol.

Toda la tribu lo recibió con una gran fiesta. Los pequeños y grandes tambores retumbaban uniendo sus sonidos bajo el vibrante golpeteo de manos que los hacían resonar hasta a muchos kilómetros de allí. Ellos decían: "Nació otro guerrero".

Pero, en medio del festejo, el muchacho se dio cuenta de que sus abuelos no acudieron a agasajarlo, se molestó mucho, y tuvo que irse de la fiesta para que no vieran que la ira iba subiendo a sus ojos. Llegó hasta su árbol favorito, subió muy alto y, sentado a horcajadas en una gruesa rama, dio rienda suelta a su enojo, golpeando con su cuchillo una y otra vez en el tronco.

—¿Qué te he hecho yo para que me lastimes así? —dijo el árbol.

Tulú se detuvo y pasó su mano sobre las heridas inferidas al árbol, pero estas no se cerraron, aunque esa caricia llevara la palabra perdón.

—¡Tulú, baja, debo hablarte!

Era Ñambé. El muchacho obedeció y caminaron solos por el bosque.

—Te contaré algo que no sabes de tus abuelos —dijo el anciano brujo—. Hace muchos años, llegaron para establecerse aquí, cerca del río. De donde venían ya no había agua, ni sembrados, ni animales, ni vida posible. Lucharon mucho por este lugar y estuvieron mucho tiempo en prisión. Lograron que sus hijos tuvieran la tierra, pero por los sufrimientos que pasaron su carácter se volvió solitario y huraño. Ahora, tú puedes pensar de ellos lo que quieras: unos simples héroes, o unos estú-

pidos rebeldes. Pero recuerda tu canción: "Hagas lo que hagas, nosotros te queremos".

El corazón de Tulú, que estaba cerrado, se fue abriendo como una flor que comienza a desplegar sus pétalos en una cálida mañana africana. Luego, tomó las manos del viejo Ñambé y las besó. Después, decididamente, tomó el sendero que bordea la aldea hacia el otro lado, a la casa de sus abuelos.

Diario de una Navidad

Llueve a más no poder. El viento empuja el agua contra los vidrios de las ventanas; las ramas se abaten de un lado a otro, algunas se rompen. Mientras miro las macetas que van rodando en el piso, se siente como si ametrallaran las casas desde arriba: una granizada enorme llena el patio de pedazos de hielo más grandes que vi.

Pienso en los pájaros, en la gente que vive en las calles, que esa es su casa, como para los pájaros los árboles. Se corta la luz y el silencio después del granizo se siente más. Empuja, queriéndose meter en tus oídos y en tu corazón.

Tomo la pava pensando hacerme un té, abro la canilla y sólo sale un soplido, ni una gota de agua. Me quedo con la pava en la mano y mi pensamiento empieza a recorrer las calles imaginando como sería la ciudad si, con el correr de las horas o de los días, quedara sin energía, sin agua y, al poco tiempo, sin combustible.

Pienso que en muy poco tiempo las personas olvidarían toda norma de convivencia y se volvería, no sólo siglos atrás, sino casi a la prehistoria. El egoísmo se enmascararía bajo "la ley de supervivencia" y con esto se cumplirían cantidad de

barbaridades. Pero, como siempre, aún en lo malo hay algo bueno, surgirían grupos que se unen para ayudarse entre sí, y recolectar los restos de cultura que pudieran encontrar y, juntos, empezarían de nuevo a reconstruir, a reinventar, a planificar la civilización.

Es 24 de diciembre, solsticio de verano de 2012. En este día, toda la gente se reúne a comer, en casa también. No es que no esté bien. Es hermoso ver a toda la familia reunida, lo más lindo es cuando son las 12 y todos se dan un beso (también la nuera que discutió con su cuñado). Eso es lo que más me gusta, esos abrazos en los que se olvidan pavadas o torpezas porque es una noche especial. ¡Y sí que lo es! Cuando éramos chicos, mamá no cocinaba el día de Nochebuena. Si alguien quería, se hacía un emparedado, pero en general se ayunaba por voluntad propia, para prepararse para el día mágico. Con el tiempo, supe que algunos arqueólogos estudiosos ayunaban antes de entrar en una pirámide para ser más receptivos y poder captar algo más acerca de la magnífica civilización egipcia. También algunos ajedrecistas rusos ayunaban varios días antes de los campeonatos.

Noche especial, ¡claro que lo era! Hasta en la guerra, en esa noche santa hacen una tregua y en los frentes de batalla suspenden las hostilidades. Generalmente, en esa época nieva mucho, el frío es intenso, y al silenciarse la metralla se apagan por un corto tiempo los ruidos de la guerra. Una oleada de respeto, un respiro de paz lo cubre todo; hasta te puedes imaginar que posan el fusil y se llevan una armónica a los labios. Es un momento, no sé cuánto dura, pero es mágico.

Todo eso pasó por mi mente cuando bendecía la mesa. No sé si todo tiempo pasado fue mejor, pero la preparación de la

Navidad forjó mucho a todos mis hermanos. Solíamos pegar en la ventana de casa estrellas de papel metalizado de varios colores, pero cada estrella llevaba secretamente un favor, una ayuda o un perdón. Éramos felices, era un juego, pero sin embargo era una disciplina.

Ahora no puedo trasmitirles a mis nietos "mi" Navidad, porque están bombardeados por la televisión, que ofrece juguetes a montones y ordena: "Pedile a Papá Noel".

Es 24 de diciembre, solsticio de verano de 2014.

Me trajeron con la silla de ruedas hasta el living, donde mi nieto más pequeño está armando el pesebre, tal como yo lo hacía todos los años, y él me ayudaba.

—Acá puse las montañas con quebracho, aquí las piedritas blancas, y en este lugar la cabañita, *nonna*, ¿así está bien? —me pregunta.

Veo que sus ojos se llenan de agüita.

—Sé que no podés hablar, pero lo hacés con los ojitos. ¿Te cuento un secreto? Esta noche, cuando vengan a comer, yo bendeciré la mesa. *Nonna*, ¿un niño puede bendecir? No llores *nonnita*; quedate tranquila, vos siempre me leíste y ahora ya tengo seis años y sé leer bien, por eso te leeré cuentos a vos.

Pequeña Dolores

Empezaba la primavera. Setiembre hacía florecer las ventanas cargadas de geranios de la antigua casona colonial del centro de la ciudad cordobesa. A Dolores le gustaba sentarse a leer en la glorieta del patio de atrás, recubierta de madreselvas en flor, que la aislaban un poco de las reuniones de abogados y gente importante que solían tener sus padres en la sala de recibir. Ese día, la acompañaba María, su nana, una señora de mediana edad, piel morena, rasgos delicados y un tanto aindiados, que quería entrañablemente a la muchacha. Una leía, la otra cosía. En un momento, Dolores dejó el libro, se acurrucó a los pies de la mujer y apoyó tiernamente la cabeza en su regazo.

—María, estoy tan feliz, siento como si la primavera estuviera brotando dentro de mí.

—¡Mi niña! Cuéntame —dijo ella acariciándole el pelo.

—Sabes, a la salida del colegio, José siempre me está esperando. De solo caminar a su lado, siento que la vida no puede ser más hermosa.

—Te estás enamorando, muchacha...

—¿Es eso malo nana?

—No, muchachita, es lo mejor de este mundo.

Dolores levantó la vista y vio que, sin dejar de acariciarla, los ojos de la mujer miraban a lo lejos.

—¿María, tú estuviste enamorada alguna vez?

–Sí, pero hace mucho —había un dejo de tristeza en sus palabras.

—¿Y qué pasó?

—Mis padres dijeron que no podía ser y me enviaron lejos. Desde entonces, estoy trabajando aquí en casa de tus padres —hizo una pausa—, y nunca más volví a enamorarme.

—¡Ay, María! Por el amor de Dios, ¡prométeme que no le dirás nada de mí a mis padres!

—Te lo prometo, pequeña, te lo prometo.

Llegó el verano. La madreselva siguió floreciendo y protegiendo los secretos de la glorieta. Un día, al salir de la misa, Dolores vomitó y su mareo fue protegido por su nana, pero lo mismo le pasó una mañana en el desayuno y tuvo que enfrentarse con la realidad.

—Quiero saber qué es lo que está pasando contigo —tronó la madre. Y mirando a María—: ¿Tu sabías lo que estaba sucediendo, ¿no?

María bajó la cabeza. En esa época, las criadas no podían opinar, simplemente obedecer.

—Dolores, estás trayendo la vergüenza sobre tu familia. Olvídate de José, que además es tu primo y no podrás casarte con él. Con tu padre haremos los preparativos para que vayas a la estancia en Deán Funes, y allí estarás hasta que nazca la criatura ("Es inútil implorar comprensión, ¿por qué vergüenza, Dios mío? José, ¿dónde estás? No sabrás nada de esto. Dio-

sito, ¿dónde estás ahora? Lo único que te pido, es que María venga conmigo".)

Fue de noche, bien entrada la noche, que un carruaje manejado por el viejo Pedro, un criado de mucha confianza de la familia, paró en la puerta de servicio de la gran casa colonial, y dos figuras subieron (un pequeño baúl y dos bolsones ya estaban cargados atrás) y en silencio, como si fueran ladrones escapando, salieron de la ciudad sólo bajo la mirada de las estrellas, que temblaban como el corazón de Dolores.

En el carruaje iban un cochero, una muchacha que pensaba en un José, una María y un niño por nacer. Tomaron el camino que llevaba no a Belén, sino una ruta de tierra que lleva a Deán Funes, pasando por Jesús María, Cañada de Río Pinto, Villa Gutiérrez y Los Pozos.

La estancia fue su destierro, pero María estaba con ella. Preparaban el ajuar con finas telas de batista y de linón. ¡Qué alegría cuando aprendió a bordar su primera batita con punto sombra!

La vida en la estancia, con sus ritmos de cosecha y el contacto con la naturaleza, trajeron mucha calma a la futura mamá y apaciguó ese miedo que la atormentaba. Así pasó enero, con la recolección del trigo; en febrero, maduró el maíz; en marzo, las uvas y las peras.

Formada en el Colegio de Monserrat, el mejor y el más antiguo de la ciudad, fundado por los jesuitas, Dolores había crecido con una profunda fe, y en algunos momentos sentía el deseo de estar sola y rezar. Entonces, caminaba hasta el arroyo y se sentaba en una piedra.

Al principio, repetía las oraciones que había aprendido, pero su vida había cambiado mucho, ya no era la colegiala de antes.

Ahora, se le entremezclaban el gorgoteo del agua que corría entre las piedras, el zumbido de una abeja cercana, el chasquido de un sapo al tirarse al agua. Sentía que con esos tenues sonidos se acercaba más a Dios que repitiendo palabras. Cerró los ojos y trató de imitarlos. Ahora había aprendido a rezar.

María la dejaba sola, porque sabía que estaba hablando con Dios. Después, la iba a buscar y, juntas, iban a la cocina a ayudar. Allí se encontraba Carmen, que cocinaba para los peones y, en cierto modo, era la encargada de todo. Mujer criolla y de temperamento decidido, era la persona de confianza de los patrones. Se dirigía a Dolores siempre con mucho respeto, pero sus ojos oscuros tenían el resplandor de un trozo de hielo.

La brisa de mayo se había convertido en un viento juguetón, que con sus manos de neblina les arrancaba las hojas a los árboles, para que el río jugara con ellas como si fueran barquitos. Las tardes ya eran frescas y se sentía bien un chal abrigado sobre los hombros. Pero esa tarde la muchacha no pudo salir. Sintió un dolorcito, luego otro y otro, y algo mojado corrió por sus piernas.

–¿Qué me pasa, María? ¡Por Dios, ven!

—No te asustes, mi niña. Ven a recostarte, pronto le verás la carita a tu bebé.

Enseguida vino Carmen y la esposa de Joaquín, que solía atender los partos en la estancia y los alrededores, y prepararon todo lo necesario.

Dolores no tuvo un parto fácil, pero su nana estaba allí sosteniéndole la mano, dándole ánimo y acariciando su frente con tanto amor como solo una madre podría hacerlo. La gran pérdida de sangre hizo que, después de salido el bebé, ella sintiera que se desvanecía. Luchaba por no perder el conoci-

miento, porque deseaba ver su cara y abrazarlo, cuando sintió el grito de María:

–¡No, Carmen! No pueden hacer eso, ¡no lo voy a permitir!

Como en un sueño, entre las nubes del consciente y el inconsciente, Dolores vio caer al suelo a su nana, y una mujer criolla de temperamento decidido, con un envoltorio blanco en los brazos, salió de la habitación hacia la noche. Enseguida se sintió el ruido de un carruaje, que fue tragado por la negrura del camino (órdenes son ordenes, y había que cumplirlas, aunque a alguien se le partiera el alma).

"¿Diosito, donde estás ahora?".

Unas nubes oscuras, más oscuras que la tristeza, llenaron la habitación.

Un tiempo después, la tranquera dio paso a otro carruaje. Los pastos del borde del camino vieron que la muchacha que iba adentro no era la misma niña temerosa de cuando llegó. El dolor hace crecer, y con gran decisión le dijo al cochero que no iría a la casa de sus padres, que la llevara directamente al convento.

No sé con certeza cómo terminó esta historia. Pero en los pueblos chicos siempre se cuela algo de lo que se quiso esconder. Me enteré de que la niña Dolores nunca se casó y se quedó en el convento. De su nana María supe que no volvió con sus patrones. Algunos dicen que no se la vio nunca más por la estancia. Otros, que se marchó al convento junto con la niña, y algunos más, dicen que se fue de nuevo al cielo, de donde había venido.

Cuestión de fe

Roberto era un hombre ateo. De eso se trata. Amaba la pintura, pero, sobre todo, era fanático de Millet, de sus bosques. Hasta podía escuchar a los duendes y el cuchicheo de los pájaros cuando se acomodan para dormir. En sus prados sentía el rumor del viento que acariciaba los pastos. Sí, adoraba esas pinturas, pero llegar a tener un cuadro de Millet era imposible, aún para un abogado como él. Entonces, se compró una reproducción y la puso en su casa. Eligió "El Ángelus".

Con su silla de ruedas iba de la cocina al comedor, del estudio al comedor, porque necesitaba mirar de nuevo a ese hombre, un labrador con su sombrero en las manos, en una actitud que le llegaba al alma. Una pavada de sentimientos le trasmitía esa figura. ¿Era humildad? No, era algo más profundo. ¿Felicidad? No. ¿Cómo podía ser feliz después de un día de duro trabajo bajo el sol? Y, sin embargo, le trasmitía paz, con la cabeza inclinada en actitud de agradecimiento. Sí, algo de eso había, porque la mujer estaba arrodillada con esa misma actitud.

El día de trabajo terminaba y ellos daban gracias. ¿Gracias a quién? ¿Al sol que, al ponerse en el horizonte, no les quemaba

más la espalda? ¿A la guadaña y al rastrillo que los ayudaban en su trabajo? No, era otra la sensación que le trasmitía esa pintura: paz, serenidad, gratitud por volver al hogar y, tal vez, se animó a decir fe.

Recordó que cuando le preguntó al médico después del accidente si volvería a caminar, este le respondió que él tenía fe que sí, pero sólo si se lo proponía muy en serio.

Volvió a su estudio, tenía trabajo que hacer. Pasaron unas horas, pero adelantó poco, pues su cabeza estaba en otro lado. Entonces, se trasladó de nuevo al comedor y se quedó mirando fijamente su "Ángelus". Caía la tarde en la campiña, con mieses por recolectar. Todo era paz, los rayos del sol alargaban las sombras de los campesinos. Hasta le parecía escuchar, lejanas, las campanas de alguna iglesia avisando la oración del crepúsculo.

Le atraía la actitud de esas dos personas, pese a que eran dos simples campesinos los sentía superiores a él.

Deseó ser como ellos, y lo deseó con mucha fuerza. Algo se transformó en él: apoyando las manos fuertemente en los apoyabrazos de su silla, lentamente fue parándose, al principio titubeando y luego más seguro. ¡Después de un año volvía a caminar!

Volvió a mirar a sus amigos campesinos. Sonrió para sus adentros, pues sentía paz, inclinó la cabeza igual que el hombre de Millet y dio gracias a Dios.

La señora Roble

Les contaré una historia, algo que vi hace mucho tiempo y quedó en mi corazón. Es muy sencilla, como todos los integrantes de su entorno. Se trata de un árbol, un roble, alto y fornido, espléndido, cuya corteza rugosa tiene la fuerza del acero. Por eso me recuerda las armaduras de los caballeros medievales. Tal vez sus hojas tengan una ascendencia noble, porque las vi en escudos de antiguos castillos. Además, es un símbolo de constancia y lealtad, por eso figuran en las medallas de condecoración al mérito, de forma similar al uso del laurel en el Imperio Romano.

Pero a este roble no le importaba nada de eso. Era tan simple y puro como sus compañeros de especie, que bebían agradecidos el sol que doraba sus frutos, la lluvia que lustraba sus hojas y daba a la savia ese palpitar más intenso del corazón. Sí, tienen corazón y obedecen leyes, pero no las de los humanos, sino las de la naturaleza, las de la Madre Tierra y del Padre Cielo. Obedecen con ese candor de estar vivos y despiertan en cada estación cumpliendo el deber de brotar o de que sus hojas amarronadas y envejecidas caigan y vayan a abonar la

tierra negra del bosque, y esperan la próxima estación desnudos de toda ambición, limpios.

Mi roble era hembra, porque tenía hijos, y la he de llamar Señora Roble.

La vida corría simple y feliz para ella hasta que se dio cuenta de que uno de sus hijos se iba siempre con otros muchachos y cuando volvía tarde, taciturno y hosco, ya no podía rendir en el colegio como antes. La Señora Roble se preocupó mucho. En su inocencia, no entendía lo que pasaba, pero sabía que no era algo bueno. No encontraba quién pudiera darle un consejo o ayudarla, pues los de su entorno eran tan simples como ella.

Un día, encontró algo que no conocía, pero que supo era una pista clara. Lo puso en un pañuelito y, en su desesperación, fue a la farmacia. Pobre madre inocente, a la que no le importó mostrar su ignorancia a la farmacéutica. Mientras abría el pañuelo blanco que guardaba la pista, la savia golpeaba fuerte en sus sienes. Los ojos de la profesional se llenaron de pena al decirle: "Es marihuana".

La Señora Roble sintió una punzada que, desde el nacimiento de sus ramas, bajaba hasta llegar a su pequeño corazón de árbol. Pero como les dije antes, tenía una corteza fuerte como una armadura. Ahora sabía lo que le arrancaba a su hijo, pero ¿qué podía hacer? Sabía que estaba sola, que nadie podía ayudarla, pero también que no abandonaría a su muchacho. Como buena hija del bosque, se serenó y pensó que dejaría que su instinto de madre la guiara.

Y llegó ese momento. Una noche que el chico no volvía, decidió que iría a buscarlo. Pero, ¿cómo? ¿Dónde? Recordó la dirección de un chico. Allá fue.

El miedo subía por su tronco como un ejército de hormigas para devorar sus hojas, y un sudor frío recorría su frente y sus brazos, pero siguió. Cuando se vio delante de la puerta, más que una mamá, se sintió un caballero montado y armado; empujó la puerta y entró de golpe.

Se encontró en una habitación con varios chicos sentados y bastante idos, que no reaccionaron a su brusca entrada. Una reja disimulada pasaba detrás de ellos, como un gran gallinero lleno de humo. Con inusitada decisión, tomó a su muchacho del brazo y lo sacó de allí. No sé cómo lo hizo, pero pasó su rama más baja bajo la axila del chico, y se lo llevó a casa. La madre que quiere salvar a su hijo accede a capacidades que no tendría normalmente.

Por el camino pensaba: "Pobre muchacho, cambió el aire puro y simple del bosque por este olor a humo y a pedos. Creen volar como los pájaros y sus alas son de humo, porque quitan la libertad y la esperanza".

Ahora, la Señora Roble está muy viejita y sus ramas retorcidas ya no dan frutos, pero a su lado se yergue un joven esbelto y fuerte, mucho más alto que ella, tal vez para protegerla.

Yo, que cada noche vuelo de rama en rama, porque de día duermo, cuido mi bosque y a veces les cuento historias a sus moradores, pero les aseguro que esta es verdadera, la vi con mis propios ojos de búho.

Dejar la casa

La llamaban Pequeña, porque era la menor de todos los hermanos y le permitían subir a la casa del árbol porque había aprendido a trepar por la soga con nudos que oficiaba de escalera. El que ha jugado en una casa sobre el árbol nunca puede olvidarse de la emoción que se siente: estar cobijado y ¡tan arriba! Y esta era muy alta porque el sauce era enorme.

Le fascinaba lo que veía desde allí. Techos, techos hasta la lejanía, algunos de tejas, de chapa, terrazas, campanarios, la estación con sus luces de paso para los trenes que se veían pasar, pequeños como los trencitos eléctricos de sus hermanos. Le gustaba pensar en quién viviría bajo cada techo. Aquí, tal vez, un anciano que sólo deseaba compañía; en otro, niños jugando; más allá, una mujer que llora, y aquí dos jóvenes enamorados que se besan. Cuando bajaba apretando los pies sobre cada nudo, llevaba el corazón lleno de sentimientos.

El tiempo voraz se come demasiado rápido los años de la niñez, años maravillosos que te llenaban de alegría con cosas sencillas y simples, pero que te colmaban el alma de gozo: cortar pasto para alimentar a los conejos y ver nacer la camada de gazapos, jugar a las escondidas en las noches de verano,

ver cómo los dos sapos del jardín venían al patio a escuchar la guitarreada de sus hermanos y, lo más dulce, en invierno sentarse en el piso frente a la chimenea con su padre que les leía poesías, o simplemente cantar juntos mirando al fuego.

Pero todos fueron creciendo. La casa del árbol quedó un poco sola. Sus hermanas se fueron enamorando y la casona blanca se llenó de proyectos, de tortas, de trajes de novias y sus ventanas coloniales sonreían al abrirse, al igual que sus habitantes. Una a una, las muchachas fueron casándose y salieron de la casa por el pasillo de adelante, radiantes de blanco, tomadas del brazo de su padre. Los narcisos del cantero que bordeaba el pasillo levantaron sus trompetas heráldicas amarillo oro para saludar el paso del rey y su princesa, y el limonero les tiraba azahares para hacer la corona de la novia. Luego, los tímidos narcisos volvían a inclinar su trompeta tristones, porque sabían que otra niña dejaba la casona. Un día, le llegó el turno también a Pequeña. Las campanas tocaron para ella; podía escucharlas a su alrededor e imaginaba un camino blanco y ancho delante de ella, pero que la llevaba lejos.

Fue en el momento de sacar su ropita del placard y poner sus libros en cajas de cartón que entendió que se estaba yendo para siempre. Las lágrimas rodaron calientes y saladas por su carita. Al cerrar la puerta del placard, apoyó su frente en ella y dejó que sus lágrimas salieran libremente y le contaran a esa madera pintada de gris clarito, cuán feliz había sido en ese lugar.

La vida sigue y no se puede parar el tiempo donde uno quiere. Ella era la última, así que fue al jardín, cortó dos rosas blancas, las ató con una impecable cinta bebé, se vistió y fue al encuentro de su amado del brazo de su padre, el rey. Pequeña era

la última que se alejaba. La casona blanca nunca más irradió esa alegría al abrir sus ventanas, las paredes se opacaron y en los jardines los narcisos ya no anunciaban con sus trompetas el paso festivo de sus princesas. Creo que el polvo fue cubriendo un poco todo, y la tristeza fue resquebrajando el revoque. Además, el arbusto espinoso de la Santa Rita, con sus largas púas, fue creciendo desordenado, sin que nadie lo podara, y cubrió parte de la cocina y del comedor, donde más daba el sol y las risas de sus habitantes. Al verla desde lejos te hacía acordar, sin dudarlo, al castillo de la Bella Durmiente, cubierto por espinos.

Ahora ya pasaron muchos, muchos años. Pequeña ya es anciana y tuvo que cambiar de casa varias veces en su vida, pero si le preguntas qué es una casa para ella, te dirá que es donde uno apoya su hogar, donde se crece con amor, donde se aprenden los sentimientos más puros y tiernos, donde siempre se quiere volver.

¡Volver a casa! Es como... En la nebulosa de los tiempos, volver a la cueva, donde te espera una gran hoguera que te restaura y te cobija de las fieras, del frío y la nieve y del cansancio de una larga cacería. Y si allí hay alguien que te espera, y prepara la fogata, también es amor.

Una carta

África del norte, 1936.

Los días pasan inmutables en la zona desértica de Abisinia: el sol sale por detrás de las montañas, calienta la arena, que se vuelve casi blanca por el resplandor, y luego se pone del otro lado, detrás de los techos del pequeño pueblo. Los sentimientos todavía bullen en la mente del viejo Ibi Ijail y de su nieto Aksum que, en su pequeña choza de piedra y madera, bastante alejada del resto de las casas, todavía se sienten conmocionados por lo que les estuvo pasando. Después que el sahib Alfred murió, después que agotaron todos los cuidados y sólo pudieron hacerle sentir el calor de una mano amiga en la suya para morir acompañado, la policía debió llevarse el cadáver a la seccional y pidió que fueran también el abuelo y su nieto, que lo encontraron, para tomarles declaración de lo sucedido.

El niño estaba pastando las cabras bastante alejado del poblado, cuando vio una estela de humo que se alzaba en pleno desierto. Abuelo y nieto arrearon las cabras y allá fueron con sus dos asnos para investigar. Un avión pequeño, un Farreir Barracuda, estaba ardiendo en la arena. Parte del fuselaje ya se

estaba apagando. Vieron a un solo hombre caído fuera de la cabina, boca abajo, como si se hubiera revolcado en la arena para apagar su ropa en llamas. Estaba desmayado y muy chamuscado. Con dos ramas largas y el abrigo del abuelo atado a ellas, improvisaron una camilla y recostaron allí al soldado, que arrastraron con los burros hasta la cabaña. Limpiaron como pudieron sus tremendas quemaduras y, cuando volvió en sí, le dieron de beber. Mascullaba alguna palabra incomprensible, pero no podía ver. Dado que su estado era muy grave, Ibi Ijail, el abuelo, fue al pueblo en busca de ayuda y dejó al niño cuidándolo.

Aksum era un muchachito de ocho años, en su piel muy oscura resaltaban sus dientes blancos y unos ojos grandes y vivaces. Observaba al hombre con temor y pena. No podía comprender cómo el fuego le había comido parte de la piel y la carne, que quedó ennegrecida. Recordó con horror cuando, jugando con sus soldaditos de plomo, uno cayó junto al fuego y donde tocaba la llama se derritió el plomo. Y pensó: "Esto también es un juego". Pero esto no era un juego, esto era real.

Algo vino en su ayuda. La ternura se apoderó de él y el miedo se fue. Cuando el soldado se agitaba y gemía de dolor, él le hablaba con voz dulce y le acariciaba la mano izquierda, la otra era una sola llaga. Aksum le sacó los jirones quemados de su camisa y acarició su pelo rubio, que ahora era casi carbón. Entonces, el hombre giró su cara hacia donde venía la voz y dijo algo como: "la carta..."

Aksum no pudo entender y salió a buscar agua fresca al aljibe para darle de beber. Mientras subía el balde de agua con la cuerda, paseó su mirada por el desierto. Las pocas palmeras, sus cabras, el cielo, y sintió que todo era diferente. Algo había

cambiado en su alma de niño. ¡La vida no era un juego! Pero era un niño del desierto, fuerte como el sol que abrasa la arena.

Aksum miraba el desierto y soñaba. Amaba su lugar. Él pensaba que la luz del sol era infinitamente más fuerte en el desierto. Imaginaba los rayos que llegan a la arena compuesta por una infinidad de pequeñísimas partículas de vidrio y que, al recibir esa luz, la proyectaban con muchísima más intensidad. Sí, ¡su desierto era lo máximo!

Y con esa inocente alegría de vivir, volvió a entrar en la cabaña y, con una tela limpia, mojada y estrujada en esa agua fresca, la apoyó delicadamente sobre la frente afiebrada del pobre sahib. Una y otra vez repitió esta operación mientras le hablaba quedo para tranquilizarlo. El otro, como si fuera lo único que le importara, repetía: "una carta..." Viendo que el muchacho no le entendía, apoyó con mucho esfuerzo su mano izquierda en la del chico y la llevó al bolsillo de su chaqueta, o lo que quedaba de ella. Entonces, Aksum entendió y sacó de allí una carta, que no pudo leer, pero guardó bajo su colchón de paja con mucho cuidado, pues pensó que era muy importante. Luego, el sahib acarició su mano y así estuvieron agarrados mientras el crepúsculo avanzaba y la penumbra del anochecer les avisaba a los habitantes del desierto que era la hora de descansar.

En el interior de la choza, ya a oscuras, porque el niño no se movió del lecho del enfermo ni para encender la lámpara de aceite, el pobre soldado rubio también se fue a descansar para siempre, ya no sentía ningún dolor. Cuando llegó el abuelo con ayuda y la policía con su camioneta, encontraron al sahib ya muerto y las mejillas oscuras del pequeño surcadas por grandes lagrimones.

Cuando todos se fueron, Aksum acarició la carta escondida bajo su colchón de paja. Ese era su secreto que no dijo a nadie, su recuerdo.

Pasaron algunos meses, la guerra terminó. Un día, llegó hasta su cabaña un Jeep, del que bajaron un hombre de la Cruz Roja y una señora inglesa muy elegante. La mujer supo gracias al grupo humanitario internacional quién había encontrado a su hijo, cuyo avión se había estrellado en el desierto libio, y quería conocerlo para agradecerle.

Cuando se encontró con el pequeño Aksum se emocionó, le contó que su hijo era médico, que ella no quería que se enrolara, pero que él se fue igual, para ayudar en la Cruz Roja como voluntario. Ella se enojó, no fue a despedirlo y estaba muy arrepentida.

—Yo quiero ser médico como él —le dijo el niño—. Y tengo algo para usted. No se lo di a la policía porque esto era muy importante para el sahib. Ahora sé que era para su madre.

Aksum le entregó la carta que guardaba. La señora lo abrazó llorando agradecida, y luego quiso hablar con el abuelo. Ella era viuda, su hijo había muerto y estaba sola en una mansión muy grande. Quería pagarle todos los estudios al pequeño Aksum y que viviera con ella hasta que se recibiera de médico, porque sabía que, después, seguramente iba a volver a su querido desierto a ayudar a su gente.

En el corral, las cabras no entendían por qué el niño saltaba de alegría, las abrazaba y besaba. El sol, en cambio, sí entendía la felicidad del dulce y pequeño libio.

Los músicos de niebla

El viejo Sebastián venía caminando por las veredas del barrio, asombrándose por la forma en que el otoño sembraba sus hojas de oro sobre el pasto verde. Cada año, le maravillaba ver cómo el Gran Sembrador esparcía belleza y no podía entender por qué a algunas mujeres les molestaban y barrían esas hojas que, aún caídas e iluminadas por el sol, parecían caracoles de cobre lustrado crujiendo bajo sus pisadas. En eso estaba pensando al llegar a la esquina en donde se encontraba sentado un grupo de chicos, con sus patinetas desparramadas y sus piernas inquietas. "Tap, tap", el patín se movió, Sebastián, prevenido, dio un paso al costado, evitó caerse y siguió caminando. Era viejo, pero sus oídos estaban bien, así que escuchó los comentarios de los chicos.

—Epa, ese viejo casi se cae.

—Todos son así, y tienen olor.

—Sí, y se tiran pedos.

Sebastián sonrió; en vez de darse vuelta y decirles algo, sonrió. Pensó que los chicos tenían razón, aunque no sabían por qué pasaba eso y pensó en su dialecto natal: "*Pruarí a diventá vec*" (probarán a ponerse viejos). Volvió a sonreír.

Unos días después, Martín, el chico de la patineta, pasó delante del taller del viejo. El portón estaba abierto; su curiosidad lo hizo pararse y mirar. Adentro, había toda clase de herramientas. Al fondo, la luz que provenía de una ventana iluminaba directamente sobre un banco de trabajo donde estaba ocupado Sebastián, con algo que le pareció una guitarra. En el piso sólo había un poco de viruta y algo de aserrín. En el aire se entremezclaban olores: cola de carpintero, trementina, barnices... Esos aromas le daban una sensación agradable, lo tomaron de la mano y lo hicieron entrar. Lentamente, se acercó al hombre y se quedó observando su trabajo: efectivamente, lija en mano, le estaba dando forma a una guitarra.

—¡Ah! ¿Vos sos el de la patineta? Bienvenido a mi cueva.

—Tu... tu cueva es hermosa —dijo el muchacho girando los ojos sobre la pared no iluminada, donde apenas se veían colgados varios instrumentos.

—¿Vos los arreglás?

—Sí, y esta la estoy haciendo. Elijo esta madera, que tiene las nervaduras muy finitas, para la parte de arriba, porque le da mejor sonido para una guitarra española.

El chico estaba sorprendido, le parecía haber entrado a otro mundo, donde la amabilidad de la voz y los olores de un trabajo tan delicado lo hechizaban.

—Entonces, vos no sos un carpintero.

—No, soy un lutier.

—Ah, mi mamá fue a uno de esos a comprar su violín.

—¿Tu mamá toca?

—Tocaba...

Sebastián vio asomarse la tristeza en los ojos del chico y no preguntó más.

—¿Puedo quedarme un rato?

—Me da gusto tener compañía.

Martín acarició con la mirada cada uno de los instrumentos colgados, y en la semipenumbra le pareció que una sombra se apoderaba de las cuerdas y hacía brotar melodías que recordaba haber escuchado. Aquí un bajo, más allá un cello, y detrás de él se oyó un violín. Giró para ver quién lo tocaba. Era otra sombra que se insinuaba femenina, o eso le parecía. ¿Será que las sombras pueden ser masculinas o femeninas? ¿O era su corazón, su corazón que añoraba?

—¿Te gusta lo que escuchaste? —le preguntó Sebastián.

—¿Vos también lo oías?

—Claro, era "El mar" de Debussy. Con los sonidos, él puede mostrarte la placidez o la turbulencia de las olas en el mar. Lo mismo que sus amigos los pintores que, con pinceladas de color, logran darte la sensación del sol cuando amanece. Se llaman impresionistas.

—A mis amigos no les gusta esa música, pero yo escuché mucho a mi madre tocarla cuando era chico, y es lo que me quedó de ella.

Martín empezó a ir a menudo al taller de Sebastián, y siempre lo embrujaban las sombras con su música, la misma que en el cajón de su escritorio guardaba las partituras de su mamá.

Mientras barría el taller, o cuando sostenía la plancha de fina madera mientras Sebastián encolaba, siempre se escuchaba misteriosamente alguna música suave. Una tarde, cuando las manos de niebla terminaron de tocar "El claro de luna", Martín dijo:

—Contame de Beethoven, abuelo.

Eso de "abuelo" le gustó mucho a Sebastián, y también el pedazo de torta que le había traído el chico:

—Te lo manda la abuela.

—Bueno, sabrás que muchos piensan que los hijos de personas enfermas no deberían nacer. Sucede que el padre de Beethoven era alcohólico, y la madre tenía una enfermedad fea: sífilis. Por suerte para nosotros, pudo nacer. Sólo fue sordo de adulto; pero si no, el mundo no tendría estas maravillosas melodías como la que acabamos de escuchar.

Y así, al terminar el último toque a la guitarra, a la que había dado todas las manos de laca a puño, mirándola con satisfacción como se mira un trabajo hecho con cariño, Sebastián dijo:

—Tomala, es para vos.

Martín se quedó mudo, luego reaccionó y le saltó al cuello para abrazarlo.

—Gracias, abuelo —le musitó al oído, porque las lágrimas se le amontonaban y no dejaban pasar las palabras.

La emoción que los tuvo abrazados como hiedra en la pared se volvió una mañana a la salida del sol.

—Cuando voy a casa, siempre le cuento a la abuela todo lo que vos me enseñás. A ella le gusta mucho y quiere invitarte el sábado a cenar, ¿vendrás?

—Claro, muchacho, ya casi somos una familia.

Una carta para Doly

Como vos ya sabes, no me gusta hablar por teléfono, ni por el fijo, pero mucho menos el celular. Ya sé que me tildan de gliptodonte, pero no me importa.

¿Sabés, hermanita, cuanta satisfacción cuando logro vencer mi rechazo y puedo escuchar tu voz? No te veo, pero el sonido pellizca mi imaginación y me parece verte sonreír, inclinar las cejas, o entrecerrar los párpados en una dulce sonrisa.

Tal vez soy uno de los últimos dinosaurios románticos, que cuando éramos chicos éramos tan felices aún sin juguetes comprados, ni celulares pegados a las manos. Teníamos el poder de inventar infinidad de juegos. Podíamos ser piratas con una pata de palo y una espada corva en la cintura, o un viejo piel roja que hablaba en lengua cherokee y fumaba la paz en una pipa de madera ante unas llamas que se afinaban hacia arriba, crepitando y temblando, y terminaban en hilos de humo hacia el cielo. O nos comunicábamos con dos latitas que apoyábamos en el oído, ¿te acordás? ¡Nos unía un simple hilo! ¿Acaso ahora no es lo mismo? Vos estás lejos y hace mucho que ya no podemos viajar. ¡Me pregunto si alguna vez volveremos a vernos!

¡No, no te pongas triste! Somos dueñas de algo muy poderoso y tan simple: dos latitas y un pedazo de piolín. ¿Y sabés lo que circula por ese hilo? La savia de nuestra familia y nuestros ancestros. Sí, igual que en los árboles.

Además, en las tardecitas serenas, cuando el recogimiento del atardecer acalla los ruidos del trajín cotidiano, tu imaginación puede subirse a ese piolín y podés ver. Sí, podés ver como los gusanos de seda tejieron con sus fibras algo sobre ese hilo, como un túnel, en el que se entremezclaron pequeñas hojitas que volaban por el aire, algunos pétalos de azaleas, pedazos de alas de mariposas, algunas notas del canto del zorzal, solo dos o tres palabras de la oración que mamá nos enseñó cuando éramos muy pequeñas, el canto acompasado de un grillo escondido en el patio, el crepitar del fuego de la chimenea mientras papá nos leía poemas... y cantar, siempre cantando juntos ...

Pasó mucho tiempo, pero siempre hubo cartas entre nosotras. Un día supe que tus nietos estaban hurgando en el altillo de su casa. El más pequeño le preguntó al otro:

—¿Por qué la abuela tenía tantos libros y tantos papeles escritos?

—Porque era una poeta.

—¿Y qué es eso?

—Que amaba todo. A ver, cómo te explico... ¿Ves ese viejo árbol allí? Bueno, un día estábamos delante de él, ella en su silla, y yo acariciando el tronco resquebrajado. Ella, que adoraba los árboles, me dijo: "Yo siempre hablo con él y él se ríe, aunque le duelan las ramas como a mí los huesos. Y como su corteza vieja y reseca ya no es elástica, se quiebra en cada sonrisa".

—Ah, ahora entiendo lo que es una poeta.

Adios, Nonino

La música salió de la radio e invadió todo a su alrededor y, por supuesto, penetró en mí por donde podía, hasta por los poros, y me llegó al alma. No es que la escuchara por primera vez. La conocía, pero esta vez era como si estuviera sentado en medio de la pampa y la orquesta tocara para mí. Ni los grillos, ni las cigarras, ni las ranas, ni los pájaros, nadie se movía en un silencio respetuoso, porque lo que se escuchaba era "Adiós, Nonino".

Siempre me gustó mucho la música clásica, pero cuando entraron los violines de Piazzolla, pensé: "No tienen nada que envidiarle a Mozart". Y cuando entraron los violonchelos, pensé que Wagner diría: "¡Qué bueno!". Y cuando el bandoneón tomó la melodía, sentí que la emoción que irradiaba llegaba tan hondo al alma que lo ponía a la altura de los grandes coros de montaña alpinos y rusos. ¿Acaso alguien puede querer tanto a su *nonno* para lograr hacer una música tan bella? Sí, el amor o el dolor te sacan las notas de las entrañas.

Entonces volví a sentir a mi *nonino*. Y por donde me movía, la música me seguía, porque estaba pegada a mi ser. Y hasta podía verlo, delgado y pequeño. Su cara irradiaba serenidad, su

sonrisa tímida, casi humilde pero sincera, reafirmaba lo que decía el celeste pálido de sus ojos: "Todo está bien, muchacho". Jamás le conocí una queja. Claro, eso no pegaría con su dulce voz que siempre tarareaba o cantaba bajito canciones de su tierra natal.

Creo que lo mejor de mí, lo aprendí de él. No de los altos y cultos profesores universitarios. Hablaba poco, pero sus piedras fundamentales eran el honor y la humildad, el resto era relleno. Cuando murió, lo fui a saludar al pie del cajón, sin ver a nadie de los que estaban ahí. Le canté la "Canción de cuna" de Brahms, luego me fui corriendo y llegué hasta el mar. Me senté y la bruma empezó a envolverme. Entre lágrimas y alguna salpicadura de espuma, me pareció ver la cara de mi *nonno* que me sonreía con esa mueca timidona, como si dijera: "Todo está bien". Pero yo...

—¿Qué es la muerte, abuelo?

—Muchacho, la muerte no existe, ¿sabés? Simplemente cambiamos de lugar. Yo ahora estoy aquí con vos y podemos hablar. Siempre podremos hacerlo. O podés encontrarme entremezclado con el viento que silba al acariciar las hojas del bosque. O por las mañanas, cuando todavía no hay gente y los pájaros empiezan a piar llamando al sol, allí estaré.

—¿Sabré encontrarte?

—Estoy seguro de que tu corazón sabrá encontrarme.

Algo acarició dulcemente mi cabello y supe que no era el viento. Me levanté y empecé a caminar en la arena para volver, y volví a sentir que una mano se posaba en mi hombro, como una palmada cariñosa... Y supe que me decía: "Todo está bien, muchacho".

Volví caminando hacia casa. Era la hora en que las cosas pierden el color, porque el sol se esconde detrás de la ciudad; sólo quedaban algunos reflejos entre las nubes. Me sentía liviano y agradecido, porque comprendí que realmente "todo estaba bien".

El gesto de Tobías

Tobías estaba tranquilo estudiando en su casa cuando sintió un gran ruido. ¡Crash! Salió con urgencia. Miró hacia la izquierda, donde Don Blas, su vecino estaba cortando el pasto de la vereda. Don Blas estaba en el piso con la cara sobre el pasto, la bordeadora seguía moviéndose. El muchacho apagó la máquina y trató de girar al pobre viejo, y como había visto hacer en las películas, le buscó la yugular: el hombre respiraba. Entonces, recordó lo que les había enseñado hacía muy poco el profesor de educación física: RCP y primeros auxilios. El viejo Blas empezó a respirar normalmente y Tobías dio sintió un profundo alivio. ¡Qué susto! Su corazón latía fuerte. Tuvo miedo, pero también estaba emocionado. Con apenas 16 años, esta experiencia le reafirmaba su deseo de estudiar medicina cuando terminara el secundario. Pero esos eran sueños, ahora había que actuar: llamar a la ambulancia. Y cuando preguntaron quién lo acompañaba... fue él. ¡Si don Blas no tenía a nadie, y tenía como 80 años! Sentado al lado de la camilla, Tobías se quedó pensando en la responsabilidad que se le presentó: guardar la bordeadora, cerrar la casa del vecino y ahora llevarlo al hospital. ¿Estaba arrepentido? ¡De ninguna manera! Tam-

bién él vivía solo, y al principio conoció la soledad sin sus padres, y eso le hizo comprender más a los demás.

Al día siguiente, a la salida del colegio, volvió a pasar por el hospital. Don Blas estaba con los ojos cerrados, parecía dormir, pero el médico le dijo que le hablara igual, que él lo escuchaba.

—Hola, don Blas. Soy Toby, su vecino. Le quería contar algo que me emocionó, a usted también le habría gustado: ¡Vi la migración de las golondrinas! Se fueron reuniendo en el bosquecito más allá de las casas. ¡Eran miles! Algunas giraban en círculo, hasta que en un momento todas levantaron vuelo, y parecía que el cielo se había oscurecido. Se juntaron en tres grandes grupos, no en forma de V como otros pájaros. Parecían grandes nubes tupidas y oscuras. Partió el primer grupo, luego el segundo y después el último. Enfilaron hacia el norte, porque aquí ya es otoño, y buscan pasar el invierno en países más cálidos. Volverán en primavera a anidar en el mismo nido que dejaron.

Me invadió la emoción. ¡Qué organización! Despegaban en el momento correcto, con la perfección de una escuadrilla de aviones. Me quedé mirando hasta que los tres grupos de puntitos negros se perdieron en el azul inmenso de ese gran viaje. Me pregunto si los hombres serían capaces de hacer semejante viaje con tanto orden.

—¿Blas, viste alguna vez la llegada de ellas en la primavera? ¡Debe ser aún más hermoso!

Al decir esto, Tobías miró la cara del viejo y vio que las comisuras de los labios se habían extendido, dejando en la boca una cuasi sonrisa. Le tomó la mano para saludarlo y sintió un leve movimiento en ella.

Al otro día, después de clase, Tobías volvió a verlo. Acercó la silla a la cama, le tomó la mano y la sostuvo entre las suyas.

—¡Fuaaa! No sabe cómo trabajamos hoy. Con otros dos chicos, con el profe de robótica, estamos terminando de armar dos robots pequeños, de 60 cm de alto, y le colocamos un chip para que acepten órdenes. Los pondremos sobre la mesa y los haremos pelear —y se largó a reír. En ese momento, sintió de nuevo un movimiento en la mano del viejo.

—¿Se imagina Blas, robots grandes haciendo el trabajo monótono y sencillo de hombres en una fábrica, como empaquetar, etiquetar o cargar? ¿Sabe, Blas? Mi sueño es diseñar mi propio cohete para ir al espacio. Mañana vengo y le cuento más —Tobías sintió de nuevo el movimiento en la mano del viejo. Salió del hospital con una sonrisa en la cara.

Al día siguiente, como prometido, volvió a ver a su vecino, arrimó la silla, tomó la mano de Blas entre las suyas y quiso probar un experimento.

—¿Blas, usted no se cansa de todas las pavadas que yo le cuento? Aprete una vez su mano si quiere decir sí, o dos veces si quiere decir no —la mano del viejo apretó dos veces y Toby sonrió.

—Como le contaba ayer, me encantaría volar por el espacio interplanetario. Mi sueño es diseñar mi propio cohete, pero debo conocer más sobre el combustible y los materiales que soporten la velocidad de la luz. Esto es ingeniería, pero si estudio eso no podré ser médico. Siempre hay que elegir en la vida, ¿no? Y a usted, ¿qué le gustaría más, volar, o navegar? —la mano de Blas apretó dos veces.

—Navegar, ¡qué bueno! Y ¿en un barco moderno o antiguo? —la mano se movió dos veces.

—Un barco antiguo, ¿tal vez como los vikingos? —una vez.

—Buenísimo, entonces así lo haremos, con listones de madera humedecida para que se curven y tomen esa bella forma de barco, que en la proa se levanta y sube, y termina en el mascarón de proa, que es una talla muy hermosa en madera. Puede ser una mujer o la cabeza de un dragón. ¿Cuál quiere? —un solo movimiento.

—Aquí lo estoy dibujando todo. La mujer es bella, y parece que dirige el barco al romper las olas, estallando los flancos de espuma blanca que cae sobre el agua verde oscura de los mares del Norte. Ya casi lo termino. Ah, no, le falta lo más importante: ¡las velas! ¿Cómo serán? Blancas y azul pálido, y se hincharán con el viento y... ¡Ah! Es precioso y enfila al horizonte. No sé qué pasa, su nave se me escapa del papel, el agua del océano se puso casi del mismo color que el cielo, no veo más el horizonte. Sopla un viento fuerte de barlovento. Hay que girar las velas. Ayúdeme, Blas, tire con fuerza de las cuerdas, yo trato de mantener el barco en su curso... Mire, Blas, es precioso, ¡es maravilloso! Cómo el viento hace temblar las telas blancas, tensas y henchidas...

De pronto Tobías dejó de hablar. La mano de Blas apretó la suya casi fuerte por un rato, y luego se aflojó despacio, como si toda la energía de esa mano, de ese cuerpo y de esa cabeza se juntaran y abordaran ese hermoso velero que ahora navegaba por el cielo azul. Tobías no se había dado cuenta de que en la puerta estaban la enfermera y el médico. Miró al anciano y vio que en su cara tenía una clara sonrisa. Mientras la enfermera apagaba la máquina, en cuya pantalla solo había una raya lisa, el muchacho se levantó para irse. Entonces, el joven médico se acercó, lo abrazó y le dijo con los ojos húmedos:

—Muchacho, vas a ser un excelente médico.

Arena y soledad

Nuestro personaje se dirige al hangar con su bolso de correo y se apresta a salir en una avioneta liviana, un monoplano de ala alta, que lleva la correspondencia de Trípoli a Tobruk y retorno. Le gusta este trabajo, aunque tenga sus riesgos, porque una parte de la ruta es sobre el Mediterráneo y una parte cruza sobre el desierto de Libia. En algunos lugares, este desierto llega cerca del mar, y además tiene partes cubiertas de arena en movimiento constante. Es así que el viento va moviendo el relieve, cambiando continuamente su forma. El gran desierto de Libia es también el más despoblado y evitado por las caravanas, pues la inexistencia de agua lo hace muy peligroso. Pero, ¿a qué aviador no le gusta la aventura y el riesgo?, y más ahora, que después de haber perdido a su joven esposa, el piloto buscaba evadirse de la gran ciudad.

Hacía ya varios meses que hacía esa travesía, pero ese día fue fatal. El avión empezó a fallar y, al ver la llama en el motor, no tuvo opción y se tiró en paracaídas. Le faltaba un buen tramo para llegar a Tobruk, así que estaba en pleno desierto. Caminó, caminó y caminó, ni sabía cuánto. El sol lo quemaba de día, por eso se puso la chaqueta de aviador en la cabeza

para protegerse las sienes y el cuello. De noche, en cambio, la temperatura bajaba muchísimo y tiritaba de frío.

El aviador miraba de un lado al otro: ni una brizna de plantas ni rastros de animales. Sólo esas ondulaciones en la arena, como las que dejan las serpientes cuando se desplazan de costado, o como los dibujos que dejan las olas en la playa al retirarse, como festones en la arena. El cansancio lo hacía caer y se le nublaba la vista. Le parecía ver el mar delante y se arrastraba para alcanzarlo, alargaba la mano para tocar el agua, pero solo era arena, un espejismo. Cayó boca arriba porque ya no daba más, y le pareció ver en el cielo un águila o un buitre.

"Está esperando que me muera para comerme, porque voy a morir aquí, solo, en medio de la arena", pensó. Al recordar a su amada Juliana, unos lagrimones rodaron por su mejilla y cayeron dejando dos pequeños huequitos en la arena ardiente. "¡Cómo quisiera tenerte aquí en mis brazos, mi amor, aunque sea lo último que haga!".

Se oyó un tenue rumor de alas y algo se posó en su brazo.

—Aquí estoy, mi amor, me quedo con vos y no nos separaremos nunca más.

Era la voz de su querida Juliana. Trató de abrir un poco los ojos y vio que era una paloma blanquísima, que se iba acomodando despacio sobre su pecho, como cuando dormían juntos. Casi entre sueños escuchó:

—Vine a buscarte, vamos juntos a nuestra casa en el cielo.

Lentamente, con gran dulzura, levantó el brazo y cubrió con su mano al blanco pájaro, sintiendo la suavidad y la frescura de sus plumas, mientras que desaparecían de su cara los signos de angustia y quedó en ella una gran serenidad.

Un tiempo después, unos mercaderes que pasaban cerca de allí con sus camellos, encontraron un cadáver abrazado a una paloma blanca. A un costado, había un bolso de correo lleno de cartas.

Mamá italiana

Encendí la radio esta mañana y escuché: "Hoy es el día del inmigrante italiano", y a continuación pusieron "Tiempo de siembra", un hermoso poema de Landriscina que habla de una novia –Federenka– que vino del otro lado del mar. Como yo también llegué del otro lado del mar, también soy inmigrante, me emocioné. Entonces, me vi mirando el mar, día tras día. Creo que fueron 28, ya no recuerdo bien, pero nunca me cansaba de mirarlo. Me embrujaba, hacía volar mi imaginación, me atraía con su gran misterio.

Yo tenía apenas seis años y no entendía cómo esas olas no terminaban nunca, ni en el horizonte donde se veía esconderse el sol, que me maravilló y me hizo sentir pequeñita como una mísera gotita de agua y tal vez fue ahí que aprendí a amar el mar. Recuerdo cuando el barco fue acercándose al puerto de Buenos Aires. Toda la gente empezó a ir y venir preparando su equipaje con una gran euforia. Yo también la sentí, pero de otra forma. Como todos estaban ocupados en la parte de cubierta por donde se veía el puerto, emocionados con sus valijas, sus documentos en mano y la ilusión en sus rostros, el resto de la cubierta estaba completamente desierta. Era un

día muy frío de julio (habíamos partido de Génova en pleno verano) y las mamás se ocupaban de abrigar a los niños. En mi cabecita aventurera se formó una idea: "No voy a bajar del barco sin ver como la punta de la proa corta las olas al avanzar".

Y sin que nadie se ocupara de mí, me dirigí a la proa del barco. No había nadie en esa parte de la cubierta y me trepé sobre el escalón donde se unen los dos flancos del buque, que, como es más alto, no tiene barandas. Me dio un poco de temor porque solo podía acercarme a la punta tendida de panza, pero llegué y miré para abajo... ¡Ahhhhh! La proa cortaba el agua como con un cuchillo, y a los flancos se levantaban dos olas enormes casi verticales, toda espuma, como grandes alas blancas que hacían volar el buque. ¡Era un descubrimiento impresionante y maravilloso que nunca podré olvidar!

¿Qué pasó después? Sentí una mano grande y fuerte que me agarró por la ropa, me arrastró, me levantó por el aire y me sacó de allí. Puse cara de susto y enojo porque me dijo algo que yo no entendía. Era un marinero y hablaba castellano. Me llevó en brazos hasta donde estaban mis padres y mis hermanos.

¡Pobre mamá! Ahora, que soy grande y sé lo que es ser madre, puedo imaginarme lo que habrá sufrido al haberme perdido en esa confusión de preparativos por la llegada. Creo que ella ni pudo sentir esa emoción de llegar a un lugar nuevo y desconocido, porque no encontraba a uno de sus pollitos. Sentí su sufrimiento en el abrazo, cuando el marinero me entregó a ella. Mami, ¿podrás perdonarme? ¡Valiente mamá! Con el coraje de esas pioneras del siglo pasado, que cruzaban los campos en esas carretas cubiertas con lonas, a merced de los

ataques de los pieles rojas, para fundar un poblado, labrar la tierra y criar sus hijos.

¡Ahora te entiendo, mamá! Tú no podías ver la maravilla de la espuma que se deshace cuando la ola golpea el flanco de la nave. Ni podías ver cómo el carmín del ocaso se va esfumando en naranja hasta llegar al violeta, que se funde en el azul oscuro de las aguas del mar. Ni podías ver el titilar de las estrellas cuando se escondían tras las nubes de tormenta por miedo a los truenos y relámpagos. No, tú no tenías tiempo de ver la belleza, porque con varios críos tenías que consolar sus miedos, cuidarlos, enseñarles, reprenderlos y hasta a veces apoyar a tu compañero si se abatía por lo incierto de empezar en un mundo nuevo y extraño. Siempre fuiste el apoyo y el ánimo para los demás. Me pregunto: ¿de dónde sacabas la fuerza? Tenías el temple de una pionera o de una valkiria, pero tú simplemente decías: "Soy inmigrante". Para mí, fuiste mi ángel.

P.D.: Gracias por haberme perdonado mis fechorías.

Recuerdos

El viejo Sebastián es un hombre maravilloso, de esto pueden dar fe la cantidad de amigos que cosechó. En su larga vida tuvo oportunidad de recorrer el mundo. Mecánico especializado y piloto de aviación en su juventud, luego, ya jubilado fue rescatista, maestro y electricista. Ahora, con la salud ya muy delicada, pasaba mucho tiempo mirando programas científicos en la computadora. En eso estaba cuando llegaron tres de sus nietos:

—¿Qué estás haciendo, abuelo?

—Viendo cómo era imposible que los egipcios trasportaran piedras de 200 toneladas cada una por las arenas del desierto.

—En la escuela nos enseñaron que las trasportaban sobre rodillos de madera.

—200 toneladas, ¿no creen que se hundirían en la arena?

—¡Qué interesante, abuelo! Eso seguro que también estaba en tus libros, pero ya es viejo, ahora se descubrieron muchas cosas nuevas.

—A propósito de eso —interrumpió el más grande—, queríamos preguntarte si nos dejarías venderlos, porque ya están

viejos. Ya sea en medicina, ciencia o electrónica, ya fueron superados por otros descubrimientos.

–¿Venderlos? ¡No, por favor —y aquí la voz del viejo Sebastián se entrecortó—: ¡mis libros no! ¡Son mi vida! Me basta mirar el lomo de alguno de ellos y me cuentan con detalle un momento vivido.

—¡Perdón, abuelo! —dijo el muchacho al ver con cuánta emoción defendía sus libros—. No sabíamos cuánto valorabas esta gran biblioteca.

—Está bien, hijo, ustedes no pueden saberlo. Todavía no tienen tantos recuerdos como yo con mis 85. Y todos están allí: cada lomo, cada formato, cada color, me recuerda algo. Por ejemplo, ¿ven esos dos con el lomo granate y verde? Recuerdo que los llevaba bajo el brazo al volver de la facultad (fue el examen de electromedicina). Los apretaba y me decía: "Esta noche voy a la casa de Clara a pedirle su mano a sus padres".

—¿Te hacen acordar a ese momento? ¡Qué hermoso!

—Sí, pequeño. Y eso te acompaña como un amigo. A veces, asocias lo que leíste ese día con algo que luego pasó. Por eso, ese de color verde claro tiene olor a pino. Me recuerda mi primer beso. Aquél de lomo gris me entristece: fue cuando tuve que dejar de volar.

—¡Tienes tu vida en esa biblioteca, abuelo!

—Es mi compañía. No puedo hacer muchas cosas, pero puedo leer y recordar, y me siento muy feliz cuando ustedes vienen a verme. Lo otro ya pasó, pero ustedes me llenan el corazón de vida. ¡Ustedes son el regalo más grande que me dio la vida!

Uno de los tres muchachos, el más pequeño, se acercó al abuelo y se puso en cuclillas al lado de sus rodillas, y mirándolo le dijo:

—Nunca nos pusimos a pensar cómo sienten los abuelos, pero ahora me doy cuenta de que son muy parecidos a nosotros. Tenemos cosas en común: nosotros, los niños, tenemos algo que se parece a la impotencia. No lo podemos hacer todo, y para vivir tenemos la ilusión. Ustedes también tienen carencias y lo que les da la vida son los recuerdos.

Nadie se dio cuenta de que yo estaba detrás de la puerta abierta, lo vi todo y se me llenaron los ojos de lágrimas al ver tanto cariño. Por eso te lo cuento.

Una historia sencilla

En medio de la estepa nórdica se encuentra una cabaña de piedras y troncos cubierta de nieve y hielo, prácticamente aislada de los últimos poblados de Noruega (o sea, en la parte más helada del planeta). Y, aunque les parezca mentira, allí vive sola Úrsula, una mujer de mediana edad que, aunque podría volver al poblado más cercano, elige vivir allí, donde fue feliz con su compañero y descubrió la inmensa belleza del lugar. Eso le dio la energía de no sentirse sola, y una gran paz interior como para sentirse fuerte y no necesitar nada más.

Úrsula era descendiente de los Inuit (que nosotros llamamos esquimales). Tal vez de ellos heredó la fortaleza y el amor por su tierra blanca. Cuando era una joven muy bonita que estudiaba en la Universidad Ártica, conoció a su compañero Iván que, además de estudiar allí, era un guía transpolar. Y se enamoraron.

Iván se había construido su cabaña en las afueras de un pueblo, en la estepa que precede la llanura helada, donde solo crecen los sauces enanos, musgos y muy pocas cosas más. Estaba enamorado de la belleza que había encontrado en ese lugar, aunque los demás veían allí solo soledad y nieve. No le

importaba, si total con su trineo de perros estaría en el pueblo en tan solo veinte minutos.

El amor hizo el resto. Cuando se fueron a vivir juntos, Úrsula aprendió a ver lo que nadie veía, y aprendió a amar ese lugar. El trabajo de Iván era muy arriesgado, y un día le tocó viajar en la temporada de la noche polar. Se había estrellado un avión y no pudo decir que no. Pasaron los días e Iván no apareció con su trineo por el horizonte agitando los brazos, feliz de volver a su hogar. Sólo volvieron cuatro de sus perros y sin trineo. Úrsula, con la mirada fija en el horizonte, esperó con ansias y el corazón triste. Hasta que un día vio un bulto blanco moverse lentamente en la blancura interminable. Úrsula corrió (es un decir, porque los pies se le hundían en la nieve) y al llegar cayó de rodillas a abrazarlo. Era Lobo, el cachorro de lobo blanco que crio Iván y que llegó a ser su compañero inseparable y el jefe de la manada de perros de trineo.

La mujer comprendió que, si el lobo blanco había vuelto, era porque su dueño ya no volvería. Sabía que Lobo nunca hubiera abandonado a su dueño. ¿Por qué estaba herido entonces? Tal vez tuvo que defender el cuerpo de algún depredador y se quedó cuidándolo y defendiéndolo. Úrsula lo curó y lo dejó dormir adentro de la casa. Necesitaba su compañía. Los demás perros husky dormían en el cobertizo, pero él era un lobo puro, completamente blanco, y los perros le obedecían ciegamente. Cuando veía que la mujer lloraba en la cama, él gemía con el hocico apoyado en la manta. Entonces, ella lo acariciaba y le hablaba:

—¿Vos también lo extrañas? ¿Qué haremos, Lobo? ¿Debemos volver al pueblo?

Entonces, Lobo le lamía la mano y la miraba con sus ojos de cielo, pero con un dejo oscuro en el fondo, como si le contestara: "¿Me estás diciendo que me vas a proteger, que vamos a estar bien?". Las pupilas del lobo se movieron con mucha intensidad, aunque sin mover un pelo de su cuerpo. Una muchacha y un lobo, los dos con el mismo dolor, se estaban comunicando.

—¡Está bien! Nos quedaremos, porque este es tu lugar y el mío, y aquí es donde fui feliz con tu dueño. ¡Desterraremos la soledad!

Sonriendo con los ojos llenos de lágrimas, Úrsula saltó de la cama y abrazó al lobo blanco, sellando el pacto.

Los días se sucedieron rápido, uno tras otro. Y más al ver los cambios típicos de cada lugar. Desde el techo del cobertizo empezaron a caer gotas, que iban haciendo pocitos en la nieve del piso. Un tenue resplandor de luz venía del horizonte, donde el sol que bregaba por volver hacía brillar cada gota como si fuera algo muy importante. ¡Y lo era! Estaba anunciando nada menos que... ¡el comienzo del deshielo!

El sol, que estuvo oculto por medio año, empezó a mostrar su luz allá en el horizonte. Era como el despertar de la naturaleza, como una mañana después de una noche de seis meses. Todos lo sienten: la tierra, animales y las personas. Y creo que con más razón quien está más alejado de los centros urbanos. En soledad se perciben más los pequeños grandes milagros que aparecen en la naturaleza, como salir a caminar y ver que, al disolverse la nieve, aparece una cantidad de flores escondidas entre el musgo y los sauces enanos vuelven a brotar.

La muchacha también notó que, a una determinada hora de la tarde, los perros husky se echaban delante de la casa y emi-

tían aullidos asordinados. ¿Era un llamado al descanso? ¿O la alegría de volver a la cueva? No sé, pero eso trasmitía mucha paz. Entonces, Úrsula se sentaba junto a ellos y con una armónica, también emitía su música con canciones conocidas.

La nieve, al descongelarse, se transformaba en muchos arroyitos que corrían haciendo bulla y sorteaban desniveles con tanta fuerza y apuro que parecían decirle: "¡Tú también tienes que correr un poco!". Así que Úrsula enganchó sus perros al trineo, con Lobo al frente, y corrieron contra el viento que les acariciaba las mejillas y se las ponía bien rojas. Llegó hasta el pueblo, vendió algo que había fabricado y se llevó materiales para trabajar. Pero lo que le daba un placer inmenso y la llenaba de una gran paz, era cuando iba con su fiel lobo blanco hasta un montículo no muy alejado de su choza, donde se quedaban esperando a que aparecieran las luces mágicas de la autora boreal. Se quedaba extasiada, mirando durante mucho tiempo esas lenguas movedizas de hermosos colores, que bajaban del cielo para acariciar esa parte de la tierra que la gente llamaba inhóspita. Por eso nunca se quiso ir de ese lugar. Sentía que ese lugar era el que estaba más cerca del cielo.

ECOS DE LA GUERRA

Las perforanieve

Tres amigos vivían en un pueblito, en un valle rodeado de montañas. Mario, Franco y Juan, jugaban juntos a la pelota desde pequeños, fueron a estudiar juntos y también se enamoraron al mismo tiempo. Pensaban que toda la felicidad del mundo estaba allí, bajo los techos de teja de sus casas, entre los viñedos perfumados en el verano, y en la pureza de la nieve que todo lo cubría en invierno, sin llegar a enfriar los hogares encendidos, ni frenar el humo de las chimeneas con su especial olorcito a madera quemada que llevarían consigo para siempre.

Así era todo hasta que llegó el monstruo de la guerra, una bestia que todo lo destruía: sembrados, casas, familias...

Un día, la patria los llamó al frente y allá fueron los tres amigos inseparables. ¡Qué diferente de sus hogares era todo dentro de las trincheras! La guerra se hizo interminable, juntos se apoyaban, se daban ánimo y se cuidaban.

Cuando llegó el desembarco de Normandía en abril de 1944, el monstruo se enfureció, tal vez presintiendo que su final estaba cerca, y empezó a dar coletazos y lanzar fuego a diestra y siniestra.

En la helada trinchera todo era humo, olor de pólvora, sangre, orín y lamentos. Pero también voces solidarias daban ánimo recordando a sus familias, y hasta cuerpos que cubrían al amigo para protegerlo de la metralla.

Fue después de una de esas embestidas que Mario no contestó. Sus dos amigos se agazaparon junto a él.

—¡Ánimo! que ya nos vamos a casa.

—A casa...—Mario calló por un momento, su sangre manchaba el piso de la trinchera —. Díganle a Blanca que la quise mucho, mucho...

Se hizo un gran silencio, sólo interrumpido por los disparos ya más lejanos, cada vez más espaciados.

En las manos de los dos amigos temblaba la cadena con la chapa de identificación.

Se acercaba la Navidad. Todo estaba cubierto de nieve, y a los soldados que habían estado en el frente les daban varios días libres para que visitaran a sus familias. A los dos amigos les dieron una misión: entregar la placa a la esposa de Mario. Franco cerró los ojos. ¡¿Cómo decirle a Blanca... cómo decirle?! "Vamos, que Dios nos ayude".

Y subieron por el sendero hacia las casas. A los costados, un espeso manto cubría la tierra y, perforando la nieve, salían muchos tallos muy pálidos que terminaban en hermosas flores blancas de cuatro pétalos carnosos, casi sin hojas y con un perfume especial. No era como el de las demás flores, olía a savia, a agua clara y a polen. Aunque no eran pequeñas, si no hubiera sido por el agujero que dejaban al brotar, por su color se hubieran confundido con el manto blanco.

La gente las llama rosas de Navidad. Son hermosísimas, pero para mí son "las perforanieve". Los dos soldados se agacharon y recogieron muchas, con las que armaron un gran ramo, y enroscaron la cadenita en los tallos.

Al abrir la puerta, Blanca recibió el ramo y vio detrás dos pares de ojos desolados. Cuando acercó las flores a su pecho, sus manos tocaron la medalla. No hizo falta decir nada.

Todo el amor, la espera angustiosa y los rezos, todo eso que estaba aguantando en su corazón, explotó como un volcán. Ese fuego subió por su garganta hasta su cara, y sus lágrimas parecían mitigar esa gran brasa que ardía en sus mejillas.

La nieve seguía cayendo. Un tirón en su falda y la voz de un niño la hicieron reaccionar:

—¡Mamá, tengo frío!

La mujer de montaña es muy fuerte. Blanca tragó su dolor y, abrazando al niño, dijo:

—Pasen, que los tengo bajo la nieve. Prepararé café.

Los dos soldados se acercaron a la chimenea encendida mientras acariciaban la cabecita rubia del niño.

Al tomar el jarro de café, sintieron lo que tanto extrañaban en la trinchera: la calidez del hogar. Mientras, el anciano abuelo tocaba en su armónica las sencillas notas de "Noche de Paz". Afuera, seguía cayendo la nieve.

Un cuento de la abuela

Corrimos por el pasillo hasta llegar al jardín de la abuela. Íbamos con esa ansia que tienen los niños de conocerlo todo. Resguardado de un lado por una recova, ese pedazo de tierra florida no era muy grande, pero era nuestro sueño: los jazmines trepadores se metían dentro de la aljaba, y esta dejaba caer sus flores que miraban hacia abajo, ruborizándose.

Teníamos un pequeño lugar cada uno, donde ella nos enseñó a plantar conejitos, girasoles o porotos, y a ver la maravilla que luego crecía.

—¿*Nonna*, estás durmiendo?

—Vengan, niños míos, vengan. ¿Cómo están sus plantitas?

—¡Muy altas! ¿Nos contás un cuento de cuando eras chiquita?

—Sí, de cuando venían los aviones y ¡bang!, ¡bang!, ¡bang!

—Les contaré, pero nada de tiroteos. Junto con eso, que es terrible, siempre hay algo bueno y eso es lo que recuerdo —dijo, y entrecerrando los ojos, empezó a contar.

»Por esos días venían muchos aviones a bombardear. Al lado de casa estaba el puente, un blanco seguro, y en nuestra escuela se habían instalado los soldados alemanes. Así que

mis padres pensaron que era demasiado peligroso seguir ahí. Cuando los tiempos son malos, las personas se ayudan más y comparten lo poco que tienen. Iríamos a vivir un tiempo a la montaña, a la casa de unos campesinos que nos acogerían.

»Teníamos nuestras cosas preparadas para partir a la mañana siguiente. Sin embargo, mamá, como atendiendo a una premonición, dijo: "No, mejor vámonos esta noche".

»Había nevado mucho y el viento endurecía la nieve. ¡Era una locura subir por el sendero de noche! Pero nuestra madre, como olfateando el peligro, movió la cabeza con gesto decidido**: "**¡Nos tenemos que ir ahora mismo!".

»Recuerdo que hacía mucho, mucho frío. Mis hermanos mayores iban adelante con un farol de carburo para ver el camino. El balanceo de la lámpara, que inevitablemente se movía al caminar, iluminaba cadenciosamente arriba y luego al piso. Nos parecía que los brazos negros de los pinos subían y bajaban, queriendo agarrarnos. De entre ellos salió un chasquido lúgubre y un batir de palmas aladas nos hizo dar un respingo: una lechuza controlaba quién interrumpía su cacería nocturna.

»Los sonidos de la noche nos cubrían con su manto brumoso. La luna se había perdido. Yo era un poco pequeña y la oscuridad me hacía doler mis piernitas desnudas. La nieve del sendero, con las pisadas, se había vuelto como hielo; me resbalaba a cada rato, me caía, y mis pequeñas rodillas lloraban.

»¿Y saben, niños míos, lo que pasó entonces? Una mano grande y caliente me levantó y no me soltó más: era la mano de mi padre.

»Y empezó a contarme un cuento. Papá no sabía contar cuentos, pero esa noche me contó uno a mí, y no tuve más

miedos ni caídas. Sólo escuchaba esa voz serena de un hombre que, en medio de una noche oscura y helada, también sentía miedo, pero inventó un cuento, para que no se quebrara nuestro hermoso mundo infantil.

—*Nonna*, ¿y el peligro que tu mamá presintió?

—¡Ah! Sí, esa noche bombardearon el puente, pero nosotros estábamos a salvo.

—Y... y... *nonna*, ¿no te asustaba la guerra? —preguntó otro nieto.

—No, éramos niños muy felices. Ojalá ustedes puedan querer a sus padres como yo a los míos.

—¿Y la salamandra de colores que encontraron donde iban a buscar agua?

—¡Ah! Eso será para contar otro día.

Otro cuento de la abuela

Ya soy un profesional. Acabo de recibirme de ingeniero, y entre las felicitaciones y los festejos, siento la voz de mi abuela que me dice por sobre el ruido de la gente: "¡Bravo, muchacho!", y me veo cuando era pibe, que me sentaba al lado de ella a escuchar sus historias y sus recuerdos. Hoy, cumpliendo una promesa, los recopilo para que no se pierdan. Como estoy sumergido en la tecnología moderna, estos simples recuerdos de una niñita me ayudaron a dar tibieza a mis horas de informática. Aquí te los cuento.

—Nonna, ¿dónde naciste?

—Nací en un valle encantado.

—¿Y dónde es eso? ¿Hay también allí duendes y hadas?

—Seguro que sí. Se encuentra al pie de los picos más altos de la cordillera de los Alpes.

—¿Siempre te acordás de ese lugar?

—Sí, porque era mágico. Para mirar al cielo tenías que levantar mucho la cabeza, sino sólo veías montañas —los ojos del niño seguían mirándola, esperando a que siguiera—. Las laderas, creo que eran tres, moles enormes de granito que iban a terminar con sus raíces en un valle, no muy grande pero tan

protegido y custodiado por ellas, ¡mis montañas! Aunque ahora estoy lejos de ellas, nunca dejé de escuchar su voz, nunca olvidé sus prados cubiertos de fiordalisi color azul cielo, o de ranúnculos amarillos como oro (son flores de montaña, no sé si hay aquí). Eso en primavera, porque en los meses de invierno todo es blanco y suave, silencioso, como si todo durmiera, y si caminas, los pies se hunden en la espuma blanca de la nieve.

Nunca he vuelto a verla caer, es algo sublime. Para mí es una de las cosas más maravillosas de esta tierra. Silencia todo, lleva paz no sólo a tus oídos, sino también al corazón, como un bálsamo. Te dice que todo se limpia, que todo se renueva y brota luego aún más bello que antes, mágico, como los perforanieve, cuya flor agujerea la nieve para salir y abrir sus pétalos al sol, te dice que abajo todo es vida.

Bajo la nieve está lleno de cuevitas de animales que esperan el calor para salir, como las plantas para nacer.

—¿Y tu casa, era igual que esta?

—Mi casa cayó del cielo y se posó al lado del río, un río no muy grande, o a mí me parecía grande porque yo era chiquita.

Cuando llegaron los aviones a bombardear, nos fuimos a vivir a la montaña. ¿Sabes que los montañeses construyen apoyándose a la ladera, usando su forma, así una pared era de roca? Yo apoyaba la mano y sentía que era fría.

—¿Cuándo nos contarás de la salamandra?

—¡Ah! Eso era cuando mis hermanos iban a buscar el agua para tomar. Era toda una aventura: ellos siempre me decían que en la fontana había salamandras de colores, y yo creía que beberíamos el agua con esos animalitos. Me daba un poco de miedo (es lo que ellos querían) y ese día quise ir con ellos.

El sendero era estrecho y serpenteaba por un bosquecito muy tupido. Nuestros pies se hundían en un espeso colchón de hojas secas que acompañaba nuestra marcha con un ruido suave, como el ritmo de un contrabajo. Debía haber mucha humedad por la cercanía de la surgente, porque las piedras estaban cubiertas por un musgo espeso que llenaba el lugar con su olor característico (aún hoy lo recuerdo y me gusta).

El agua salía por una grieta en la roca y caía en una especie de olla, horadada por quién sabe cuánto tiempo. Y allí estaban ellas, las salamandras. La más grande era roja, naranja, con manchas azules. Se las veía perfectas porque el agua era trasparente y cristalina. Ya no tuve asco porque ¡eran tan hermosas! El agua la sacaban antes que cayera a ese pozo, y era la más pura.

—Pero, si había guerra, no podían ir a la escuela. Se salvaban.

—¡Eh! No, muchacho, la vida sigue igual. A nuestra escuela la ocuparon los soldados alemanes y la convirtieron en su cuartel general. Yo empezaba primer grado y caminaba hasta una iglesia abandonada que oficiaba de escuela. Nos sentábamos en sus bancos y escribíamos apoyando sobre nuestras rodillas. Recuerdo que esos bancos de iglesia viejos estaban llenos de agujeritos, comidos por las polillas, y me hacía gracia.

¿Sabes, muchacho? Cuando gozas mucho de estas pequeñas cosas, te ayudan. Es como una balanza, y las cosas feas no te parecen tan espantosas.

Cuando tocaba la sirena –porque venía un bombardeo–, todos corrían a los refugios con urgencia. Nosotros sabíamos que si estábamos camino a la escuela, no llegábamos a tiempo al refugio y teníamos que tirarnos panza abajo en las cu-

netas, al costado de la calle, y quedarnos quietos. A veces, las cunetas estaban llenas de nieve, pero ya estábamos acostumbrados, era una cosa normal, casi un juego. Porque nuestra cabecita infantil estaba llena de pequeñas grandes cosas: agujeritos de polillas, salamandras de colores, sabor a mandarina tostada, piar de polluelos de golondrinas en el alero de nuestro techo, guerra con bolas de nieve. Todo nos maravillaba y nos hacía reír. Todavía, después de más de setenta años, no olvidé el olor del musgo ni el sabor de las raíces de helecho.

—¿Por qué dijiste guerra con bolas de nieve?

—Todos los chicos juegan a tirarse esas pelotas endurecidas, pero que no lastiman. Es muy divertido.

—¿Tú jugabas?

—No. Yo era muy pequeña, pero ayudaba a hacerlas.

Te cuento que, hacia el final de la guerra, Alemania había perdido mucha gente. Entonces, alistaron jóvenes de dieciséis y hasta de quince años, casi la edad de mis hermanos mayores. Y como el cuartel general estaba frente a nuestra casa, con un diccionario italiano/alemán mis hermanos hablaban con ellos y se contaban sus cosas. También jugaban a la guerra con nieve, estaban vestidos de soldados... ¡pero eran chicos! Recuerdo que cuando a nosotros nos faltaban bolas, cerrábamos la ventana y le gritábamos: "Achtung, Glas" (cuidado con los vidrios).

Una tarde, los jóvenes alemanes estaban tristes y no querían jugar. Nos contaron que esa noche les preparaban una fiesta y les darían para tomar sidra, porque a la mañana siguiente los mandarían al frente a pelear. Algunos lloraban. Por supuesto que yo no entendía, pero mis hermanos me contaban.

¿Sabes, muchacho? Yo ya estoy muy grande y temo que la neblina de los años me borronee estos recuerdos y se pierdan para siempre. Porque me ayudaron a no tener nunca miedo y a gozar plenamente de la vida.

—No, abuelita, yo cuidaré de ellos y de todo lo que vivimos juntos. ¿Pero por qué, si vos sos tan realista, hablás de duendes y hadas? ¿Creés en ellos?

—Por supuesto. Pero no creo que sean enanos deformes y bellas muñequitas con alas. Las hadas son tus padres, que te protegen con amor para que puedas tener una niñez feliz. Hasta dan la vida, si fuera necesario.

—¿De veras?

—Sí. Durante un bombardeo, todos habían ido al refugio antiaéreo, pero mamá no me vio y volvió a la casa para buscarme. Cuando salió, el caza el volaba tan bajo que hasta se podía ver a sus tripulantes. La siguió ametrallando por la explanada que lleva al refugio, y las piedritas saltaban al lado de ella, pero ninguna bala la tocó... porque era un hada.

—¿Y los duendes?

—Hay muchas clases de duendes. Algunos son humanos, te protegen. Otros pueden ser animales, te cuidan. Yo tuve uno, un ovejero, se llamaba Föc (fuego). Me salvó.

—Contame.

—No. Ya hablé mucho y me cansé, ahora quisiera dormir.

La canción

Una niña estaba sentada en el piso escuchando atentamente a su padre, mientras acariciaba un sombrero de fieltro verde, adornado con una pluma marrón y blanca.

—¿De qué es esta pluma, papá?

—Es de águila. Ellas viven en la alta montaña y sólo allí puedes encontrarlas.

—¿Y todos tus compañeros tenían una en su sombrero?

—Sí, es el distintivo de nuestro batallón.

—Y te quedó de recuerdo el de tu amigo que se murió. ¡Cuéntame, papá!

—Fue en el Paso Theodul. Habíamos hecho un alto a 3.300 metros de altura. Es un lugar muy, muy hermoso, mi niña, al pie del macizo del Cervino...—sus ojos miraban a lo lejos, como embelesados por la belleza del lugar. Frunció el entrecejo y continuó—: El avión, un Messerschmitt, apareció de golpe por la cara sur de la ladera y nos ametralló. Aldo fue alcanzado por los proyectiles en pleno y cayó...

El párpado inferior se contraía achicando su mirada, y los capilares de sus mejillas se enrojecían. Estaba recordando, es-

taba sufriendo. La niña, rubia, de unos diez años, dejó el sombrero y le acarició las manos.

—Te prometo, papá, que cuando sea grande iré hasta ese lugar.

Él la atrajo hacia sí con un brazo y siguió hablando como consigo mismo:

—Lo enterramos allí mismo, al pie de la gran roca. Cubrimos su tumba con piedras y musgo. Con mi cuchillo grabé su nombre y una pluma, para que sepan que allí quedó un alpino. Luego —los músculos de su cara se relajaron en una casi sonrisa—, le hicimos una canción, como plegaria, ¿sabés? Él recogía siempre estrellas alpinas para llevar a su novia. Eso nos inspiró.

—Yo conozco esas flores, son las Edelweiss. Tenés razón, parecen estrellas, por sus pétalos blancos en punta, casi pegadas a tierra, como si se hubieran caído del cielo.

—Juan tenía una armónica. Formados con la solemnidad de una ceremonia, empezamos a cantar:

Aquí quedé mi amor
Donde mis hermanos grabaron la cruz
Es un espacio lleno de estrellas
Que con mi sangre regué.

Cuando a veces te sientas tan sola
Y de corazón pienses en mí
Mi espíritu te envolverá
Yo y las estrellas estaremos con vos.

La letra de la canción le pareció tan mágica a la niña que la emocionó, y la guardó en el bolsillo más profundo de su corazón.

Pasaron los años: la escuela, la universidad, la graduación, los primeros trabajos en el hospital, el noviazgo, el amor y luego, de golpe, el accidente. Y quedó sola. La felicidad se le cayó de las manos cuando recién la estaba empezando a saborear.

Sus compañeros del hospital la ayudaron y ella se apoyó en sus manos amigas para recorrer los senderos de la aceptación. En las vacaciones de invierno esquiaban y en verano escalaban (eso hacen los jóvenes en un pueblo de montaña). Esta vez le dijeron: "Vamos por el Paso Theodul", y por primera vez sintió que el entusiasmo se posaba en su ventana. Al llegar a la base del Monte Cervino, los demás siguieron por el paso, pero ella quiso quedarse: "Después los alcanzo", les dijo.

Acarició con sus manos la piedra y apoyó la mejilla sobre la ladera violácea y fría de la roca. Lo que escuchó la sobresaltó: "... Calor conocido, como la mano de tu padre...". ¡El corazón de la roca le hablaba!

Volvieron agolpados y a empujones todos los recuerdos, lo que le había contado su padre y tanto la había emocionado de niña. Fue revisando la piedra hasta que sus manos se toparon con una incisión. Miró al suelo: estaba lleno de estrellas alpinas, como si un pedazo de cielo se reflejara allí. Leyó: "Aldo 1944" y el dibujo de una pluma de águila grabado con dificultad a punta de cuchillo.

No lo podía creer. Cerró los ojos y se apoyó de espalda contra la montaña, y de nuevo sintió la voz. No, esta vez eran muchas voces de jóvenes soldados que cantaban en coro.

Ella no los veía, pero podía imaginarlos, formados de un lado y otro del grabado en la piedra, con sus sombreros en la mano, entonando como su padre lo había hecho aquel día:

Cuando a veces te sientas tan sola
Y de corazón pienses en mí
Mi espíritu te envolverá
Yo y las estrellas estaremos con vos.

También escuchó una armónica, y al abrir los ojos todo desapareció. Sus amigos volvían por ella. En el lugar sólo quedaban una gran paz y muchas estrellas alpinas.

Amigo zorzal

Se encaminó por el pasillo hasta llegar al jardín. Lo acuciaba una curiosidad. Todo el día sentía cantar a un zorzal en ese lugar, pero ¿dónde había hecho el nido? Lo quería descubrir, ¡le hubiese gustado tanto!

Se acercó hasta abajo del pino, junto al tronco, y miró hacia arriba. En su cara había ternura: amaba los pájaros. Escudriñó rama por rama, apoyando su mano en la gruesa corteza del tronco. La sintió fuerte, áspera, poderosa.

"¿Te acordás, hermano, cuando te iban a sacar porque te estabas secando? Y ahora estás tan tupido y fuerte como los mejores cedros del Líbano", pensó. Y acariciando esa corteza que ahora parecía una coraza, formada por miles de tablillas de madera resquebrajada, siguió: "Vos también las pasaste, hermano. Quedaste un poco torcido como yo, pero ahora estás más tupido y fuerte que nunca. Aquí está el nido del año pasado. ¿Dónde está el de ahora?, no lo encuentro".

Mientras decía esto, podía escuchar un chistido de alerta: "Tssh, tssh". Ahí estaba el zorzal macho sobre la medianera, con su cogotito estirado, avisando: "Cuidado, peligro, intrusos cerca". Ya no cantaba, estaba asustado.

El abuelo Sebastián podía comprender a ese pájaro tan hermoso y tan indefenso. Podía darse cuenta de lo que el animalito sentía en su pecho: si alguien quisiera romper su nido, ¿qué podía hacer él? No tenía garras, ni dientes, ni cuernos para atacar o defender su hogar.

Pucha, si tuvo miedo él también. Volvió a su memoria el recuerdo en el que siendo niño y junto a sus amigos iba a estudiar. Recordaba...

Corría el año 1945, él tendría unos quince años. Como los alemanes habían hecho su cuartel general en la escuela, él y sus compañeros iban en bicicleta a estudiar en la secundaria del pueblo vecino. Cuando no era tarde, solían cruzar por un bosquecito de castaños que había al lado de la ruta, todos juntos y a gran velocidad, especialmente en otoño, para sentir cómo crujían las hojas secas amontonadas en el piso al pisarlas con sus bicicletas.

Pero esa mañana bastante fría, sintieron la sirena de la Gestapo. Una camioneta con uniformados alemanes venía del pueblo vecino. El corazón les latía fuertemente y aminoraron la marcha. Con gran estupor, vieron que se desviaba y se metía en el bosquecito donde ellos iban a pasar. ¿Qué harían allí? Aunque el miedo atenazaba sus piernas y empalidecía sus mejillas –porque sabían que esas camionetas que nada bueno llevaban–, la curiosidad de la adolescencia y ese toque de "ser valiente porque ya no soy un niño", les hizo dejar las bicicletas en el pasto y entrar muy sigilosamente en el bosque. Se escondieron detrás de los arbustos para espiar.

Vieron que bajaron del camión a diez hombres y que los hicieron poner en hilera. Entre ellos, reconocieron a su profesor

de matemática, que seguramente sería de la resistencia. Los uniformados cargaron y les dispararon de a uno por vez.

Los chicos sintieron que sus estómagos les subieron hasta la boca. Asustados, salieron de allí agachados, cuidando de no pisar ni una ramita que pudiera delatarlos. Ese día no fueron a clase.

Pasaron casi setenta años desde esos recuerdos que no habían contado a nadie.

La primavera de este octubre iba deslizándose colorida y mansa como un río de llanura. Sebastián se sentía feliz. Tenía a sus amigos que le ponían música todo el día. Tenía sus recuerdos. Y cuando lo visitaban sus nietos, era lo máximo. Ese día, su hijo les dijo a los niños que jugaran afuera, que tenía que hablar con el abuelo.

—Papá, vos ya sos muy mayor y no estamos tranquilos de que estés aquí solo. Pensamos en un lugar, donde te cuiden...

Sebastián se levantó sin decir una palabra y se dirigió lentamente hacia el jardín, en dirección al pino. Buscó el zorzal con los ojos y, sin mover los labios, le dijo: "Hermano, vino la camioneta de la Gestapo a buscarme. Ya no tengo mi bicicleta para salir pedaleando a la carrera, así que enseñame a volar".

Dos de Oros

Era este un hermoso ejemplar de gato negro de tamaño bien grande. Su pelo, oscuro como la noche, brillaba como si lo hubieran lustrado con betún. Se destacaban los grandes ojos almendrados por su color amarillo rabioso, de ahí su nombre: Dos de oros.

Ese día, casi al anochecer, nuestro personaje se encaminaba hacia un edificio abandonado donde solían juntarse varios gatos del vecindario. Era una casona semiderruida casi al final de la calle. Debió de ser imponente porque se veía construida con ladrillos muy grandes y piedras. Ahora, los musgos y helechos cubrían gran parte de ella. Tenía alrededor una galería que llevaba a las caballerizas, y por unos cuantos escalones se bajaba a un lugar abovedado que no parecía un sótano, sino una gran despensa, con un lugar para almacenar vinos y muchas cosas sin uso. Era un palacio para ratas y ratones, y por eso era visitada por los gatos del pueblo. Tal vez fuera un pedazo de castillo que había quedado en pie después de tantas guerras que hubo en Europa.

Cuando llegó nuestro gato, los demás lo saludaron con respeto. Se veía que lo consideraban un personaje y de a poco

se fueron acercando. Como los hombres en una fonda que, después de haber comido y bebido, se sientan con su jarro de cerveza cerca del que empieza a contar historias o aventuras, que se mezclan con el olor a vino y humo que siempre hay en el aire enrarecido de las viejas tabernas. Esa noche, le tocaba a nuestro amigo negro que, sentado en un cajón de vinos Gamba di Pernice, abrió y cerró varias veces sus grandes ojos amarillos, para poner en suspenso a su auditorio, hasta que habló:

—Ya les conté cuando fui un gato salvaje en la India. Después, viví en Egipto, donde veneraban a los de mi especie, y me momificaron. Hasta quedó una estatuilla de mi figura en el Museo Británico. Hoy les voy a contar una de mis siete vidas más recientes: ¡estuve en la Segunda Guerra Mundial! Yo vivía con una familia que me quería mucho. Mis dueños, dos chicos, jugaban conmigo siempre. Eran buenísimos. Un día, un avión dejó caer algo, como paraguas que bajaban lentamente en la poca luz del atardecer. "Paracaídas", oí que decían, "son los aliados".

»Más tarde, llegó un hombre con un carro y bajó un atado de leña para las calderas, cubierta con arpillera, en la casa de nuestro vecino, que era médico. El fajo de leña no era tal, sino un soldado inglés con una pierna rota, que había caído con el paracaídas —aquí Dos de Oros se detuvo y miró a su auditorio, que estaba en silencio, porque venía la parte brava del relato.

»El médico le operó la pierna y se la enyesó, con la ayuda de su esposa y de mi dueño. Pero alguien les avisó que venía una patrulla de alemanes, que revisaba casa por casa buscando a soldados ingleses. ¿Saben lo que significa? ¡Si los encontraban allí, iban a fusilar a toda la familia por encubrir a un aliado! —dijo esto levantando sus patas delanteras, porque se emo-

cionaba recordando el momento—. Lo pasaron sobre una tabla a nuestra casa, pasando por la cocina, hacia el gallinero, que está después de los huertos, justo cuando entraron a requisar también aquí. Yo veía la desesperación y el valor pintados en la cara de mis dueños. Pero hacían todo con la convicción de sus valores. ¿Y quieren saber algo? Me los contagiaron.

Los gatos que escuchaban alargaron su cuello para una mejor atención; los ratones, en la puerta de sus agujeros, también escuchaban, y sus ojitos brillaban en la oscuridad.

—Cuando los alemanes entraron en la cocina, me agarró la desesperación —siguió contando nuestro gato—. Tenía que hacer algo para ayudar a mis dueños a que pudieran salir por el gallinero y llegar por los fondos al río, donde otros tenían preparado un bote. Vi el miedo en la cara de los dos chicos y supe que algo haría. Subí las escaleras como una bala, salí por la ventana y me aposté en el dintel sobre la puerta del patio. Cuando el oficial alemán salió, me tiré desde arriba gritando con toda la voz que daba mi garganta: ¡Miauuuuu!

Los gatos y los ratones abrieron los dedos de sus patas por el susto, y una lechuza que estaba escuchando desde un travesaño del techo inclinó varias veces su cabeza con gran atención.

—Caí justo delante de él —siguió contando el gato—. El oficial pegó un salto hacia atrás por la sorpresa, y como yo traía mis patas abiertas al caer, le enganché la gorra con las uñas y se me quedó prendida, lo que aumentó el enojo del alemán. Cuando la quiso levantar, lo encaré con todos mis resoplidos "Pff, pff, pfffjj" y mis mandíbulas abiertas, mostrando todos mis dientes y mis garras. Me jugaba la última carta, porque lo que quería era retrasarlos, darles tiempo a mis dueños. Me dio

dos fuertes patadas con sus botas de cuero, enormes y duras como el hierro, que me levantaron por el aire.

Otras dos lechuzas se acercaron en silencio, pestañando con sus ojazos, presagiando el final, emocionadas.

—Escuché decir con bronca: "Raus, geh weg!", y agregar con deprecio: "Eine Katze... Scheisse! ", y perdí el conocimiento. Cuando desperté, todos estaban a mi alrededor. El vecino médico me había puesto una inyección para el dolor, porque tenía dos costillas rotas. Veía borrosas las caras de mi gente, pero me parecían contentos porque repetían: "Lo logramos, lo logramos gracias al valor de nuestro Dos de Oros". Se me nublaba la vista, pero si estaban allí, era porque no se los llevaron en la camioneta militar por el camino que lleva al cementerio. Cerré los ojos y me dormí feliz.

Las dos lechuzas abrieron sus grandes alas silenciosas como si fueran a aplaudir. Afuera, la noche era oscura, espesa y con olor a tierra mojada, porque había empezado a llover, pero qué importaba si todos estaban abrigados bajo las piedras de un antiguo castillo, soñando con gatos y personas valientes que querían vencer a la guerra.

Olivos, cobra, y una estrella fugaz

Era una hermosa tarde de diciembre en la zona montañosa de Palestina en la que olivos e higueras son señores del lugar, un tanto árido y pedregoso. Por eso, los pastores de cabras y ovejas buscan los vallecitos más elevados, donde los pastos son más jugosos. Antiguamente, los hijos varones eran los encargados de cuidar los rebaños, y como tenían que andar mucho, no podían volver a la noche a las casas y se quedaban en los valles altos varios días. Siempre había un cobertizo de madera para resguardarse en caso de mal tiempo, o un rústico corral. El clima es muy benigno, aunque por las noches enfría bastante, pero con un chaleco de piel de oveja es suficiente, y es bien mullido para dormir.

Los protagonistas de este cuento son dos muchachitos judíos. Samuel, de doce años, el mayor y el responsable de la majada de cabras, y su hermano Josué, de nueve años. Los dos llevan un cayado, un bastón largo que les sirve de ayuda para subir las laderas, pastorear las cabras y como defensa.

Esa tarde tan tranquila, mientras el viento del Mediterráneo daba vuelta las hojitas verde-grisáceas de los olivos, el pequeño Josué hacía dibujos con su cayado en el suelo arenoso, pero

algo rompió esa tranquilidad. El perro pastor empezó a gemir nerviosamente y sus orejas inquietas parecían presentir algo. Ese algo, una serpiente, saltó de golpe de entre las piedras justo delante de Josué, que del susto cayó sentado. El reptil se irguió derecho sobre su cuerpo, fijando los ojos en los del niño mientras inflaba los costados de su cabeza, como acostumbra hacer cuando está nervioso y se prepara a atacar: ¡era una cobra! Esos ojos penetrantes y la lengua movediza habían dejado a Josué petrificado por el miedo. El perro ovejero ladraba desesperado y alertó a Samuel, que llegó enseguida. Pero la rápida cobra ya había clavado sus dientes en la pierna del niño. El cayado, que tenía una horqueta en la punta, cayó sobre el animal y lo atenazó, y con el machete corto que llevaba a la cintura le dio el golpe mortal.

Pero el daño estaba hecho y el pequeño se retorcía de dolor. No había tiempo que perder. Samuel, todavía jadeando, se cargó al hermano a la espalda y, con un ademán, le indicó al perro que cuidara el rebaño mientras partía en busca de ayuda. No bajó a las casas, pues no había allí ningún médico. Iría para el norte, cruzando otros vallecitos.

Samuel sentía que su hermano se aflojaba y cómo la cabeza se resbalaba sobre su cuello. Le preguntaba cómo se sentía, pero sólo recibía un quejido por respuesta. La angustia le apretaba la garganta y apuraba más el paso. Ya se ocultaba el sol cuando llegó a la parte pedregosa que lo separaba del otro pequeño valle. Se paró un momento porque no le contestaba y parecía resbalarse de su espalda. Sus fuerzas estaban casi agotadas.

Otro pastor, en un valle pasando el vado rocoso, vio venir a Samuel con alguien en los hombros, y en la extraña luz del

ocaso, esa silueta se recortaba contra el cielo y se asemejaba a un gigante. Se abrió paso entre las ovejas y corrió, más bien se abalanzó, y llegó justo cuando el pequeño se le resbalaba de la espalda, pues había perdido el conocimiento.

Mohamed era un poco mayor, casi tenía catorce años y era más fuerte. Su vestimenta era diferente porque era palestino, pero tomó en sus brazos al niño con tanta delicadeza como a un hermano.

—Dámelo, te ayudaremos. Yo lo llevaré. ¿Qué le sucede? —preguntó.

—¡La cobra, la cobra! —alcanzó a decir Samuel, con la cara empapada de sudor y lágrimas. Y agregó mirando al cielo—: Jehová, ¡no permitas que mi hermano muera!

—¡No, que Alá no lo permita! —agregó Jaled, hermano de Mohamed, que se unió al grupo.

Había caído la noche en la soledad de la montaña. El cansancio y el miedo de no llegar a tiempo unían a estos pequeños pastores más que si hubieran tenido la misma sangre. Y como un regalo del cielo, que ya estaba oscuro, cayó una estrella fugaz. Haciendo caso omiso —por si eran creencias de mujeres— ellos, en silencio, pidieron el mismo deseo. Después de todo, ¿acaso Alá y Jehová no eran lo mismo?

La estrella fugaz que habían visto caer ahora iluminaba una pequeña cabaña, que usan los pastores para cobijarse cuando pasan varios días en las pasturas.

Samuel, que venía muy agotado, en un arranque de esperanza corrió y se abalanzó en la puerta de donde salía la luz.

—¿Alguien puede ayudarnos? ¡Mi hermano se muere!

Un viejo con barba y cabello gris les abrió. Adentro, había mucha luz y una mujer joven daba de mamar a su bebé. Apo-

yaron a Josué, inconsciente, sobre la paja, en el piso. Los tres estaban exhaustos y no se dieron cuenta de que la mujer judía, tomando la mano de su niño, la apoyó apenas sobre la pierna de Josué. Fue un instante, nada más, pero la hinchazón y la negrura de la ponzoña habían desaparecido y el pequeño Josué volvió en sí.

Los pastores no entendían que estaba pasando, pero algo había pasado y empezaron brincaron de alegría. Salieron de allí tomados de los brazos y danzando.

Sólo Samuel volvió a entrar. Se sentía agradecido por algo que no llegaba a comprender. Era sólo un pobre pastor, pero hacía pocos días había cumplido doce años y su padre le obsequió una medalla de cinco puntas, que llevaba colgada por una gargantilla trenzada con tientos e hilos de metal precioso. Significaba mucho para él. Había dejado de ser niño y desde ese día podría entrar a la sinagoga junto con los hombres, y no rezar afuera, con las mujeres.

Sus manos lentamente subieron a su cuello, desataron el collar y con gran emoción lo apoyó sobre la paja, delante de la mujer. Un gran silencio y una gran paz acompañaron todos sus movimientos.

Luego, salió para correr y reír junto a sus hermanos, mientras jugaban a intercambiarse los turbantes judíos por los kafieh palestinos.

La noche, perfumada de olivares, reía con ellos.

PD. Dos mil años después de esta pequeña historia, necesitamos pequeños grandes valientes como estos para solucionar el conflicto palestino/judío, algo que no logró Isaac Rabin (porque fue asesinado por los propios extremistas israelíes).

Ojalá aparezcan de nuevo algún Samuel y algún Mohamed para traernos la paz.

El mensaje

Es víspera de Navidad. Ya empezó la Tercera Guerra Mundial. La angustia se esconde atrás de cada radio, de cada diario, de cada pantalla. La gente camina por las calles iluminadas y adornadas con pinos, vestidos con bochas de colores y lamparitas. Todos compran regalos. En ese clima festivo una familia va mirando vidrieras. Uno de los chicos se queda rezagado. Juan, tiene nueve años, no es tan grande como para entender la magnitud de un desastre mundial y no es tan chico como para no darse cuenta del sufrimiento que están pasando muchos niños como él.

Se para y se olvida de las vidrieras, se abrocha el abrigo porque hace frío y empieza a nevar. Aunque no es tarde, ya está oscuro y el cielo se está llenando de estrellas. Juan mira hacia arriba y piensa que otros niños, de algún país muy lejano, donde no hay nieve sino sol fuerte, pueden ver esas mismas estrellas.

Un auto le toca bocina, pero él no hace caso. Dentro de su corazón, le está pidiendo a ese ser gigante que vive más allá de los planetas y que ordena el tráfico del universo, que le mande

a un chico de su misma edad, aunque no lo conozca, un abrazo grande que le sale del alma.

Juan sigue caminando, convencido de que su mensaje llegará.

Tregua en la franja de Gaza

—Hola, abuelo, ¿podemos ver los dibujitos?

—Sí, pero déjenme terminar de ver esta noticia, porque es importante.

—¡Ah! Es de la guerra... ¿Y qué hacen esos chicos allí? Son como nosotros.

—Y más chicos también. Están allí porque no tienen más ni casa, ni padres, ni comida. La Cruz Roja los está protegiendo, los llevan a un refugio.

Los dos chicos dejaron de hablar, sin darse cuenta se arrimaron, se apoyaron en busca de protección a los hombros del abuelo, sin quitar los ojos del televisor que simplemente mostraba niños palestinos esperando en un refugio de la ONU. El abuelo cambió de canal, para que los chicos no se angustiaran con escenas de la ciudad de Gaza en ruinas. Pero ellos ya no querían ver los dibujitos, sus cabecitas estaban allá lejos en Palestina "¿Qué harían esos niños, que desearían? A lo mejor, lo único que piden es tan solo una manta".

—¿No podemos ayudarlos, abue?

—¡Claro que sí! Pidiéndole al Señor Dios que termine esta guerra de mierda. Él escucha más a los niños que a nosotros, los viejos.

—Pero yo no sé cómo hablarle —dijo el más chico de los dos.

—No te preocupes Juan, la intención tiene un poder muy grande. Además, Él puede leer en tu corazón —con un ademán paternal los acercó a él—. Ahora les contaré un cuento que tiene que ver un poco con esto, ¿quieren?

Los pájaros volaban de árbol en árbol avisándoles a todos: "Hoy es el día". Abajo, en el suelo, entre el pasto y las hojas caídas, también corría el reguero de noticias. "Hoy es el día, hoy es la noche", y no quedó cueva, ni nido, ni agujero sin el aviso. Cuchicheos, corridas, expectativa... Todo el bosque estaba ansioso, y para el atardecer ya todos los animales se habían encaminado hacia la zona de los hitos o piedras sagradas.

En este día tan esperado, la luna llena tiene que aparecer justo en el solsticio de invierno, cuando el día es el más corto del año, y la gran luna ilumina esa noche milagrosa.

Según cuentan los más viejos, que ya presenciaron esa noche mágica, los espíritus superiores bajan a la tierra, se unen con los espíritus del bosque y les conceden un regalo. Dicen los ancianos que cada uno se acerca al lugar con un deseo en su corazón y la esperanza de que se concrete. Y así sucederá: si el pedido se hace con un corazón puro, los espíritus superiores lo conceden.

Todo estaba preparado. Desde temprano, los animales habían acarreado ramas y mucha madera en el centro de la gran explanada donde se encuentran las piedras gigantes hincadas en la tierra, las piedras sagradas. Antes de que oscureciera ya

habían prendido el fuego, una fogata enorme que alargaba en sombras movedizas todo lo que estaba a su alrededor.

Y allí iban llegando todos: gatos monteses, ciervos, cabras de monte, lobos, cuises, conejos, osos... Todos en silencio, ¡todos hermanados esperando la medianoche! El silencio los acariciaba a todos.

Una coneja blanca pensaba en su pedido mientras miraba las altas llamas de la fogata que le brindaban calor. Su pequeño conejito se había perdido una noche de tormenta y no había vuelto. Sólo una madre sabe cómo sufre su corazón por un hijo. Mientras, a su lado, un oso estaba explicando el problema de los lobos: ¡pavada de problema! La rivalidad de los lobos con las hienas había llegado a su punto máximo: si las hienas no se retiraban, iban a atacar hasta exterminarlas. Pero, si bien los lobos son más fuertes, las hienas eran mucho más en número, y la sangre que correría sería tanta que las aguas del río se volverían rojas. Ya no habría agua potable para nadie en el bosque.

La noche fue avanzando y llegaron las doce. Se hizo un silencio expectante en el lugar, sólo interrumpido por el crepitar del gran fuego y las chispas que saltaban de los troncos. Una brisa arremolinada hizo que las llamas se elevaran mucho más alto en el centro, una niebla blanca bajó del cielo y se unió a ellas. Una sensación de calor pasó por cada uno de los presentes, y en ese momento todos abrieron su corazón con el pedido.

Pero la coneja blanca estaba indecisa y angustiada: "¡Cómo pedir algo para su felicidad, cuando estaba en juego la felicidad y la vida misma del bosque!".

Ya no pudo con su angustioso dilema, cerró los ojos, sus orejas largas bajaron y se puso a sollozar... Fue entonces que la niebla blanca la envolvió con su calor. Cuando volvió a abrir los ojos, todo estaba en paz. La niebla blanca había desaparecido. El fuego estaba muy bajito, sólo con brasas. Los animales empezaron a retirarse muy lentamente. Un pequeño conejito blanco y negro se abría paso entre ellos llamando: "¡Mamá!". El corazón de la coneja dio un vuelco y corrió junto a él, ¡su pequeño hijito perdido estaba allí!

Mientras se retiraba cada uno nuevamente a su hogar, todavía envueltos en la emoción de esa noche de milagros, todos pudieron ver a la manada de hienas que cruzaba la pradera yendo hacia el sur, para no volver.

Desde esa noche, los lobos habitan los bosques del norte y las hienas viven al sur, en regiones más cálidas, como África.

Una Nochebuena

Era una noche clara y tranquila en el Atlántico Sur. Los últimos rayos del sol salpicaban el agua de lucecitas plateadas. El mar, que siempre infunde tanto respeto por su oleaje turbulento, ahora estaba calmo y sereno. Era Nochebuena.

Un pesquero se hamacaba cadenciosamente sobre las olas. En la cubierta, sentado sobre un rollo de sogas, un hombre le escribía una carta a su familia. De a ratos, se quedaba mirando el horizonte. Luego, seguía escribiendo, preguntándose: "¿Habrá nacido el bebé?".

Mientras él escribía, algunos marineros preparaban los cabos de amarre para recibir otro barco, sin saber cuál podía ser. El pesquero llevaba suministros y material para buques que operarían en la zona del conflicto austral, pero nadie lo sabía.

En la soledad del paisaje, una fantasmagórica figura negra emergió de las profundidades ante los ojos atónitos de los pescadores, que por primera vez veían un submarino. Se fue arrimando a ellos lentamente, hasta que quedaron apareados. La luna llena permitió ver cómo personas uniformadas pasaban ágilmente desde la nave al pesquero. Era un 24 de diciembre, y aunque hubiera un conflicto, se le permitió a la tripulación del

submarino confraternizar con los pescadores en esa noche especial. En poco tiempo, las diferencias entre civiles y militares desaparecieron, y todos se unieron a festejar esa noche de paz. Porque los marineros se sentían bastante molestos de verse mezclados en un problema militar ajeno a ellos. Pero los unió la soledad del mar y la lejanía de sus hogares. Los pescadores, entonces, comprendieron por qué llevaban esa carga en su bodega y a esos hombres de comportamiento extraño, que no participaban de las maniobras de pesca.

Con el correr de los días y el mar que los unía, entre el contramaestre un gallego rudo y de gran autoridad, y el encargado del grupo se estableció una especie de respetuosa amistad. Cuando aparecían algunas zamburiñas en la red de pesca, el encargado se las ofrecía como muestra de afecto al contramaestre, porque resultaban un plato especial para él. Este rito es abrir la concha con un cuchillo, exprimirle limón sobre el molusco, que se contrae porque está vivo, y se lo come usando la valva a modo de cuchara.

Esa noche, se preparó una cena especial. Dos personas no se quisieron unir al festejo. Extrañaban más que nunca a su familia: el hombre que escribía la carta y su compañero, el médico. Ellos siguieron en cubierta, buscando en el silencio misterioso y solemne del mar un bálsamo para su morriña. Así, vieron como la luna desaparecía tras oscuros nubarrones que el viento empujaba con fuerza. Las olas empezaron a encresparse y semejaban enormes dragones de agua, que galopaban escupiendo cantidades de espuma blanca hacia las dos embarcaciones. En cubiertas bajas, todos comían y festejaban. Era bueno ver esa hermandad, pese a lo peligroso del área

donde se encontraban y de su misión. Pero era Nochebuena y todos necesitaban un calor que les recordara al hogar.

La guardia del submarino le comunicó a la oficialidad los riesgos de seguir allí. Alertados, los tripulantes del submarino apuraron el retorno a su buque mientras era posible, ayudados por las sogas que pasaban de un buque a otro, cosa que se complicaba minuto a minuto. Cada vez era más difícil y peligroso, porque el mar se picaba cada vez más y los dos buques se golpeaban mutuamente. Ya se veían deformaciones en el pesquero. Nuestro protagonista, junto al médico del grupo, fue a ver en las cubiertas bajas lo peligroso de esos repetidos golpes y lo que podía resultar de ello. El pesquero estaría en serios problemas si el submarino no se alejaba rápidamente.

—Doc, esto se pone peligroso —dijo—. Sería conveniente avisarles a los tripulantes del pesquero y a nuestro grupo que habría que abandonar el buque si se llegara a producir un "rumbo" en el casco, la abolladura está debajo de la línea de flotación.

El médico contestó tristemente:

—No, Negro, para qué. En estas aguas, nuestros cuerpos no resistirían más de cuatro minutos.

En el lugar que estaban, entre el estrecho de Le Maire y las Malvinas, se forman las tormentas con gran rapidez, y las aguas, a pesar de ser diciembre, estaban muy frías.

Las olas eran un torbellino que golpeaba las cubiertas de ambos barcos, para luego deslizarse en franjas a los lados de la panza curva y volver al mar. A pesar de la fuerza del viento, todo estaba envuelto en una tenue y extraña luminosidad. En esa zona tan austral, aún de noche, la oscuridad no era com-

pleta por la época del año. El sol no alcanza a ocultarse totalmente, lo que da una visión fantasmagórica del oleaje.

Soltados todos los cabos del submarino, el oleaje lo fue separando y alejando, hasta que lo vieron hundirse y perderse en las profundidades. Nunca más volvieron a encontrarse con esa gente.

Varios días después, terminó el conflicto bélico que inspiró este relato y el pesquero entró en Puerto Madryn. Luego, un barco de la Armada llevó al grupo de militares a su destino.

Nuestro personaje, el que escribía la carta, dentro del auto de un compañero que lo acercaba a su casa a toda velocidad, sentía latir muy fuerte su corazón y se preguntaba ansioso: "¿Habrá nacido el bebé?".

Nota de la redacción

Catorce años después, en otro conflicto en las mismas aguas del sur, otro pesquero, que oficiaba de apoyo de inteligencia (pasando información de los movimientos de la flota enemiga) fue hundido por misiles enemigos. Su tripulación eran todos pescadores, y había un solo oficial de inteligencia.

Nota del autor

Al igual que en nuestro relato, el contramaestre esperaba un bebé. Cuando atacaron los aviones fue el único que murió. Hubo muchos heridos, pero él murió sin conocer a su hijo. Esto da la pauta del peligro que vivieron los protagonistas de este relato. A diferencia del segundo conflicto, ellos volvieron y ahora, ya viejos, me contaron la historia de lo que sucedió.

Vaya mi humilde homenaje a toda esta gente valiente y sacrificada.

Infinitamente más grande

Elizabeth acostó a su niña pequeña, se puso el salto de cama y se cepilló el pelo; en vez de acostarse en la cama, se sentó en el sillón. Quería esperar a su marido levantada, que no tardaría. Todo estaba en paz en la casa. Las sombras de la noche jugaban a poblar cada rincón, acariciaban el piano, adormecían cada juguete, cada osito que encontraban en la pieza de la niña. Cuando llegaron al sillón, los párpados de la mujer se fueron cerrando y se durmió. Y empezó a soñar.

El lugar era como el comando naval en Estados Unidos. El jefe de más alto rango estaba dando órdenes para que zarpara otra flota de barcos, que irían a fortalecer los desembarcos de Normandía y Sicilia. Era el quinto año de la Segunda Guerra Mundial, que ya se había cobrado cientos de miles de vidas. El viejo almirante preguntaba casi gritando:

—¿Comandante del quinto regimiento?

—¡Muerto en combate, señor!

—¿Comandante del cuarto regimiento?

—¡Muerto en combate, señor!

—¿Comandante de ...?

—¡Capitán John Robeson presente, señor!

—¡Se unirá con su gente a la flota que partirá mañana!

Elizabeth se despertó sobresaltada. El sudor mojaba su frente y el corazón se apuraba en su pecho. Todavía no se había serenado cuando volvió su esposo. ¡Debía partir mañana!

Los desembarcos en la isla de Sicilia habían sido los más trágicos. Allí, murieron un sinnúmero de soldados aliados, que al pisar la playa eran barridos por ametralladoras de dos puestos alemanes instalados estratégicamente en las rocas más altas. Desde allí impedían cualquier desembarco.

Para evitar las ráfagas de ametralladora sobre la playa, el comandante John Robeson planeó rodear la isla, tratar de trepar por las rocas y tomar los puestos alemanes por atrás. Como buen comando, él iba adelante y recibió tiros en una pierna y en el costado, por lo que cayó por las rocas, casi hasta el borde del mar. Nunca supo si sus hombres, con su segundo al mando, pudieron cumplir la misión. Quedó inconsciente mucho tiempo entre las piedras. Lo encontraron dos pescadores que, aunque sabían que ayudar a los aliados significaba ser fusilados con toda su familia, lo llevaron a su casa cubierto con una red de pesca, por si se cruzaban con soldados alemanes que patrullaban la isla.

Los atardeceres en Sicilia son de oro. Las flores colgadas en todas las ventanas perfuman más el aire en esa hora del crepúsculo. Todo el paisaje tiene una gran belleza y da serenidad ver a los campesinos volver del campo con la azada al hombro y cantando *canzonetas* juntos. ¡Cómo contrastaba todo esto con los sonidos de la metralla y los bombardeos!

En ese atardecer, se sintió golpear la puerta de los dos pescadores. Era la ronda alemana que había visto entrar allí al médico. Gianna, una hermosa y valiente jovencita fue a abrir

y, sonriendo, le dijo al joven alemán que sí, que el médico había ido porque su madre estaba dando a luz y que no podían entrar. Ella también estorbaba, tal vez podía acompañarlo un poco por el sendero, si él quería enseñarle cómo se dice *una bella ragazza* en idioma alemán. Los dos se sonrieron.

¡Qué muchacha valiente! Mientras ella seducía al joven soldado alemán, el médico terminó de extraerle las balas al estadounidense. Sacándolo por una ventana, Pietro, uno de los pescadores, se lo llevó al hombro hasta una construcción derrumbada por los bombardeos, pero que tenía un sótano, donde antiguamente se guardaban granos y verdura recolectada en el campo para mantenerlos frescos. No hubo tiempo de encontrar un mejor lugar, pero allí estaría seguro.

Pietro se persignó al salir de ese lugar y, mirando arriba, dio gracias al Cielo: si su hija no hubiera interceptado al alemán que hacía la ronda y este entraba en su casa, los habría fusilado a todos: al médico, al estadounidense y a toda su familia.

El pescador sólo pudo volver un día a dejarle algo de comida y agua. Era demasiado peligroso: los alemanes requisaban todo y disparaban ante cualquier sospecha. El comandante aliado pasó los primeros días acostado sobre unas maderas en el piso, porque las heridas le daban mucho dolor. Pero al sentirse mejor empezó a investigar el lugar. Había mucho polvo, como ceniza volcánica. Entraba luz por una ventanita alta que ventilaba el lugar, había algunos estantes y cajones, pero nada más. Habían pasado ya varios días y el hambre lo acuciaba. Ya podía moverse y revisó todo, lo único que encontró en el sótano sólo fue una bolsa de zanahorias en un cajón. Restregó algunas en la manga de su camisa y las comió. No eran chuletas, pero sabían como los dioses. Esta bolsa de zanahorias le

sirvió para mantenerse vivo por unas dos semanas. No podía calcular el tiempo ni salir del sótano.

Ahora que estaba mejor, los días se le hacían interminables. Puso un cajón sobre unas maderas y subió para mirar por la ventanita. Lo que vio fue mágico: el sol salía por detrás de las cumbres del macizo de los Apeninos y lentamente iba iluminando los pequeños valles de esa isla rocosa. Era abril y las laderas estaban cubiertas de flores. Por todas partes había colores y brisa perfumada. ¡Afuera estallaba la primavera!

Cansado de estar entre polvo volcánico gris y paredes oscuras, Robeson levantó la cabeza, cerró los ojos y respiró hondo. Respiró la vida que estaba fuera de la pequeña ventana. Desde ese día, pasaba horas espiando la vida desde ese pequeño rectángulo luminoso, no se perdía un atardecer y ya sabía cuándo pasaba el rebaño de cabras que iban a pastar en el cerro. Luego, las sombras de la noche invadieron rápidamente el sótano, sin ruidos, sin una vela ni un fueguito que acompañe al mirar las llamas. El capitán Robeson, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, sonreía. Una mueca de ternura fruncía su boca mientras su mano apretaba contra su pecho una pequeña foto de su adorada Elizabeth, que cada noche estaba en su mente y lo ayudaba a sobrevivir. También recordando, trataba de construir la imagen de la carita de su hijita, sus mejillas rosadas, sus dientes de conejo y sus ojos que reían. La emoción lo invadió: "¿Es posible que este ser tan dulce sea mío?", pensó. Abrazó la imagen cerrando los brazos sobre su pecho. Siempre pensó que su familia, todo lo que tenía, era hermoso y natural, pero ahora sentía que todo eso tenía un valor infinitamente más grande. El simple hecho de estar vivo, poder recordar y emocionarse, era maravilloso. El

sueño lo venció, pero antes de dormirse juntó sus manos y dio gracias a Dios.

Una mañana, lo despertó un gran alboroto: gritos, vítores y cantos fuertes. Vio que varias personas bajaban por el sendero con gran alegría: "¡Somos libres, la guerra terminó!", y sacudían los brazos en alto. Hubo abrazos, lágrimas y más abrazos. Al salir del sótano, la luz del día lo encandiló. Sonrió. Luego, ya en el último escalón, se dio vuelta y, mirando la bolsa de arpillera vacía de las zanahorias, le dio las gracias.

Carta para mi amigo viento

El edificio que está en la esquina, ese con un color amarillento, grita. Grita muy fuerte, con una enorme boca devastada. Creo que sólo le pide humanidad a los que fueron sus habitantes. Pero nadie lo escucha. La calle está llena de escombros y pedazos de techos humeantes. Tal vez sólo los edificios de enfrente puedan entenderlo, pero no pueden hacer nada: no ven más. Sus ojos están vacíos, huecos. Adentro, en el fondo, el humo termina con las hojas de algún libro y de ennegrecer una muñeca en el suelo para que su dueña, o alguien, no la pueda reconocer.

Le pido al viento, que es mi amigo, que vaya a buscar a la lluvia para que venga a apaciguar el polvo y apagar los focos de humo, porque tengo muchas ganas de llorar.

Un periodista en la televisión dice que suena la sirena y deben bajar al bunker (y se oye la sirena). Mi estómago se hace chiquito como una esponja estrujada. Pasaron casi 80 años, pero puedo recordar perfectamente la diferencia de las dos sirenas: la de la Gestapo y la de los bombardeos, con la cual ya sabíamos que en pocos segundos debíamos saltar de la cama, tomar el tapadito listo al pie de ella, las botas y correr hasta

el refugio. ¡Nuestro refugio! Lo recuerdo con cariño. No era un bunker moderno como muestra la televisión. A nuestro refugio se llegaba cruzando el patio de la fábrica –donde trabajaba papá–, que era una explanada grande, y al fondo había una gigantesca torre hecha con troncos de madera de castaño, perfectamente apilados como si fuera un edificio, y con pasillos abajo donde cabían perfectamente personas paradas, fueron hechos así para airear los trozos de madera. Todo era enorme y de muchos metros de alto: aunque cayera una bomba, no llegaría a los pasadizos. En esos pasillos se refugiaba toda la gente de la fábrica hasta que avisaban que los bombarderos se habían ido del otro lado de las montañas. A veces, se hacía largo, teníamos sueño y estaba frío sentarse en el suelo, pero cuando uno es niño siempre encuentra cosas que los grandes no ven.

Entre las maderas, había arañas que tejían sus cuevas y no me gustaban nada. Yo estaba en otro y no me preocupaba de las caras tensas de los mayores. Además, los tronquitos bien cortados mostraban un corazón con muchos círculos y diferentes colores, tal vez por el tanino que extraían de ellos. Aquí, en Argentina, creo que usan el quebracho.

Nunca olvidaré cuando, una vez, papá nos llevó con él porque tenía que tasar un bosque de castaños. Ese bosque es uno de los lugares más maravillosos que vi en mi vida. Esos troncos rectos y altísimos me parecían personajes mágicos, que protegían el bosque que estaba a sus pies, lleno de misterio, de animalitos subterráneos, de flores tímidamente escondidas. Todo estaba impregnado de perfumes mágicos: al secarse, las hojas en el piso exhalan un olor especial y no volví a sentir en

mi vida el aroma acre de la raíz del helecho, pero lo tengo guardado en mi mente.

Amigo viento, gracias por traerme estos recuerdos que me acunan el alma. Todavía puedo sentir el olor a bosque cuando empujábamos las hojas secas en el suelo, para encontrar las perfumadísimas flores de las violetas de los Alpes.

Viento, no conozco tu nombre ni sé de dónde vienes, pero sé que conoces los recuerdos secretos que los hombres guardan en su corazón. Levanto los brazos bien arriba para acariciarte y siento tu frescura que me soba la piel. Gracias, hermano viento, por la serenidad que traes a mi vejez.

Cáscaras de mandarina

Hermano, ¿te acordás cuando despertábamos a la mañana y veíamos por la ventana todo blanco? Había nevado toda la noche y el paisaje era nuevo. El silencio era total, como si estuviéramos en un planeta maravilloso. Nuestra alegría era tan grande que aún extraño esos momentos: mirábamos el mundo con una mezcla de devoción y respeto. Después, papá quitaba con la pala la nieve de delante de la puerta y hacía un camino hasta la calle, porque había que ir a la escuela. Vos te ibas en bici hasta el otro pueblo, eras de secundaria, pero yo empezaba mi primer grado en la municipal, muy cerca de casa. Fue muy poco el tiempo que pude ir, porque un día llegaron los soldados y la ocuparon. Pusieron allí su cuartel general, estábamos en tiempo de guerra, corría el año 1944. Pero, hagan lo que hagan los hombres, la vida sigue y se va sucediendo con un empuje de ilusión, como las estaciones: primero la nieve, luego los brotes, después la floración y las frutas maduras y jugosas, hasta que llega el momento que los bosques se cubren de hojas de oro.

La gente del pueblo tenía que seguir trabajando, la juventud también se enamoraba y los niños tenían que ir a la escuela,

de la forma que se pudiera. La vida no puede parar por cinco años. Así que nos daban clase en una iglesia abandonada, nos sentábamos en los bancos y escribíamos en el cuaderno apoyado en nuestras rodillas. Para llegar, tenía que cruzar el puente y caminar más. Me gustaba caminar en la nieve porque dejaba una estela de pisadas. Los pies no se nos enfriaban porque papá nos hacía engrasar los botines a la noche, la grasa los impermeabilizaba y el pie quedaba calentito.

Me gustaba cruzar por el puente, era grande –o será que yo era chiquita–, con dos grandes arcos de hierro gris, un andén central para vehículos, y el camino de los peatones tenía una baranda alta casi como yo, con un pasamano negro. Cuando tenía una mandarina para comer por el camino, la pelaba, e iba poniendo las tiras de cáscara sobre el pasamano, para que el sol la secara.

Si venía un avión o tocaba la sirena antiaérea y estábamos lejos del refugio, debíamos tirarnos boca abajo al costado de la calle, aunque hubiera nieve, y esperar a que el ruido del avión pasara. Éramos conscientes de que un avión podía ametrallar, pero suplíamos el miedo con el gusto que tienen los niños por tirarse en la nieve.

La escuela de la iglesia abandonada era un poco oscura y con partes derrumbadas, no teníamos pupitres ni la maestra escritorio, pero allí aprendí a leer, escribir y, lo que es más, a agradecer por lo que teníamos.

Cierro los ojos y me veo allí, mientras la maestra explicaba. Mi cabecita curiosa observaba la cantidad de agujeritos, uno al lado del otro que cubrían los bancos. Todo estaba devorado por las polillas. En mis recuerdos no puedo separar la escuela de los agujeros de polillas. En mi mente fantasiosa me resul-

taban simpáticos y un poco risueños, que contrastaban con la austera y magnifica arquitectura del lugar, con ventanas allá arriba muy altas y decoradas, pero que no daban luz a quien la necesitaba. ¡Qué hermoso es ser niño! Teníamos la mente siempre abierta al asombro. Todo escudriñábamos, investigábamos, y cada lugar tenía un olor especial: ese lugar olía a castillo antiguo. Recuerdo que volvía caminando y soñando. Siempre me sentí chiquita y callada, como si fuera un pichón de pajarito posado en una rama o en un tejado que miraba alrededor el mundo con asombro. Cuando uno tiene hermanos mayores, siente que lo protegen y lo cuidan, pero ahora me sentía diferente, había aprendido a leer, ¡podía leer! No necesitaba que me leyeran y eso me daba alas, me sentía como esas golondrinas que cruzaban en bandadas por el cielo sobre mi cabeza. ¡Adoro las golondrinas! Algo de ellas quedó en mi espíritu. Volver de la escuela era siempre agradable, ansiaba llegar al puente para ver si no se habían llevado mis cáscaras de mandarina. Al encontrarlas veía que el sol (el mismo que disolvía poco a poco la nieve) las había secado. Estaban crocantitas y sabrosas, y al masticarlas tenían un sabor especial: a río, a viento, ese agridulce cocinado por el sol. Aún hoy, después de más de 70 años, recuerdo.

Son recuerdos dulces, llenos de ilusión de un tiempo muy hermoso: el tiempo de la niñez.

El humo manso

Era una hermosa tarde de verano. Killy Ha, el águila, sobrevolaba tranquila las cumbres de los macizos de los Alpes. Estas hermosas montañas, las más altas de Europa, forman un cinturón que va desde los Pirineos, en España, hasta el Himalaya, en Asia. Sólo el águila podía dominar y gozar de tanta belleza. Era su reino, y ella se sentía su dueña y protectora. Como solía hacerlo siempre, recorría su territorio y, con su vista prodigiosa, repasaba los valles que se formaban entre ladera y ladera, y se alegraba con la naturaleza que los cubría: ora de flores amarillas o azules como el cielo, ora con hojas cobrizas y ruidosas al pisar. Le encantaba que el viento le acariciara sus plumas hacia atrás, como si fuera una mano maternal. Sopesaba el espesor del aire, y le gustaba el poder de empujarlo con sus alas fuertes, enormes. Se sabía poderosa y se sentía feliz.

Era el atardecer, con todo lo que implica ese momento del día: recogimiento, el gusto de volver a la tranquilidad del nido, no sin antes haber revisado que todo esté en paz en su territorio. Mirando hacia abajo, le llamó la atención una columna de humo. Giró y planeó más bajo para observar mejor. Sí, ¡una columna de humo manso!

Killy Ha vio que no era un incendio de bosque, ni tampoco cazadores que asaban lo cazado. No, simplemente eran personas reunidas alrededor de un fuego amigable que, con sus lengüitas movedizas y cálidas, tal vez ayudaba a que pudieran expresar mejor sus ideas.

Al águila le dio curiosidad. Ella había visto otros grupos de hombres discutir fuerte y sacudir los índices acusando, pero esto era diferente. Estas personas estaban juntas hablando, intercambiando ideas amigablemente y con gran respeto. Le llamó la atención que entre ellas había algunos muy rubios, otros con saco y corbata, otros con la cabeza cubierta con un turbante, alguna mujer con velo, otros con la piel muy oscura y también quien tenía los ojos estirados. Parecían haber venido de todas partes del planeta, y en cierto modo le hacían recordar a los Reyes Magos en Belén. ¿Qué buscaban estas personas?

Escuchó que el planeta entero estaba temblando porque, en Oriente, las voces habían anunciado que usarían armas nucleares. Se oyó una vocecita humilde: "Mis hermanas, todas, darían su vida para evitar este desastre, pero no se puede dialogar, tienen el corazón de piedra verde". "Si no logramos parar esto, debemos pensar en lo que queda y que no vuelva a pasar. Y esto únicamente con educación. Debemos proteger a las madres, ellas son las que educan al hombre desde que nace, ellas tienen mucho poder y no lo saben". "Educar a fondo es cuidar, enseñar, proteger, amar. Protegiendo todo lo que está por crecer: un pequeño hilo de agua pura, una flor, un ser indefenso que quiere nacer".

Desde una roca cercana, el águila escuchaba todo, absorta. El viento usó lo que podía para avisar del peligro: inclinó la

columna de humo y sopló las ramas empujándolas hacia ese lado. El águila comprendió. Con su vista aguda recorrió la cumbre de las montañas de oeste a este, y allí lo vio: un dron muy moderno. Los ojos de Killy Ha se enfocaron bien y pudieron ver cómo se preparaba para disparar un misil. "Quieren acallar las ideas", pensó. Sin dudar, se lanzó al ataque como un bólido volador. Sus alas hacían el mayor esfuerzo; con el cuello estirado y el pico marcando el blanco parecía una flecha que surcaba el aire a toda velocidad, hasta que se incrustó en el dron y lo hizo explotar. Justo a tiempo...

Sobre la roca pelada, una saliente pudo frenar la caída del cuerpo de un hermoso pájaro de plumas brillantes como cobre lustrado, pero chamuscadas y quemadas por la explosión. Su cuello colgaba, un hilo de sangre le salía del pico abierto y corría sobre la roca pelada, abriéndose camino entre líquenes y musgos de la alta montaña; la lengua estaba inerte; la piel, quemada. Sólo el viento vino a darle el último adiós. Tal vez, la próxima nieve le serviría de mortaja. Al acercarse humildemente, el viento se puso en cuclillas junto al cuerpo destrozado del ave, y le habló con suavidad:

—Duerme en paz, hermano. Protegiste las ideas de esa gente, que serán el futuro. Con eso estarás soñando ahora, con un mundo sin armas, sin guerras, sin mentiras ni aprovechadores, con grandes campos de trigo, y yo acariciando sus espigas henchidas de pan. Sueña, hermano, sueña...

Lentamente, el viento se levantó y miró hacia arriba. El cielo estaba pintado de azul y no había nubes. Igualmente, con su mano trasparente, se secó dos grandes gotas saladas y calientes que corrían por sus mejillas, también trasparentes.

Las trenzas del *partigiano*

Las sombras de la noche ya estaban acariciando los techos, las calles, los jardines y hasta las casas envolvían al campanario de la iglesia del pequeño pueblo al pie de la montaña. Una cadena montañosa prácticamente lo rodea como protegiéndolo: los Alpes, con sus altísimas cumbres siempre nevadas y sus laderas boscosas y fértiles.

Era hacia fines de marzo, cuando todo empezaba a brotar y los bajos valles se llenaban de pequeñas flores, todas de un mismo color. Como les dije, ya había caído la noche y en la tranquilidad de la cena familiar, cada uno aportaba lo que hizo o trató de hacer en el día y se reconfortaba con la protección que se siente al estar junto a los que se ama. De repente, se sintió llamar a la puerta con fuertes golpes: ¡toc, toc, toc! Todos se sobresaltaron. Estaban bajo ocupación de los alemanes, cuyo cuartel general se encontraba en la escuela, así que fueron a abrir con miedo.

Por suerte, era el hijo de un vecino. El muchacho traía un papel escondido: un mensaje para Bianca, que era enfermera. Ella lo leyó, miró a sus padres y dijo:

—Debo ir ahora.

Bianca recogió varias medicinas, jeringas y gasas, agregó suero antiofídico y dijo:

—Puede servir.

Se puso sus botines de montaña, un abrigo, su mochila al hombro y salió en la noche. Al llegar al puente, miró con detenimiento a su alrededor: parecía que no había centinelas. Cruzó con mucho cuidado, pero sin problemas. En tiempo de guerra, un puente es un punto estratégico y pueden hacerlo volar en cualquier momento. A la salida del pueblo, la paró una patrulla alemana. Le preguntaron a dónde iba, por qué, si tenía un permiso y qué llevaba en la mochila.

Ella explicó que iba a la granja del Valle de Bocás, porque a un muchacho lo había mordido una serpiente y si no la dejaban pasar el joven moriría. Los soldados se hablaron en alemán, tomaron la mochila de Bianca y la revisaron: encontraron el suero antiofídico. El oficial a cargo, rubio y muy alto, la miraba atentamente, luego le preguntó:

—Es de noche. ¿No tienes miedo?

—No. Soy enfermera —contestó ella.

—Un soldado puede acompañarte.

—No, entonces sí tendría miedo.

El oficial sonrió. La joven era muy bonita y, además, valiente.

—¿Cómo te llamas? Pasa, te estaré esperando a tu regreso.

Bianca pasó con la cabeza en alto y el paso seguro por el sendero que subía la montaña, pero en cuanto la vegetación la escondió de la patrulla, se aflojó y respiró hondo. Su corazón temblaba de miedo y de alegría por haber podido engañar a los soldados. Al recuperar el aliento, empezó la subida, que se hizo cada vez más empinada y que duró casi tres horas. La picada atravesaba un bosque de castaños con troncos rectos y

altísimos, que dejaban pasar entre sus ramas nuevas los rayos de una hermosa y amigable luna llena. Bianca trataba de darse ánimo pensando en el perfume de las pequeñas violetas alpinas escondidas entre las hojas del piso y el olor de los hongos, que le era tan familiar, pero se sobresaltó con un batido de alas o el grito de un pájaro nocturno.

Al terminar el bosque, la vegetación era escasa y casi todo era roca. Sintió el rumor de la pequeña cascada donde debía esperarla un compañero, que la llevaría a la cueva de los *partigianos* donde estaba el herido. Escondido entre altas rocas, estaba el refugio de esos jóvenes soldados que se rehusaron a unirse al ejército invasor y a luchar contra los aliados y sus mismos hermanos. Hartos de la guerra, se refugiaron en la alta montaña, donde no los encontraran, porque los fusilarían por desertores. Desde allí, impedían que llegaran refuerzos desde los pasos. Se comunicaban por radio portátil con otros grupos, porque hasta que no terminara la guerra ninguno podía bajar al pueblo. Los campesinos los ayudaban y la gente del pueblo, a escondidas, también, como Bianca.

Bianca se encontró con una docena de muchachos como ella, del pueblo, hasta alguno era compañero de escuela o de facultad. Se alegraron al verla y la rodearon, ofreciéndole enseguida café. Sabían el sacrificio que le había hecho la joven enfermera para atravesar los bosques de noche, a oscuras. Mientras saboreaba el café que la reponía de la fatiga, les sonrió: "No se preocupen. No encendí mi farol, para que no me pudieran seguir".

El herido tenía una bala en la pierna, que estaba infectada. Bianca pidió agua para lavarse las manos y un farol de carburo que iluminara más, y se arremangó. Pusieron al herido sobre

una mesa rústica para poder extraer la bala. Ella lo saludó con cariño, acariciándole la frente, y comprobó que tenía mucha fiebre.

—Discúlpame, te va a doler un poco, pero después vas a estar bien.

Bianca cortó el pantalón ensangrentado y, después de pasar la pinza larga por las llamas del fuego, hurgó en la herida hasta extraer la bala. Mientras lo hacía, miraba al joven a la cara, como diciéndole: "Sé que te duele, vas a estar bien." Después, con la pinza corta y un pancito de gasa, la enfermera limpió con cuidado todo el pus de alrededor hasta que el músculo quedó color sangre. Desinfectó la zona y ató bien la herida con una venda, cerca, para que cicatrizara sola, ya que no podía coserla. Por último, le dio una inyección de penicilina.

—Ya está —dijo Bianca con una sonrisa.

El joven aflojó la cara y agradeció sonriendo, mientras alargaba su mano buscando la de ella, y al apretarla le dijo:

—Serás una brillante doctora.

El cansancio la venció y allí mismo, sin pedir nada, se quedó dormida sobre un camastro de ramas y hojas secas. No se dio cuenta de que alguien la tapó delicadamente con una manta. Cuando despertó, el sol estaba muy alto y sentía olor a comida. Miró a su paciente:

—¿Estás bien?

—Sí, mi doctora, y pude dormir.

Alguien le acercó un plato de polenta con algo que cazaron. Debía bajar al pueblo antes de que cayera la noche. Al saludar a su enfermo y decirle que se cuide mucho, él contestó:

—Me encantaría escoltarte hasta abajo, pero no puedo.

Sonrieron.

—No me contaste cómo te hirieron.

—Estábamos vigilando el Paso Teodul, que cruza a Suiza, y de allá llegaban refuerzos con tres camiones. Nosotros sólo tenemos nuestros fusiles y, después de tantos meses, hasta las municiones escasean, así que provocamos una pequeña avalancha y... ¡No los dejamos pasar!

Bianca regresó por otra picada, siguiendo el torrente que la llevaría del otro lado del pueblo. A mitad del camino quiso descansar. Ya no había apuro. Se sentó en una piedra al lado del torrente, se sacó los botines y metió los pies en el agua, un agua fresca que bajaba de las cimas nevadas por el deshielo. Bianca miraba cómo el agua bajaba saltando sobre las piedras, cantando y salpicando los helechos que crecían a sus costados, y pensaba cuánta vida llevaba a los valles bajos, a las plantaciones y los viñedos. Y no sé por qué recordó la cara de su paciente *partigiano* y lo que le dijo: "Serás una brillante doctora." "Como el torrente, una doctora da vida", pensó, y mientras volvía a calzarse los botines, se sentía muy feliz.

Pasaron los días y la primavera se expandió con todas sus ganas. Llegaron las bandadas de golondrinas que pasan el invierno en el norte de África, florecieron los valles bajos, las vacas salieron de sus establos y quedaron pastando afuera, comiendo amapolas y pastos tiernos porque ya no había heladas. Salieron de sus cuevas marmotas, ardillas, lagartijas y grillos. Los bosques se llenaron de sonidos. La vida cantaba...

Y un día de abril, toda la gente salió a la calle, riendo y gritando con los brazos en alto: —¡Terminó la guerra!

Algunos subieron corriendo por los senderos a avisarles a los campesinos –que no tenían radio– que había terminado la guerra. Parecía que la naturaleza se unía a la euforia gene-

ral. Las golondrinas cruzaban en bandadas el cielo, en el campanario las campanas tocaban a fiesta, y no era para menos: ¡fueron seis años!

Y poco a poco fueron llegando los que no estaban, los que no veíamos desde hacía muchos meses, no sé cuántos. Iban bajando de la montaña con sus fusiles, sus mochilas, sus largas barbas y sus hermosas trenzas. Algunos con pañuelos rojos, otros con pañuelos verdes al cuello, que los identificaban según sus ideas políticas, pero que se habían unido y trabajado juntos, ayudando a los aliados para que la guerra terminara.

Ahora, con lágrimas en los ojos, los aplaudíamos mientras se abrazaban con sus madres, sus hermanos, sus novias...

Por algunos días pasearon por el pueblo luciendo sus largas trenzas con orgullo, antes de cortarlas y afeitarse. Y como la vida sigue, poco a poco todo volvió a la normalidad: los niños a la escuela y los hombres a las fábricas y a los campos, que antes ocupaban las mujeres y los viejos.

Una mañana, Bianca iba en bicicleta a la universidad, que estaba en un pueblo vecino, cuando otra bicicleta se puso a su lado y una voz alegre le dijo:

—¡Hola, doctora! Parece que los dos vamos a la misma universidad. ¡Me alegro mucho de volver a verte! ¿Te puedo escoltar al aula?

(Me parece que ahí empezó una bella historia de amor, pero eso será para otra vez.)

Medicinas para el alma

Hoy les voy a contar la historia de mi amigo Franz. Él llegó a nosotros buscando datos para completar su libro. Franz es médico, pero en estos días le había llegado la jubilación, cosa que lo entristeció sobremanera, porque lo suyo era de vocación.

—¡No me necesitan más! Y ahora, ¿qué sentido tiene mi vida?

Eso nos decía este alemanote bonachón y testarudo que, como era buena persona, había cosechado muchos amigos. Nosotros lo animamos a viajar –pero no de turista, porque no le interesaría–, sino buceando, hurgando en la gente historias que pudieran servir a alguien. En otras palabras, a hacerse escritor.

Y fue así como Franz se encontró recorriendo lugares en los que ya había estado, donde había dejado momentos de su vida y también amigos.

Ese día, llegó a una pequeña ciudad rodeada de montañas y mucha nieve. Miró a su alrededor. ¡Cuánto había cambiado! Cuando estuvo allí era un pequeño pueblo, y él ¡tenía apenas 16 años! Caminaba por sus calles y los recuerdos se agolpa-

ban en él, ardían en su mente. Esa noche era el aniversario de la ciudad y la sinfónica interpretaría la ópera *Aída*, de Verdi. Sentado en su butaca, trataba de relajarse, pero muchos personajes se presentaban en sus recuerdos. La maravillosa obra de Verdi no fue para él más que música de fondo, porque sus recuerdos en ese pueblo, hacía más de 50 años, eran tan vívidos que le impidieron concentrarse.

Franz había tenido que dejar sus estudios porque la guerra lo había llamado a enrolarse: tenía apenas 16 años, pero en el último tiempo de guerra faltaban hombres, así que le pusieron un uniforme, un fusil en las manos y lo enviaron al frente. En ese cuartel los adiestraban, pero cuando le dejaban un descanso, se cruzaban enfrente con otros dos amigos a jugar con la nieve con unos chicos que siempre veían y eran de su misma edad.

Los chicos de enfrente también eran tres, pero no hablaban su idioma, aunque para jugar no lo necesitaban. Allí no había amigo ni enemigo, jugaban y se reían, y no podían faltar ni un solo día.

Cada noche, los chicos de enfrente los esperaban con una buena dosis de bolas de nieve preparadas, y siempre traían con ellos a su hermanita de 6 años. Pero esa noche, los pequeños soldados no querían jugar. Simplemente necesitaban su compañía porque estaban tristes. El mayor tenía un pequeño diccionario bilingüe y buscando palabras pudieron comunicarse. Creo que estos chicos tenían como un hilo que los unía a sus hogares, como el calor que necesitaban de sus hermanos. Las palabras buscadas decían: "ahora fiesta – sidra – no pensar – mañana al frente – batalla". Y con lágrimas en los ojos repetían: "no vernos más".

Franz recordaba esos abrazos, donde no importaban la raza ni el idioma; era como despedirse de la familia. Se le nublaron los ojos de lágrimas, y no era por la música, sino por un especial recuerdo que guardaba en el fondo de su corazón: la hermanita de los chicos, que siempre venía a verlos jugar, se acercó a él, le tomó las manos y dijo: "Yo le voy a pedir al niño Dios que te proteja en la batalla".

Creo que ni siquiera la "Marcha triunfal de Aída" podía distraerlo de sus recuerdos. Y a veces, ¿saben qué?, el destino se vuelve a cruzar con nosotros. A la salida se encontró con la carita de sus recuerdos. Ninguno de los dos se había olvidado. Lo que sentían se trasformó en sonrisas, luego en lágrimas, y después se tomaron de las manos para no dejarse nunca más, ni siquiera de noche. ¡Habían pasado 50 años! Pero para ellos era como el primer amor, el más puro y profundo. ¿Quién dijo que los viejos no pueden enamorarse?

Ahora, Franz ya no se sentía un jubilado inútil. Era feliz. Sentía que tenía mucho para dar y quería aprovechar cada momento de su vida. Empezó a escribir y se convirtió en un buen escritor, su primer libro fue *Medicinas para el alma*.

Estar enamorado en las personas muy mayores tiene un sabor muy especial. ¡Aman la vida! Viven una caricia sobre la piel de su amada con más intensidad, como cuando ven el temblor de una gota de rocío brillar cuando le da la luz del sol. Todo lo viven como si fuera la última vez, saboreando cada momento, cada minuto, celebrando la vida.

Reunión en la cumbre

Lo que les voy a contar está sucediendo en este preciso momento en la cumbre de una alta montaña del macizo de los Alpes, en el centro de la vieja Europa. Allí, se dieron cita muchos seres sensibles, angustiados, preocupados por las noticias que circulaban por bosques, desiertos y praderas: los humanos habían empezado la Tercera Guerra Mundial, y todos sabían que las armas que tenían ahora eran mucho más letales que las de los conflictos anteriores. Por eso, bajo la guía del águila real, se fueron reuniendo de a poco en un lugar neutral, Suiza, en la ladera del monte Matterhorn (4.500 m). Algunos llegaban de lejos, así que el jabalí juntó algunas ramas y pidió permiso para hacer una fogata. Ahora allá es primavera, pero en la alta montaña todavía hay nieve, como también en las carreteras y en las ciudades, en especial en el lugar del conflicto.

Mientras todos se calentaban, llegó el águila y se posó majestuosamente sobre un peñasco y lentamente fue adujando sus grandes alas. Sus garras notaron que su amiga, la roca, estaba humedecida. Efectivamente, de unas pequeñas grietas brotaban hilitos de agua. No sabemos si eso era por la llegada del viejo amigo Föen, un viento cálido que viene del sur, del

Mediterráneo, y que provoca los deshielos o, si esa agüita eran lágrimas.

Uno a uno, todos fueron expresando sus ideas y pensamientos de cómo colaborar, cuando, con un rumor de jadeos, llegó un pequeño pajarito negro con cola larga y se posó cerca del águila. Uno de los animales comentó algo en voz baja (que cómo se ponía en el lugar con los jefes). Pero el águila lo oyó y replicó con su gesto adusto:

—Cuídense de hablar sin conocer. Este pequeño pájaro es una golondrina y, entre los pájaros, es el que más fuerza y alcance de vuelo tiene. Por eso la nombré nuestra reportera en el lugar de los hechos. Ella llega ahora desde allá, y para eso tuvo que abandonar a su bandada, con la que se ayudan y protegen al cruzar el mar cuando emigran. Alargó mucho más su camino para contarnos lo que vio.

La golondrina se incorporó. Todavía jadeaba y se la veía exhausta:

—Vi todos los nidos destruidos... Las cuevas de los hombres son muchas, están unas sobre otras, son muy altas. Todo está derrumbado y adentro todavía hay fuego. Nada tiene techo, sólo hay escombros. Los humanos se van por los caminos o en tren.

—¿A dónde van? —preguntaron varios al unísono.

—Huyen. De las bombas —dijo el viento Föen, con su vozarrón grave y un tanto agresivo, que trae con él el olor salvaje de la caliente arena del Sahara—. Yo también los vi: se van sólo con una mochila, tal vez una manta, o todo lo que puede llevar un niño, un muñeco en sus brazos. Van donde alguien los pueda acoger.

Todos se quedaron callados. El jabalí, como para darle un poco de calor al momento, acercó otras ramas al fuego y, al moverlas, muchas chispas crepitaron, juguetearon, para luego subir a un cielo que ya estaba oscureciendo, como para juntarse con las tímidas estrellas allá arriba. Creo que ese momento de recogimiento, con la luz de las llamas iluminando sus rostros, los unió más y les hizo pensar en los que no tenían hogar.

La montaña habló, y aunque nos imaginamos que la roca es dura y áspera, la voz que se oyó fue tierna, como la de una madre:

—Amigos: yo no puedo moverme, pero tengo enormes laderas llenas de bosques y de valles fértiles que pueden ser un futuro hogar para ellos. En los valles, pueden sembrar y hasta pastar rebaños de cabras y ovejas.

Los ojos del águila, que estaban atentos a todo, captaron un brillo en los ojos del lobo ("Este está pensando en el rebaño de ovejas", pensó.) Entonces, sin quitar la vista de él, pero dirigiéndose a todos, les dijo:

—Pensemos cada uno qué podemos hacer por esas personas que lo han perdido todo.

—Yo tengo una cueva muy grande, creo que puedo alojar a tres de ellos —dijo la marmota, que había hibernado.

Los ciervos ofrecieron recolectar fruta.

—Y yo —dijo el lobo, sintiéndose un poco acorralado por la mirada del águila— puedo cazar pequeños animales para que se alimenten hasta que crezcan sus sembrados.

En la rama de un árbol, al amparo de la oscuridad, a donde no llega la luz de la gran fogata, alguien musitaba frases con su pico curvo, frases que sólo pudieron escuchar dos ardillas que

se encontraban en el mismo árbol. El búho decía moviendo la cabeza:

—Si lo pensamos bien, los misiles que destruyen las casas y edificios no son lo más trágico. Lo peor es que se han destruido los hogares, las familias. Los que se van son madres con niños y ancianos, los jóvenes quedan para defender su patria. ¿Y qué es la patria?

En ese momento, las dos ardillas que lo escuchaban se tomaron instintivamente de la mano, como dos hermanitas que buscan amparo.

—¿Qué es la patria? –repitió el búho–. La patria es la tierra donde se nace, donde estudias y te enamoras, donde nacen tus hijos, donde están tus amigos, tus maestros, tus vecinos, tu idioma y todo lo que amas.

Las ardillas se emocionaron hasta las lágrimas y necesitaron un abrazo. El búho siguió filosofando, mascullando pensamientos con su pico curvo, y se preguntaba a sí mismo:

—¿Es correcto, está bien que uno muera por defender su patria?

Y fue una ráfaga de viento cálido y brusco (el que suele provocar las avalanchas en la nieve), el Föen, que le contestó:

—Mira, yo siento una gran admiración por esos valientes que prefieren morir por defender sus ideales y todo lo que aman. ¿De qué sirve estar vivo si no pueden ser libres como yo? —y, con un soplo que sacudió todas las hojas, se retiró.

* * *

Ahora, yo me pregunto: ¿si estos seres de la naturaleza, aun siendo tan diferentes pueden llegar a entenderse y sentir empatía por el que sufre... ¿Por qué el humano no lo puede hacer?

Quisiera, con toda el alma, que todos estos sentimientos –el aullido de los lobos, el eco de la montaña, el rumor de alas de las grandes águilas, el silbido del viento, el canto de los pájaros, el llanto de los niños y las canciones de cuna de las madres– junto a nuestros buenos pensamientos, suban hasta el Creador y le pidan con el corazón hecho plegaria:

—¡Señor, haz que cese la guerra, por favor!

MOMENTOS DE REFLEXIÓN

Pequeño relato de inmigrantes

El protagonista de esta historia no es alto rubio y espectacular. Es un hombrecito común, más bien bajo y fornido, y con cachetes colorados, pero con un alma y un corazón que, a pesar de que ya pasaron tantos años, no pude olvidarme de él.

Esa mañana de invierno era bastante fría. El Pierí se levantó la solapa de su gabán y se dirigió derecho a la dársena del puerto. Expectante, se acercó hasta donde permitían estar al público. Sabía que esa mañana entraba un barco proveniente de Génova, de su Italia natal, y simplemente quería verlo llegar. No esperaba a nadie, solamente quería revivir, soñar...

Miraba el mar, pero su pensamiento iba más allá del horizonte. Tal vez pensaba que sus padres ya no estaban y no los pudo ver más, a sus hermanos tampoco... y la añoranza lo mordía.

De pronto, se vio una pequeña mancha en el horizonte: un barco. Y hubo más movimiento de los trabajadores portuarios, policías y periodistas. La nave entraba plácida: pocas olas golpeaban los parapetos, salpicando gotas que volvían a caer al agua. Pero la proa, que cortaba las verdosas y oscuras aguas, levantaba dos grandes chorros de espuma blanca. ¡Qué espectáculo hermoso! El Pierí estaba emocionado. Volvió a su memoria su propia travesía, cuando todavía era un muchacho. La expectativa, la ilusión de llegar a una ciudad desconocida. Recordaba.

Recordaba cómo le gustaba ver los cardúmenes de peces voladores saltar fuera del agua y caer un trecho más allá, como un juego grupal, con sus aletas verde mar. Y la noche de la tormenta... el mar enojado de noche asusta, todo lo veía más tenebroso y oscuro. Los brazos de las olas que venían desde las profundidades se abatían contra los flancos del barco, escupiendo su espuma sobre cubierta. Cerró los ojos y seguía viendo cómo, en la oscuridad, arreciaba la tormenta. Un marinero lo obligó a bajar y, ya en su camarote, le parecía que las olas embravecidas querían llevárselo al fondo.

El Pierí recordaba lo que había sido su viaje cuando tenía tan solo 20 años. Pero algo, un nombre, lo sacó de su ensoñación. Escuchó decir "Darfo" y prestó atención. Los pasajeros estaban bajando de la nave y los periodistas entrevistaban una familia que tenía muchos chicos y venían de ese lugar. "Darfo", repitió El Pierí con gran emoción, "¡Mi pueblo!" y dos lágrimas furtivas resbalaron dentro de su corazón.

Se acercó a ellos y les ofreció su ayuda. Siguió visitándolos los siguientes días. Así se enteró de que nadie quería alquilarle a una familia con muchos chicos. El padre, empleado de un laboratorio, estaba muy preocupado. Así que el Pierí no dudó en encontrarle casa y firmar él mismo como garante, sin conocerlos, sólo porque eran de su pueblo. Así de grande era su amor por el lugar donde nació: "un conglomerado de techos rojos amontonados alrededor de un alto campanario, en un valle rodeado de altísimas montañas, que en invierno se cubrían de nieve como también el pueblo, y en verano las laderas se pintaban de flores silvestres y las golondrinas eran las dueñas de ese pedacito de cielo."

El Pierí, personaje de esta pequeña historia, era un hombre bueno y feliz. Sólo que a veces rengueaba un poco, porque un pie estaba bien afirmado en esta tierra que amaba, pero el zapato del otro pie se le había quedado en el pueblito que se llama Darfo.

Manos de madre

Ya no era muy joven, pero había hecho muchas cosas en mi vida. Me había casado y había tenido dos hijos. Y en un arranque de feminismo, también había estudiado, ya que fui de la idea de que la mujer tiene derecho a hacer todo lo que se propone, porque fue tan pisoteada en la Antigüedad que ahora ya ni siquiera mira si deja algo tirado en el camino. Lo que importa es cumplir su sueño. Y mi sueño era trabajar como doctora en un hospital en África. Y lo llevé a cabo.

Creí que todo me iba bien hasta que un día recibí noticias de mis hermanos: "Mamá está muy mal, si querés verla viva tenés que venir ya". Tomé el primer avión y aquí estoy, sentada en la cama junto a ella. Por más que le hable, ella ya no puede contestarme, pero sus manos hablan.

Las tengo entre las mías, las acaricio, las miro. Creo que nunca me había fijado mucho en ellas. Están delgadas y huesudas, con grandes nódulos en cada articulación. Sus dedos ya no pueden enderezarse por completo, la musculatura se fue perdiendo hasta en la palma y sólo quedan promontorios descarnados por la artrosis. Sin embargo, fueron tan hermo-

sas, cuando nos bañaban y peinaban, cuando nos acariciaban para dormir, cuando la veíamos dibujando y pintando...

Esos recuerdos dulces de nuestra niñez me produjeron un sollozo y me las llevé a los labios para besarlas. Sus manos se soltaron, se apoyaron en mis mejillas y tuve una sensación muy fuerte. De ellas emanaba un calor sereno pero poderoso, que se metía dentro de mí. Era como si en una tarde muy calurosa introdujera mis pies en el agua fresca del mar, esa sensación de placidez subía y me inundaba todo el cuerpo.

Luego hablaron. ¡Estábamos sólo ella y yo, y lo sentí! Ellas dijeron: "Volvé a la casa". Fue lo último que dijeron y, para mí, con el respeto que tuve siempre hacia ellas, fue una orden y no dudé en cumplirla.

Y allá fueron mis pies hacia "la casa" que nunca había aceptado por completo, que nunca sentí como mía. Al acercarme, mis pies empezaron a temblar. Le vi el techo enorme terminado, con los tres chanfles adelante, como lo deseaba. La casa estaba terminada. Volví a sentir ese frescor sereno que había inundado mi cuerpo hacía poco, pero ahora el agua salía a empujones por mis párpados, salía y salía, y no podía contenerla. Llorar me hizo bien. Fue como si lavaran con jabón y cepillo todas mis ilusiones de grandeza, que ahora me parecían tan pequeñas frente a lo que venía acercándose a mí con una gran sonrisa en sus labios: mis hijos. Dos hermosos muchachitos grandes, uno más rubio, otro más morocho. Habían estado hincados en el suelo con una palita de mano, plantando de un lado y del otro del caminito que lleva a la casa plantines de flores de estación. Podía ver los cajoncitos de donde los sacaban: alegrías del hogar, flor de azúcar, prímulas y pensamientos. Luego, se pararon y, señalándome, uno de ellos dijo:

"Cuando ella llegue, pasará entre flores y todas le sonreirán". Entonces lo vi, al lado de la escalera, con un pincel y un tarro en la mano. Estaba flaco, pero todavía era un lindo hombre; su pelo renegrido ahora tenía nieve en las sienes. Desde lejos no podía ver bien sus ojos, pero su cara tenía una expresión dulce, pero triste, muy triste...

Quise correr hacia ellos, pero mis pies estaban clavados en el suelo. No podía moverme, sentía vergüenza, tanta que me ahogaba. ¿Cómo pude abandonar tanta dulzura, tanta ilusión en aras de tener libertad? Sí, tenía libertad, pero... Levanté mis manos y las miré: estaban vacías.

En ese momento, el tiempo se detuvo. Nadie se movía, sólo mi pensamiento recordaba y recordaba aceleradamente. Cuando un jarrón querido se rompe (porque siempre algo en la vida se rompe), pegamos los pedazos, pero ya no es lo mismo. Sin embargo, el jarrón no es lo importante, lo más importante es lo que tú guardas en él. Lo quieres y lo recompones porque en él depositaste tus mayores bienes: tu amor, tu familia, tu hogar.

¡Tal vez la casa era como el jarrón! Con esos pensamientos, las lágrimas cambiaron de camino y bajaron por mi garganta, pero ya no eran frescas ni saladas: eran amargas como la hiel.

Un sollozo silencioso sacudió todo mi cuerpo. ¿Por qué todo estaba parado? ¿Por qué mis hijos no corrían a abrazarme? ¿Por qué no podía moverme, echarme a sus brazos y pedirles perdón? Fue entonces que recordé el sueño. En cuanto subí al avión me dormí y soñé que salía de la espesura de la selva africana una pantera negra. En la noche resaltaban sus ojos amarillos; venía hacia mí, pero no para atacarme, caminaba lentamente, felinamente, siempre mirándome... Me desperté

porque el avión empezó a sacudirse. El ruido de los motores nos asustaba, las azafatas nos daban órdenes y por la ventanilla se veía fuego en una de las turbinas, bajo el ala.

Estábamos a 350 millas de Nairobi. Abajo, se veía el Océano Índico como si fuera un gran cielo...

Plegaria al mar

El viento huracanado del sur sopla y sopla, y me trae un sonido, una voz. Un grito desgarrador de búsqueda se pierde en las profundidades oscuras de las cavernas oceánicas, donde anida el silencio y ya no importa el tiempo.

Mar, verde agua, verde nido donde empezó la vida que, desde la cima de las enormes olas, muestras tus garras agresivas y escupes su verde espuma sobre el pequeño barco.

Mar, ¿acaso no escuchas el doloroso llanto de esas madres? Tal vez sus lágrimas las revistan de sirenas, vayan a buscarte hasta las profundidades más oscuras del fondo marino y rompan tu guadaña para vengar tanto dolor.

Pero sus almas son de madre y al sentirse en el agua, más cerca de sus hijos, se aflojan y el dolor se traduce en canto. Y como en las historias de los antiguos marinos, el canto de las sirenas volvió a escucharse sobrevolando las aguas frías del océano, y el viento nos trae sus sonidos que nos hablan de amor, de dolor y de perdón.

Agua, siempre agua

Desde las costas mediterráneas, por la corriente marina del Atlántico Norte que lleva todas las olas del océano adentro hacia el sur, junto con el chasquido que produce el golpeteo entre ellas, se puede escuchar en el silencio, al alejarse de la costa, un murmullo, como el eco de un coro lejano... "Fratelli d'Italia..." Mar adentro, las olas se abultan y se encrespan por el viento, que las empuja y las levanta a veces hasta dos o tres metros, y luego explotan en un sinfín de espuma blanca, que se posa sobre el agua verde del mar.

Un murmullo similar, pero proveniente de otra corriente más austral, venía acercándose, ¿tal vez el viento quería juntarlas? Estas olas traían música con sabor a pampas, glaciares y yerba mate. Cuando el amigo viento las levantaba bien alto y luego, al curvarse, dejaban caer su espuma como miles de copos blancos, se podía escuchar "Oíd mortales, el grito sagrado..." Y si prestas atención, las olas pequeñitas le decían susurrantes "Libertad, libertad, libertad..."

Me emocionó saber sobre las corrientes profundas de las aguas en las fosas oceánicas que tienen su característica densidad y viajan a una profundidad que corresponde a esta

densidad. Sabemos que el agua de fondo profundo muy densa proviene del Mar de Weddell, cerca de la Antártida, y otra del Mar de Noruega, en el Atlántico Norte.

Estas dos masas de agua se encuentran y se cruzan: el agua del mar de Weddell viaja hacia el norte y se va mezclando con aguas más superficiales. Y así, el agua del Atlántico Norte se mueve hacia el sur, hasta llegar a la corriente circumpolar Antártica.

Entonces, si estas importantes corrientes profundas se pueden encontrar, entremezclar y beneficiarse con aguas más superficiales y menos saladas, tal vez los hombres puedan unirse a estudiar y trabajar al unísono, en el esfuerzo científico más importante que el mundo necesita hoy para proteger la vida futura en la Tierra, su planeta.

Antes, el comportamiento de las olas producidas por los vientos y el pronóstico marino formaban parte del conocimiento de los hombres de mar. Ahora, el estudio científico de las olas con computadoras adelantó mucho el conocimiento de los misterios oceánicos. Es increíble la cantidad de científicos que intervienen en esta búsqueda de respuestas sobre los océanos, en la superficie y en su profundidad, ya que ellos ocupan las dos terceras partes de nuestro planeta.

Formular teorías, explorar y constatar es la tarea de geólogos, biólogos, químicos, físicos y muchísimos más, que están abocados a esta emocionante tarea, de la que ya se conoce mucho, pero es infinitamente más lo que falta saber, y seguramente de gran importancia para el futuro y la vida en este planeta. Uno de estos científicos es nuestro amigo, el Dr. Philippe.

Éxodo

Mamá, ¿qué pasa, mamá, que tu respiración se agita y se acelera? Tranquila, respira hondo, tomá mucho aire, que yo también lo necesito. Es porque se está haciendo de noche y todos se apuran. Tomate de la mano de papá, no te vayas a caer, no sé dónde vamos, pero siento tu nerviosismo y tu angustia. Todo va a estar bien mientras estemos juntos, ¿sabés? ¡Te quiero tanto!

Van a trancos apresurados y puedo percibir un olor a salitre, un aire húmedo con una mezcla de pescado, sal, algas y un viento oscuro que se siente en libertad. Siento el espacio grande, abierto, ¡oh, mamá!, y me da un poco de miedo.

Ahora el parloteo, el apuro y las órdenes se acallaron. Imagino que están todos sentados en sus sitios, sobre algo que se mueve con un rítmico rolar, de un lado al otro, como si alguien empujara una cuna, siempre parejo, pero mecánicamente, sin ternura. Intuyo sus cabezas caídas, pensativas, semiadormecidas por el cansancio. ¿A dónde van? ¿A dónde nos llevan estas olas que empujan?

Me parece que ya nadie ve a más de un palmo de su cara. La luna, que alumbraba la superficie del agua, fue tapada por

oscuros sacos de nubes. Ahora todo es del mismo color oscuro, tanto el cielo como el océano. Entonces, no te das cuenta si estamos navegando en uno o en el otro, o si estamos cabeza abajo.

Se vio una luz naranja correr no muy lejos de nosotros, y luego un fuerte ruido hizo que cada uno se aferrara al de al lado. Mamá se abrazó a papá; pude sentir su calor, su protección. Luego hubo otro estrépito, fuerte y oscuro como todo lo que teníamos alrededor, y después la lluvia. No sé si el agua venía de arriba o de abajo, porque el rolar de la barca era tan fuerte que todos estaban mojados. Y todos callaban. Sólo alguno rezaba bajito: "Alá, me pongo en tus manos". "¡Alá, protégenos!", aun los que no eran religiosos. ¿A quién otro pedirían ayuda?

Después, todo era silencio, pero un silencio lleno de desazón, que pesaba sobre los corazones que habían tenido una esperanza y que ahora se preguntaban sin mover los labios, con los ojos muy abiertos llenos de dudas: "¿En qué playa encallaremos? ¿Acaso algún puerto nos recibirá? ¿O nos mandarán de vuelta?".

Mientras pensaban esto, en la densa oscuridad que los envolvía, en la que no podían ver ni la cara de sus compañeros, no se percataron que la barca lentamente había dejado de sacudirse. Es más, se había parado completamente. El viento había cesado, se había llevado esas renegridas bolsas de nubes y había dejado al descubierto unas cuantas estrellas, diminutas y tímidas. Mirarlas hacía bien.

Poco a poco, empezaron a ver, allá al fondo, un color lila que iba marcando el horizonte, se trasformaba en rosado y ahí desaparecieron las estrellas para dar lugar a una bola naranja

que empezó a asomarse e iluminar y hacer brillar la superficie del agua.

Era imposible describir la alegría que esto producía en todos. Yo lo sentía, y también la brisa que empezó a soplar e hizo inflar la pequeña vela de la embarcación, que se abrió como un vientre blanco que nos cobijaba a todos. Sentí la felicidad de los que se palmeaban, se abrazaban, y sus voces traducían la alegría. También mamá y papá se abrazaron tan fuerte que casi me ahogan, ¿se habían olvidado de que yo también estaba allí?

Todo lo que estuvo pasando, aunque yo no lo veía, lo absorbía, también lo vivía. Ahora, me sentía cansado y con sueño, así que me dormí. No me di cuenta hacia dónde nos llevaba esa brisa, ni escuché el graznido de unas gaviotas que pasaban volando sobre nosotros, como anunciando tierra cercana, ni el característico olor a puerto, ni pude preguntarme qué lugar era ese. Cuando desperté, me sentí cómodo y descansado. Había olor a sábanas blancas con agradable perfume a limpio, y sentía voces que tranquilizaban a mamá y me ayudaban a nacer. No fue tan fácil, pero después de todo lo que pasamos lo logramos. Así que, cuando el médico me tuvo en sus manos, me largué a llorar fuerte, cosa que pareció alegrar a todos. Sí, estaba respirando. Abrí mis ojos lentamente y pude ver por primera vez a mis padres. Los vi felices, entonces imaginé que allá afuera habría seguramente un campo grande, con un arado, trigo y... paz. Entonces, emocionado, busqué el pezón turgente de mi mamá y me hundí en su pecho.

Así es la vida de los hombres: amar, permitirse soñar, pero siendo muy, muy valientes.

La barca

Yo era pequeño, pero no quería perderme nada de la construcción de la barca. Salía de la cabaña temprano y corría hacia la playa, donde los hombres cortaban la madera. Me sentaba en cuclillas y no me movía para no estorbar, pero no me perdía ningún detalle. Me fascinaba el corte de un tronco acostado cerca de mí. Le observaba la capa rugosa y gris de alrededor (debe ser su escudo que lo protege); luego, otro círculo algo más fino e irregular, de color naranja subido (creo que debe ser su sangre); en el centro, hay algo que no sé explicar, pero siento que importante, porque todo el resto lo protege (pienso que debe ser su alma). Sí, debe ser su alma, y siento mucho respeto por todo eso.

Veo cómo los carpinteros desbastan, emprolijan y alisan esos listones largos que serán la panza de la barca. Luego, los acarician con esas manos rudas de amor, y esos listones duros se amansan y sus nervaduras se esfuerzan y se curvan obedeciendo un mandato de vida. Después, las uniones y los encastres hacen que mis ojos se agranden ante tanta maravilla.

El Mar del Norte ronronea a mis espaldas. Aquí, en la inmensa playa nórdica, todo es trabajo. Sólo paran un rato para mas-

ticar unos pedazos de carne seca salada y beber cerveza de una bota. Yo hasta me olvido de volver a casa a comer, porque me embelesa el aire salado del mar mezclado con el olor a aserrín. El que estuvo de pequeño en un aserradero no podrá olvidar nunca ese olor tan especial.

Cuando el maestro, el viejo ingeniero con una larga trenza y la piel más curtida que cuero al sol, encastraba en la proa de la barca, con la ayuda de todos sus hombres, esa gran madera lisa y brillante que termina en una cabeza de dragón con la boca abierta, ¡quedé extasiado! Lo había visto allá, más alejado, tallando y puliendo esa madera, y no quería que nadie lo molestara. Al armarlo con el palo Bauprés de proa me di cuenta: le infundió la vida a la embarcación.

El día que la hicieron deslizar sobre unos rieles de madera hasta el agua fue maravilloso. ¡No podía dejar de mirarla! Tenía el perfil de un gran pájaro de madera, pero la cabeza y el corazón de un guerrero; además, al ver los muchos remos en movimiento, se me hacía que eran las alas desplegadas de un ángel y que podía volar por el cielo en cualquier momento. ¡Estaba extasiado! Cuando volví a casa después de cruzar el bosque, ya era de noche y me retaron muchísimo, porque me podía topar con un oso, ¡pero ese día yo fui tan feliz!

La vida pasa rápido. Siempre estuve ligado al mar, al río, a los barcos. Viajé mucho y sentí que mi trabajo servía, me satisfacía. Ahora ya no puedo remar, ni caminar, ni hacer esto o aquello, pero tengo muchos recuerdos muy buenos y me da placer revivirlos.

Recuerdo la barquita del Bortolo, un pescador que vivía cerca de nosotros, al lado del río. Siempre lo esperábamos cuando el sol calentaba la arena de la pequeña playita, cuyos rayos

se filtraban entre las nubes y hacían brillar las partes metálicas de su barca y la cubrían de magia. Para nosotros era como una entrada triunfal. Corríamos a ayudarlo, y a los dos mayores nos permitía asegurar la barca. La empujábamos más arriba en la corta playita cerca de las piedras. Yo acariciaba esa madera oscura, gastada de tan vieja, por agua y soles. Sentía su vida bajo mis manos. Y a pesar de que despedía una mezcla de olor a pescado y a verdín, ¡la pucha, como servía! Luego, subíamos por la escalerita de piedras que nos llevaba a la cocina del pescador. Era una cocina muy pobre, pero ¡qué placer era entrar allí! Él separaba un poco para su familia, otra parte era para vender y dejaba unos cuantos pescados para los Bertocki, los Salvini y para lo de Mariani. Eran tiempos difíciles, por la guerra, y sus padres no habían vuelto del frente. Cuando nos dejaba acompañarlo, para nosotros era un honor.

Estoy aquí sentado en mi sillón en el patio, bajo la sombra de un gigantesco jazmín. Tengo mi pipa y a los gorriones, que vienen a comer las miguitas que les tiro. No los puedo ver, pero sé que están ahí. Siento vibrar sus alitas al levantar vuelo, el pequeño chillido cuando se roban unos a otros. Son mis amigos, los llamo y ellos vienen. Los recuerdos también son mis amigos. Cuando el bergantín salió del puerto de Cardiff con unos 150 galeses ilusionados por fundar una colonia en las costas de América del Sur, yo tenía unos 15 años. Apoyado en la baranda del barco, me gustaba mirar cómo las olas se perseguían unas a otras, y como al anochecer las estrellas iban apareciendo aquí y allá. La soledad en el mar es infinita, pero en la barca está todo el cobijo, la guía y hasta una voz que te dice "qué chiquito que soy".

—Abuelo, estás mezclando fechas y tiempos.

—No, hijo, no. Si recuerdo tanto todo eso, es porque lo he vivido, no sé en qué época, pero lo viví.

—¡Abuelo!

—Ya, ya, si un gato tiene siete vidas, ¿por qué los humanos no? Ya, ya, déjame recordar en paz.

El barco navegó mucho tiempo, partimos en verano y llegamos en invierno. En el Bergantín trajimos todo lo que podíamos, herramientas y enseres de labranza, pero no nos imaginábamos cómo era el lugar. Desde la playa patagónica vimos un gran acantilado, los más jóvenes trepamos y nos encontramos con uno de los dueños del lugar: el viento, señor de una pradera inmensa que no veíamos dónde terminaba, una pradera sin fin como un desierto.

En esos acantilados había cavernas, y ese fue nuestro cobijo y hogar hasta que, con mucho esfuerzo, logramos trasladarnos hasta el río Chubut. Lo hicimos a pie, por el desierto, con pocas provisiones y sin encontrar agua. Después de tantas peripecias y pasar mucha sed, poder establecernos en las márgenes del río fue la gloria. Recuerdo la alegría de ese momento. Todos nos pusimos a cantar viejas canciones en galés.

Un día, una nube de polvo que se acercaba nos indicó que íbamos a conocer a los verdaderos dueños de la pampa: los indios. Eran cuatro, nada menos que el jefe, una mujer mayor y dos más. Hubo que tomar una decisión rápidamente. Algunos dijeron que había que dispararles, mientras que la mayoría opinó que debíamos tratarlos como quisiéramos que nos trataran a nosotros. No querían ser partícipes de un fratricidio, y así obraron: las mujeres les ofrecieron bizcochos y tortas hechos por ellas y té.

El viejo cacique quedó asombrado por ese delicado recibimiento. ¡Era muy otro el trato de los cristianos hacia los indios! Fue entonces que, recogiendo ramitas secas, los visitantes prendieron un pequeño fuego, cuyo humo subió hasta el cielo llevando un mensaje para el resto de la tribu, que esperaba más lejos: "Todo está bien, no ataquen".

Entre el cacique y los colonos galeses se estableció un vínculo, no sé si de amistad, pero sí una mezcla de admiración y respeto. Yo era muy joven, pero lo que aprendí de estos pioneros del desierto fue lo más importante en mi vida. Valoro su tenacidad, el amor por su cultura y sus principios, y su espiritualidad.

Cierro los ojos y siento todavía el Pampero acariciándome la frente y refrescando mis ojos cerrados. Recuerdo cuánto me gustaba observar los pajonales de la pampa. Pastos duros y semisecos, porque en el desierto no llueve casi nunca, pero que en el centro tenían unos brotes más verdes y altos. El viento los mecía, y cuando soplaba fuerte, los doblaba hasta empujarle la cabecita en el piso, pero luego se volvían a levantar enteros. Yo pensaba que nosotros, los colonos, éramos duros como esos pastos.

Un día me despojaré de todo lo que tengo en mí y me sentiré liviano, casi trasparente, y me subiré a mi barca, que se desliza en el mar como si no pesara, como si tuviera alas en vez de remos, para que vuele hacia el horizonte, donde la luz del sol ilumina cada ola, cada cresta, cada gota de espuma, igual que pinta el cielo de oro, rosado y carmín, borrando con su luz la línea del horizonte.

Solté mi pipa y sonreí.

Pequeños pastores

Les voy a contar una historia sobre unos pequeños pastores que viven en la región montañosa del nordeste de África. Toda la zona del macizo de etíope es rocosa, árida y muy pobre. Es inútil decirles en qué época, porque da lo mismo que sea en el 1200 o en la actualidad. Lejos de las ciudades y donde hay pobreza, no llega la civilización.

Tres niños bajaban la montaña con su majada de cabras por picadas pedregosas y resbaladizas —para ellos, no para sus cabras, que se sentían señoras del lugar—. Venían de un vallecito muy arriba, donde los pastos tiernos ya eran los últimos de la temporada. El otoño estaba llegando a su fin. Los vientos fuertes y las primeras nevadas podían aislarlos y no dejarlos volver a sus casas. Habían estado casi dos semanas en la alta montaña, en un pequeño refugio, comiendo lo que tenían y leche de cabra, permitiendo que su rebaño se alimentara bien de pasto fresco antes del invierno.

Miriam, Josué y Jaim eran buenos pastores. Sabían hacer su trabajo desde pequeños, cuando tomaron el lugar de su padre, que fue enviado a la guerra y no volvió. Ahora, ya tenían catorce, trece y diez años, y era la primera vez que se habían aven-

turado a los pastoreos altos. Mientras bajaban, soñaban con comer un buen guisado con pedazos de carne, no sólo pan y queso. Por eso, pensaron cortar camino cruzando el arroyo pedregoso y pasando por el fondo de un valle de pastoreo, ocupado más a lo lejos por otro rebaño, pero no tuvieron en cuenta el oído de los perros.

El perro pastor es relativamente tranquilo, pero defiende el rebaño hasta con su vida. Si fuera necesario, es capaz de enfrentarse a un oso o un lobo. Dos perros se agredieron en una gran pelea; el de nuestros chicos llevó las de perder y cayó al suelo con su cuello blanco manchado de sangre. Atrás de los perros venían dos pastores agitando bastones, y mientras Miriam alzaba a su animal herido y seguía con el rebaño, sus hermanos, ni lerdos ni perezosos, repelieron el ataque a las pedradas y con buena puntería. Como en los duelos, a la primera sangre tuvieron el camino libre por el sendero que bajaba a los caseríos.

Los tres muchachitos correteaban al costado de su rebaño felices y deseosos de volver a su hogar. Se sentían seguros y fuertes, con esa serenidad de vivir en la naturaleza, de gozar hasta del viento que movía las ramas de los árboles al costado del sendero. Se sentían como los pájaros que buscan el cobijo de sus nidos al atardecer. Hasta Jaim empezó a tocar su pequeña flauta, que acompañaba sus pasos.

El sol se estaba poniendo atrás de las montañas y los colores del atardecer pintaban sus caritas de paz y tranquilidad. En el silencio sagrado del crepúsculo, al pasar cerca de una cabaña, escucharon voces:

—¡Dios mío, Dios mío, ayuda!

Josué se acercó a la puerta. Vio a una joven asustada y sola, que estaba por dar a luz.

—Sigan con la majada hasta casa. Yo me quedo a acompañarla. No me esperen ordenó Miriam.

La joven madre no tendría más de un año que ella y estaba muy asustada. De golpe, Miriam se sintió grande, grande como una mamá para ella. La acostó y la tranquilizó. Luego, se dedicó a preparar lo que necesitaba para atender un parto, como si fuera lo más natural: toallas limpias, aguardiente para desinfectar cuchillos o tijeras y lavarse bien las manos. Después, se sentó al lado de ella y empezó a hablarle tranquila, como había visto que hacían en el parto de su hermanita menor. Ella recordaba todo lo que había presenciado y ahora lo ponía en práctica:

—Tu bebé va a ser tan hermoso como tú y va a jugar a la sombra de los olivares detrás de la casa, mientras tu tejes una manta para él —le dijo.

De pronto, un: "¡Ya viene, ya viene!" interrumpió estas palabras suaves que habían logrado una sonrisa en la cara temerosa de la joven madre.

Miriam la asistió como si fuera una partera experimentada, luego limpió al niño, lo envolvió en toallas limpias y se lo dio a su madre:

—Ahora descansa, así tendrás leche para tu niño.

Entonces salió, cavó un pocito y enterró los restos de la placenta, para que los perros no los comieran y se cebaran. Cuando volvió a entrar, se encontró con el joven padre, un pastor que le tomó las manos y balbuceó algo en agradecimiento. Cuando Miriam levantó la vista, vio sus ojos llenos de emoción, con dos lágrimas queriendo escaparse. También vio en

su frente la terrible pedrada que le había manchado de sangre el turbante. Saludó con sus manos juntas y una inclinación y salió al sendero con la sensación del deber cumplido.

Caminaba en la noche y se sentía feliz, había tomado todo con mucha naturalidad, casi como un juego. Mientras aspiraba profundamente el aire, la sonrisa en sus labios se hacía más ancha. "¿Por qué se sentía especialmente feliz?". Ella sabía que un nacimiento es obra de Dios, pero ella ayudó a recibirlo. Entonces pensó: "Soy como la ayudante de Dios". Sintió muchas ganas de abrazar a sus hermanos y a su madre. Apuró el paso sendero abajo, acompañada por la perfumada oscuridad de la noche.

Mas allá de las nubes

—¡Quiero ir a mi casa!

—Pero abuelo, si estás en tu casa.

—No, esta no es la mía. Estoy aquí porque tuvimos que escapar de los bombardeos. La gente fue muy generosa con nosotros y con todos los refugiados. Esa noche, con ese frío, con los chicos... —el viejo Sebastián se quedó mirando a lo lejos, luego, se puso serio y continuó—: Pero ahora me tengo que ir a casa.

—Pero ¿dónde está tu casa? ¿Por qué tenés que irte ahora?

—Porque es el momento de volver. ¿Conocés esa canción que dice: "la vida me han prestao y tengo que devolverla"? Allá voy, muy arriba en la montaña; de allí vengo, de donde la vegetación le deja lugar a la roca pura, de donde las nubes blancas y tupidas rodean prácticamente los picos nevados, donde sólo pueden llegar las águilas, donde la lluvia riega las laderas sembradas de Crocus, Ericas y Estrellas alpinas, y que cuando nieva, esa maravilla blanca cubre todo el bosque en una noche, los senderos, los refugios, todo, bajo un silencio blanco, completamente puro. Allí no se oye ni la metralla, ni las sirenas, ni el aullar de los lobos. Sólo puedes recordar el canto y la risa de

los niños. Ya pasó mucho tiempo y extraño mucho todo eso, esa es mi casa. ¡Ustedes no saben lo hermoso que es estar entre las nubes!

Después de decir esas palabras, el viejo Sebastián cargó su pequeño atado al hombro, esbozó una sonrisa tímida a modo de saludo, subió por el sendero de la montaña con su perro pastor y se perdió a la vista.

Nos quedamos mirando arriba y nos pareció ver, más alto que las nubes blancas, dos puntitos oscuros, que no eran águilas, ni aviones, ni ovnis. Nos miramos. Ahora creemos que el abuelo se fue al cielo.

Araucaria

—Hola, Paco, ¿cómo estás? Te veo un poco preocupado.

—¿Qué tal, Manuel? Bueno, en realidad sí. Te cuento: ¿viste que todos estos días son de un otoño dorado, maravilloso? Yo me levanto a la mañana, me preparo el mate y salgo a revisar mis plantas con el termo bajo el brazo. La radicheta está alta, las plantas de morrón ya están en flor y tienen frutos pequeños. Mientras cargo otro mate veo que el rosal todavía tiene algunos pimpollos y los narcisos empiezan a brotar. ¡Qué rico está el mate a la mañana! Y me siento feliz, porque las plantas son mi familia. No sé qué haría sin ellas en esta larguísima pandemia. Y aquí está mi predilecta.

Aquí Paco dejó el mate y acarició las ramas de su araucaria. La había traído de la Patagonia, en su mochila envuelta en diario. Una planta bebé que no medía más de treinta centímetros.

—Yo la acaricio porque es suave y dulce, no pincha como las otras, y ella me responde con su música de siglos y su aroma que te trasporta a la prehistoria. Tres veces la cambié de maceta. Ahora, está en una grande y es más alta que yo. ¡Ay, Manuel, Dios mío! Fue esta mañana que me di cuenta: ¡mi araucaria está enferma! En la parte de abajo de sus ramas está

llena de pequeñas gotitas blancas, como pequeñas lágrimas. Está llorando, Manuel. Ella, mi Ara, sufre. Mañana mismo voy a hablar con el hombre del vivero para que venga a verla y le ponga medicina, o lo que le falte: sulfato de hierro, fertilizante, o a lo mejor... A lo mejor sólo le falta más tierra, toda la tierra del planeta, la libertad, extender sus enormes ramas en el aire y apuntar su corona hacia el cielo. Porque las araucarias son de la estirpe de uno de los primeros árboles que poblaron el planeta. Ellas estaban ahí, mucho antes de que nosotros llegáramos a la Tierra, preparando el oxígeno para nuestra vida. No puedo dejarla morir. Si este señor la salva, yo se la regalo. Solo quiero que viva y sea libre, plantada en tierra.

—¿Te vas a desprender de la araucaria, Paco?

—Sí, Manuel, cuando uno es viejo como yo, debe aprender a desprenderse de las cosas de esta tierra si es que quiere llegar al cielo.

—No puedo creer que la regales. Vos la cuidaste desde que era tan chiquita, como si fuera tu hija.

—Lo sé, por eso quiero que sea feliz. Yo solo la crie. Ahora se convertirá en una reina, y yo siempre la admiraré, desde aquí o desde arriba, y también seré feliz.

Réquiem para un pehuén

Hermano, amigo mío, ¿dónde estás? Necesito tu hombro para apoyar mi frente afiebrada. Salí esta mañana de casa contenta. El sol brillaba, podía caminar y me sentía agradecida de la vida. Hasta que mi vista se posó sobre una gran montaña de ramas verde oscuro, hermosas y muy pinchudas, que yacían truncas sobre la vereda del vecino de enfrente. ¡Dios mío, como puede ser esto!

Allí estaban: inertes, unas sobre otras, sin emitir lamentos. Yo las miraba paralizada y me parecía ver como temblores entre ellas, como los últimos estertores de la muerte, de la muerte de todos los brazos de mi hermosa araucaria, la que le regalé al vecino porque tenía un terreno grande y, en tierra, creció como un gigante. Sus piñas eran grandes como una cabeza, y el año pasado hasta una pareja de chimangos había anidado en su copa.

La música de fondo me sacudió: el sonido de una sierra eléctrica sonaba como el verdugo que estaba afilando el hacha antes de seccionar el cuello de la víctima.

Levanté los ojos y la vi: allí estaba el tronco mutilado, con todos sus brazos seccionados, hasta la cruz de su punta, y aun así se mantenía altiva y recta, con el señorío de su raza. ¡Pehuén, amigo, cuánto te quiero! No me podía mover de allí y me imaginaba al "esclavo de Miguel Ángel", atado a un poste con los brazos hacia atrás y la cabeza en alto, esperando la muerte. Una mano extraña e insensible, que sonaba como el motor de una sierra eléctrica, se apoyó sobre mi corazón y lo estrujó. Mis ojos ya no pudieron contener las lágrimas y me fui de allí.

Esta noche, cuando ya nadie ande por la calle, iré a elegir una de las ramas y le daré honorable sepultura. ¡Pehuén, amigo mío, nunca te olvidaré!

Carta para una hermosa hoja de roble

Una brisa suave recorría el bosque. Entre robles, álamos y sauces, se escuchaba una música, un murmullo rondaba en cada rincón, notas, sonidos de asombro, tristeza, con olor a esperanza...

ESPERA...

¡ESPERA, hermanita!

¡No! No te descuelgues en el viento y te sueltes de nuestra rama, que nos mantuvo juntas desde la primavera.

ESPÉRAME.

Pero te veo danzar suavemente en los brazos del aire juguetón, hasta que te apoya delicadamente sobre la superficie del agua y te alejas, como un pequeño barquito de papel.

ESPÉRAME, DETENTE.

No terminaste de contarme que, por el norte de tu campo, mirando el cielo, viste llegar las primeras golondrinas y...

El río, apurado, malvado, te lleva lejos de mí. Ya no te veo.

Y ahora, ¿con quién me sentaré en el suelo por las noches a escuchar la orquesta de grillos?

¡Cuánta música por escuchar, y cuántos cuentos por escribir!

Entonces, ¡DETENTE, POR FAVOR! Cuélgate de las ramitas del sauce llorón que moja sus puntas en el agua fresca y la acaricia a su paso.

Te estoy esperando.

Cómo imagino "el día después"

Había una vez cuatro amigos inseparables. Habían sido compañeros de la escuela, pero al crecer, la amistad creció junto a ellos y, a pesar de que cada uno siguió sus estudios, su vocación y su trabajo, siempre se encontraban en un viejo café, como antes, a compartir sus alegrías, sus ideas y sus preocupaciones. Aunque eran diferentes entre sí, había tanto respeto entre uno y otro que no creo que sólo el cariño los mantuviera unidos, sino que además había una especie de admiración. Sí, esa es la palabra, se admiraban.

Estamos en 2020. En este tiempo, la Tierra está devastada por una guerra tremenda y cruel. De nada sirven aquí los bombardeos, los tanques, los misiles y las granadas. El armamento, que hizo florecer a la industria armamentista, hoy casi no tiene casi valor. El enemigo es un simple y minúsculo virus que, además, es invisible. No se sabe de dónde viene, si de algún laboratorio o del espacio, y casualmente está preparado para eliminar a los viejos (los geriátricos no se salvan), los enfermos de alto riesgo, y los pobres (en los barrios de emergencia).

Esa una guerra nueva, donde no se sabe por dónde viene el enemigo, ni con qué armas combatirlo. Donde no sirve el valor

de los soldados, sino el de los médicos. En otras palabras, no sirven la fuerza ni el poder, sino la ciencia y el amor.

Y esto es lo que preocupaba a nuestros cuatro amigos, que después de tres largos meses de cuarentena, en los que se mantenían en contacto virtual, con sus computadoras, pudieron volver a sentarse en una mesa de café –con todos los cuidados– y verse cara a cara. Las emociones compartidas y deseo el fuerte y unánime de hacer algo, les hacía hablar más fuerte por su vehemencia y por el barbijo, y sus palabras, aún con las distancias sugeridas, llegaban a los oídos de los pocos y tranquilos ocupantes de las otras mesas de ese viejo bar que los cobijaba desde hacía años, desde que preparaban un examen hasta tarde con una taza de café.

Ahí estaban esa tarde Esteban, ingeniero; Julián, biólogo; Laura, doctora, y Marcos, arqueólogo. El viejo dueño, que venía de tanto en tanto a llenarles las tazas de café, le daba al lugar un aire de familiaridad. Además, había otra cosa que se mezclaba en el ambiente, algo que me recordaba al jardín. Después del frío invernal, los árboles empiezan con brotes y los narcisos, en el piso, son los primeros en abrir sus flores.

Sí, me recordaba la chispa de la esperanza. La vi en los ojos de un adolescente en una mesa cercana. Estaba atento escuchando lo que hablaban y la comisura de sus labios se alargaba asintiendo. El viejo dueño, con pocos clientes, lo observaba y pensaba: "se muere por unirse a ellos".

Esa noche, hablaron sobre cómo quedaría la sociedad cuando esa guerra terminara y qué se podía hacer.

—En la época de grandes crisis se hicieron muchos descubrimientos e inventos, vienen de la necesidad. Ahora, la vacuna será uno de ellos —dijo Esteban.

—No es suficiente —contestó Julián—. El mundo está descontrolado. Hay que cambiar muchas cosas. Los enormes incendios destruyeron el ecosistema y los animales salvajes caminan por la ciudad tranquilamente con sus crías. Otro problema son las abejas, si ellas se mueren no hay polinización y la agricultura se viene abajo. Además, creás una vacuna, pero también puede venir otro virus. Hay que saber por qué apareció este virus.

—¿Por qué se la agarraron con los ancianos? —se indignó Laura—. Nosotros trabajamos para prolongar la vida y después los encierran en geriátricos, sin un rayo de sol, sin historias, sin ver abrirse una flor y reír a los nietos. Y después viene el virus y los mata. Tiene razón, Julián, hay que cambiar muchas cosas.

—Yo sigo con la idea de estudiar las cuevas subterráneas —contó Marcos—. Estoy convencido que la vida es posible en el mundo subterráneo. Sé que ya hay ciudades subterráneas que prepararon por si hay una guerra atómica.

El dueño del café se con un plato de medialunas:

—Para mañana ya no estarán frescas, y a ustedes les sale humo por la cabeza. Y agachándose susurró: —El muchacho de la otra mesa se muere por estar aquí.

Uno de ellos levantó la mano saludando al chico. Él sonrió, ellos también, y se agregó una silla a la mesa.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó Esteban.

—Martín. Mi papá es profe de historia y siempre nos contaba que, cuando eran chicos, se preguntaban por qué había tantos países y tantas banderas. Mejor una sola bandera, así no habría guerras.

—Para eso hace falta mucha educación —dijo Laura.

—Eso es lo que quise decir, porque si la gente no aprende a ocuparse de su vecino y sólo piensa en uno mismo, no va. ¿Puedo ser su vecino?

Todos largaron una carcajada y lo palmearon.

—Ya sos nuestro vecino. Y tu papá también si quiere.

Así se fue agrandando el grupo. El padre de Martín se llamaba Daniel, y además de profesor de historia, era pastor protestante y dirigía una casa de recuperación de chicos drogadictos. Esto le aportó al grupo de amigos la parte espiritual.

Las charlas se hicieron cada vez más jugosas. Algunos decían que la sociedad no podía seguir así, que se podía empezar todo de nuevo en otro lugar, una civilización nueva. Otros decían que, si no cambiaba la mentalidad, todo volvería a ser como ahora, la historia se repetiría.

—No —acotó otro—, porque no hay como el dolor para que la gente entienda que no somos nada sin las personas que amamos, y que el poder que teníamos y todo el dinero acumulado ya no nos sirve de nada. Y estoy seguro de que ese dolor se volvería en ternura al escuchar de cualquier vecino, que nunca saludó: "¿Cómo estás, hermano, te puedo ayudar en algo?".

—Yo tengo amigos que son voluntarios en el hogar de recuperación. No ganan dinero, pero la paz y la alegría que tienen contagia a los demás. Sólo si te preocupás por los demás podés ser feliz —agregó Martín.

El aire del viejo café pareció dar un soplo. O fue tal vez la luz que iluminó de golpe más, como un brinco. O tal vez lo imaginé. Pero sí, algo fresco, nuevo, daba vuelta en el aire. Creo que la chispa de esperanza que vi en los ojos de Martín, el muchachito que quería unirse al grupo, ya había impregnado no

sólo el aire, sino también las mesas, el olor a café; hasta el gato blanco y negro venía a frotarse en las piernas de los muchachos.

Esa noche, se acercó a ellos una señora mayor sonriendo:

—Disculpen, pero los vengo escuchando y me interesa lo que están discutiendo, y me dieron ganas de contarles algo sobre las águilas.

—Por supuesto, estás en el grupo. ¿Cómo te llamas?

—Úrsula. Soy pintora. Estábamos haciendo murales en un concurso internacional y en un descanso me quedé admirando el mural de dos pintoras peruanas. No estaba terminado, pero ya se veía muy claro una gran águila sobrevolando las cumbres de la cordillera. Yo adoro las águilas y me quedé maravillada. Una de ellas dejó de pintar y me preguntó si me gustaban las águilas. Me contó que cuando esta hermosa ave llega a tener 40 años, empieza a sentir los signos de falta de fuerza y, por su hábitat, sabe que no podría cazar ni volar y moriría. Entonces, busca una pequeña cueva en la alta montaña y se refugia allí. Con su fuerte pico se arranca, una a una las garras, luego las plumas largas de sus enormes alas y, por último, golpea contra una roca hasta que se desprende su viejo pico, que ya no le sirve para cazar. Así, se queda acurrucada por cinco meses, sin comer ni moverse, hasta que le crece un pico nuevo, plumas nuevas y garras. Entonces, vuelve a volar majestuosamente y vive 40 años más.

Úrsula se quedó callada unos segundos, mirando la cara de sus oyentes, luego dijo:

—¡Una vida nueva! Si las águilas pueden hacerlo, ¿por qué los humanos no? Nunca pude saber si esta historia era verdadera o era un mito incaico, pero las peruanas la creían y ve-

neraban a esas magníficas aves, que son el símbolo de que después del dolor se puede renacer a una vida nueva.

Todos aplaudieron porque Úrsula trajo mucha ilusión a todo el grupo. Ella nos enseñó a ver la belleza y, sin movernos, a volar junto a las águilas con los ojos cerrados, atravesando bosques llenos de hojas oro y carmín. Más arriba, a ver los destellos de la nieve en las altas cumbres de los Andes, y a sentirse bella y poderosa como esta ave majestuosa que ella tanto ama.

Para festejar de tener una artista con nosotros, esa noche todos pedimos cerveza.

Dia de cobro

El campo estaba sereno y apacible en esa hora del ocaso. Parecía compartir el sentimiento de los peones al terminar su trabajo. Había sido día de yerra y andaban acomodando los animales y guardando herramientas, pero con una expresión relajada en sus rostros curtidos: siempre que se terminaba un trabajo grande, el patrón les hacía un costillar. Por eso Pancho, el peón más jovencito, traía más leña al fogón del patio trasero, porque ese fuego duraría más que otras noches.

—Muchacho, andá y trae más piquillín para el asador —dijo don Sebastiano Costa, el patrón.

Era un hombre alto y fornido, y su cabello completamente blanco mostraba los años que llevaba sobre su espalda. Su mirada se imponía e infundía respeto, pero en sus ojos, de un celeste muy claro, se notaba que era un hombre bueno. Era viudo y sus hijos se habían ido a estudiar a Buenos Aires, pero él no quería dejar su campo. Amaba por sobre todo esa tierra y también a sus peones, que ahora se habían convertido en sus brazos y su espalda. Ellos eran ahora su familia. Siempre compartían los fogones y este era especial porque, además del trabajo realizado, al día siguiente era el cobro.

Las chispas del gran fuego retozaban un poco cerca del crepitar de los troncos, antes de subir brillando en la oscuridad de la noche. Los pájaros ya habían callado su piar en los árboles donde dormían. Sólo algún mochuelo o lechucita miraban desde lo alto de un eucalipto. Los perros, echados, disfrutaban también de la compañía de sus dueños. Sobre el hierro hincado en el suelo ya empezaba a chorrear el jugo del asado, que estaba casi listo.

Hernán, un correntinito, acercó una armónica a sus labios y la música del chamamé instó a Agapito a acompañarlo con la guitarra. Don Sebastiano se sentía feliz viendo que en su mundo todo estaba bien. Observaba satisfecho cómo las manos rudas del alambrador podían arrancarles a las cuerdas melodías tan alegres con delicadeza. Después, estaba Ladislao, que comía gustoso una buena feta de pan con mucho ajo y unas gotas de aceite. Conocía al padre del muchacho, que era italiano y comía esas "brusquetas". Algo típico de allá. Más allá, observó la cara de Nicasio, el que cuidaba el asador. Con qué solicitud cortaba lonjas y las repartía con la punta del cuchillo, y qué satisfacción mostraba cuando le decían: "¡Qué bueno que está!".

Don Sebastiano mientras comía pasaba revista a las caras de cada uno, iluminadas por el fuego. Le decían cómo se encontraba cada uno. Estaban relajados, no podían mentirle. Así, se dio cuenta de que la mirada de Jerónimo, perdida en el jugueteo de las llamas, era la de un enamorado. Tal vez veía en el fuego la cara de la muchacha que lo engualichó. También pudo ver, en la cara de Zoilo, algún problema cuando miraba a Ismael. Algo les pasaba, hablaría con ellos mañana. Terminado

su churrasco, se retiró a la casa dejando a su gente al calor del fuego y la música, pues se tenía que levantar temprano.

A la mañana siguiente, preparó el sulky y salió para el pueblo. Fue al banco a sacar dinero para pagarle a su gente. Puso todo el dinero en el bolsillo interno de su chaleco bien cerrado sobre su pecho. Venía contento. Era día de pago y eso siempre era bueno. Como era temprano, no había nadie en el camino, así que venía silbando y recordando el fogón de la noche anterior. De pronto, desde un bosquecito al lado del camino, salió un hombre a caballo, con la cabeza tapada, un tapaboca que sólo dejaba ver sus ojos y un gran poncho, que se plantó ante el sulky para frenarlo.

—¡Deme todo el dinero! —le dijo con voz ronca.

Pero Don Sebastiano se quedó duro, con los brazos en alto, y no se movió. Entonces, el asaltante se acercó apurado y nervioso, lo tomó por el chaleco, metió su mano en el bolsillo, agarró el dinero y se perdió rápido por donde vino.

Esa tarde, después del trabajo, todos los peones se reunieron en el patio de la casa, contentos y entusiasmados porque era día de pago, y además era sábado, así que muchos tenían pensado ir al pueblo.

En vez de aparecer con el dinero, el patrón salió con dos policías que, según indicación de Don Sebastiano fueron a buscar a Ladislao y lo llevaron del brazo hasta su cabaña, donde hallaron todo el dinero. Los demás peones se quedaron atónitos, mirando lo sucedido sin entender, mientras la policía se llevaba a Ladislao. Nicasio, el asador, se acercó:

—Patrón, ¿qué pasó?

—Un asaltante me paró y me robó todo el dinero. No me robó a mí, ¡les robó a ustedes!

—¿Y cómo supo que era Ladislao?

—Porque soy viejo, pero mi olfato sigue siendo muy bueno y no me gusta el ajo.

Sonriendo, empezó a pagarles.

La bruja sin WhatsApp

Hoy suenan las trompetas, porque hoy, entro en el mundo moderno. Hoy, el 28 de setiembre a 271 días del año en curso, decidí aceptar el celular (¡bruta bestia!) que siempre rechacé con pies y manos. ¿Qué cómo pasó esto, te preguntás? Te cuento. Resulta que estábamos en el dentista, y le pedimos a la secretaria un turno para nosotros dos. Nos dijo que los turnos hay que pedirlos por whatsapp. Carlos le dijo que no era muy ducho con eso. "Entonces pídalo usted" –me dijo– "Yo no tengo celular", respondí. Los ojos se le agrandaron y empezó a gritar ¡Hereje!... Y fue allí que entramos en el medio evo.

Seguía gritando: "¡Es una bruja, una bruja sin whatsapp!", y llamó con celular a la Inquisición. "¡Que la quemen, que la quemen!", gritaba toda la gente. Llegó la Inquisición con una camioneta, y allí mismo armaron una tarima con un tronco alto al que me ataron. Luego prepararon leños gruesos a mis pies, y arriba astillas más finas que empezaron a arder cuando le acercaron una antorcha de papel encendido. La gente alrededor miraba y gritaba enardecida: "¡Que arda, es una bruja!". Yo no podía creer que esa gente gozara tanto de ver como las llamas, pequeñas al principio, luego de lamer los tronquitos a mis

pies, se alargaron rojas y ardientes a envolver mi pobre cuerpo. La situación era un espanto. ¡Ni los animales matan a los de su misma especie así!

Había caído la noche y las llamas altas se recortaban en lo oscuro del cielo sin estrellas. El humo que se escabullía de un lado al otro empujado por el viento creo que sintió piedad por tanto dolor. Se metió con fuerza por mis narices y mi boca y perdí el conocimiento. Y así, sin saber cómo, me encontré de nuevo en la época actual. Ya no era 1560 y yo ahora tenía el extraño convencimiento de que iba a aceptar un celular con whatsapp. Yo misma no lo entendía bien porque amo las cartas escritas a mano, especialmente las cartas de amor. Me encerraba en el baño para leer tranquila las que me mandaba mi novio. ¿Y, quien trae las cartas? El cartero. También lo amo, y así también a los buzones, a las bibliotecas, a las librerías, a los cuentos, y a las abuelas que los contaban y... ¿Acaso es malo amar lo que nos hizo tan felices de chicos?

En este punto, recuerdo una frase que escuché hace mucho: "El amor es el único sentimiento que ni el fuego puede destruir".

La casa de enfrente

Un ruido fuertísimo e inusual despertó al anciano, que fue a la ventana a ver qué pasaba. Del lado de afuera, crecía un gran helecho con sus ramas altas llenas de hojitas, todas horizontales y parejas, que le dejaban una visión un tanto peculiar. Pero pudo ver perfectamente lo que producía ese ruido: una excavadora y una grúa. Sabía que la casa de enfrente se había vendido, pero ¿qué hacían esas máquinas? Pronto lo supo. Junto con los gritos de los obreros de "¡Cuidado allá abajo!" y un gran estruendo, la grúa arrancaba una a una las chapas del techo y luego los hombres las llevaban a un camión en la calle.

El pobre viejo se inquietó. No era su casa, el carpintero y su esposa ya no estaban, no debía importarle, y sin embargo ¡algo le mordía el pecho!

Luego, se escuchó otro estruendo atronador y el ruido del motor de la topadora, que entró en acción contra las paredes de la casa, que cedían por partes.

Las ramas del helecho se movieron. Detrás de ellas, los ojos del anciano se dilataron. Veía el hongo de humo elevarse al cielo, el polvo de las paredes al caer en tierra, y los horrendos tanques Panzer arremeter una y otra vez. Otro hongo de humo

negro, miró hacia arriba, pero los helechos no le dejaban ver de qué aviones caían las bombas. Trató de tranquilizarse. "No hay bombas ni tanques. Son esas topadoras malditas, esos dragones de hierro que destruyen y destruyen con sus fauces de metal. ¡Y me duele!", pensó. La máquina levantaba enormes pedazos de pared y los tiraba en un camión para transporte de escombro. "¿Por qué sufres, si allí no vivía ya nadie?", le pareció que le decía el camión. "Esas paredes fueron un hogar, un cobijo de muchas ilusiones. Tienen la ternura de ver nacer a los hijos, el primer día de jardín con el guardapolvo a cuadritos, verlos abanderados en la escuela, los primeros noviecitos, estudiar toda la noche para el examen, compartir enfermedades y alegrías siempre juntos... Y van a tirar todo. ¡Y sí, me duele, claro que me duele, y mucho!".

—Dale, viejo, si sólo son ladrillos, escombros —le dijo el camión—. Esos ladrillos están impregnados de amor, dolor e ilusiones. Ya no puedo ver más casas derruidas, vi demasiadas cuando era pequeño.

El anciano se alejó de la ventana, de las hojitas horizontales y verdes del gran helecho, que detrás del vidrio le hacían mezclar la realidad con los recuerdos. Se alejó porque su corazón se agitaba. Ahora que los camiones ya se fueron y todo quedó *ausradiert* (arrasado)... ¿Ahora qué? Sí, ahora necesitaba otro tipo de recuerdos para serenarse.

Fue a la cocina y se preparó el mate. Al llenar la pava, el agua le recordó el bálsamo del mar, con sus olas repitiendo siempre ese movimiento acompasado, monótono. Él las miraba desde la borda del barco y, casi sin darse cuenta, le contaba todo lo tumultuoso y angustiante que había pasado en su pueblito natal. Compartir con ese amigo, salado y siempre en mo-

vimiento, le dio un gran alivio. Le hizo entender que, siempre que algo termina, se puede volver a sembrar, a construir. Que la vida sigue siempre, como las olas oscuras, pero cubiertas de espuma blanca del mar, su querido amigo.

Luces en la noche

Estoy aquí, tomando mate delante de la ventana, mirando cómo llueve sobre el jardín del patio en primavera. Veo cómo el jazmín, grávido de agua, se inclina como para proteger los pétalos de la azalea apenas florecida, cómo las gotas redondas y brillantes quedan atrapadas colgando de las ramas de la araucaria. ¡Bendita lluvia! Pero no puedo dejar de pensar que muchos nidos se mojarán, e imagino a las mamás pájaro, con sus plumitas infladas, tratando de tapar a sus polluelos recién nacidos. ¿No tendrán miedo? Como los nenes chiquitos cuando sienten un trueno...

—Todos tienen miedo, es parte de la vida. ¿Acaso tú no?

Al que me habla, sólo yo lo escucho. Se llama Manuel, es como cuando éramos niños y teníamos un amigo invisible. Bueno, ahora somos viejos y será lo mismo.

—Yo no... Bueno, sí.

—Contame, ¿a qué le tenés miedo en tu vida? Pensá.

—Creo que a las lucecitas de los aparatos electrónicos de noche. Te vas a reír de mí, me vino siendo ya muy grande. Cuando uno es viejo, se levanta varias veces de noche para ir al baño, sin encender la luz. Caminás en la oscuridad y ves

en el living la lucecita roja del televisor. También, donde está la computadora, hay muchas: del *router*, del módem, del parlante... Y si te movés, arriba se enciende una de color naranja de la alarma. ¡Ya es demasiado! No es que les tenga miedo a las luces, pero todo está conectado a una red cibernética, que sabe todo de vos: lo que escribís, lo que piensan tus amigos, lo que tenés en el banco y si no pagaste el gas. A esto le agrego los celulares, que hacen ruido cuando caminás en la oscuridad para hacer pis en paz. A la mierda con todo eso. Te digo que me gustaría a veces vivir en el monte, donde la noche es noche, sólo alumbrada por las estrellas y la luna, sin lucecitas que te espían.

—Bueno, te recuerdo que en el monte hay cocuyos, bichitos de luz, y además dos luces amarillas, que son los ojos del yaguareté.

—Sí, de acuerdo. Pero además de las lucecitas, la noche tiene su música. A veces, es tierna como el arrullo de una madre acunando a su niño; otras, es solemne y respetuosa, como las notas del silencio, que vuelcan en lágrimas todo el dolor por los compañeros muertos en combate. Otras, tiene notas jugueto-nas, como los ensueños dulces y puros de los niños dormidos después de jugar mucho y que sonríen soñando. Y aunque ya no se escuchan esos coros de niños que tanto me gustaban, oigo risas, gritos y carcajadas. ¡El sonido de las voces de los chicos es como la yerba buena!

Lo que más me emociona siempre es la música del fuego. Alrededor de la luz de un fogón de noche, en un campamento, están esas llamas rojas y azules, que muerden las maderas, moviéndose constantemente y luego levantándose en lenguas de fuego que nos iluminan la cara a todos los que rodea-

mos la fogata, y dibujan sombras largas detrás de nosotros y otras sombras de humo, que suben hacia lo alto, acallan el canto de las chispas.

Estoy pasando la noche, escuchando todos sus sonidos, su belleza y su misterio. Pero estoy preso aquí encerrado...

—Manuel, ¿alguna vez podré salir y ver la luz del sol, la vida, la libertad?

–Claro que sí, amigo, estoy seguro. Porque después de la noche, por más oscura y lluviosa que sea, siempre amanece.

—¡Dios te bendiga, Manuel!

Una respuesta de amor

Amigos, ¡el lugar que estoy viendo ahora es bellísimo! No sé si es un sueño o no, pero se los cuento. Estamos en un lugar como una granja o una estancia, con una casona grande y muy bella de un estilo extraño, pero muy señorial. Alrededor, hay jardines con pasto prolijamente cortado, matas de flores y también una pileta, todo muy cuidado. Allí estamos nosotros, todas personas muy grandes sentadas en grupo, charlando y gozando del sol y la naturaleza. Más allá, donde termina el pasto cortado, ya es bosque, tupido y achaparrado. No sé por qué estamos allí. Pareciera un lugar de vacaciones, pero solo para ancianos, no hay nadie que nos cuide, simplemente charlamos.

Una cosa muy linda me llamó la atención: todos estamos con nuestra mascota. Veo a Sara con su gata enroscada en la falda, que la acaricia. Se la ve feliz. Juan tiene sentado a su lado, apoyado en su pierna, a su ovejero alemán. Él le soba la cabeza y el perro lo mira con devoción. Otro está con un perrito faldero, lanudo y cariñoso. Y, más allá, veo a Alberto, con su bastón y una caja de cartón entre sus piernas, con un simple pájaro adentro; no, perdón, un zorzal.

A todos se los veía contentos hablando de sus mascotas, y a mí se me antojaba que eran niños abrazados a su peluche favorito y que con él podían dormir y hacer lo que quisieran. Pero a Alberto se lo veía preocupado. Su pájaro era hermoso, todo marrón con el pecho colorado, casi sangre, un pico fuerte y largo que le permitía sacar insectos o gusanos de la tierra, un porte que parecía el de un príncipe y su canto... ¡Ah! Cuando de pronto, desde su caja de cartón, lanzó su canto —una romanza de notas comparable al mejor tenor de la La Scala de Milán— todos quedamos atónitos y sin palabras. A Alberto se le escaparon lágrimas de sus ojos cansados, porque pensaba que, a pesar de todo, les ofrecía su canto.

Sucede que él lo rescató cuando lo perseguía un gato (que se ve que no fue el primero). El zorzal no podía volar, tenía un ala rota, y le faltaban la cola y una patita. Alberto lo alimentaba y lo acariciaba, pero ¿no era egoísmo tenerlo en una cajita de cartón para que no se lo comiera el gato? ¿Era natural vivir así? Alberto se preguntaba todas esas cosas, pero con dolor, porque amaba a ese dulce pájaro que ofrecía su melodioso canto cuando amanecía y a la tarde a la hora del descanso, del Angelus.

Mientras se lo preguntaba, su mirada iba hacia donde no había pasto cortado, donde se veía el bosque tupido y achaparrado, y pensaba en la palabra más hermosa que conocía después de "mamá": "libertad". ¡Pero si nadie lo protege morirá! ¿Y? ¿Acaso será tan terrible y feo morir? No lo creo. Creo que mi pájaro se llevará todos los olores de helechos y hojas secas, todos los chirridos de los insectos de la noche, todo el batir de alas en el amanecer... Y abrirá sus alas, se elevará en alto y devorará el viento, y jugará con los colores de la luz, y será feliz.

Lentamente, Alberto se levantó. Con una mano se apoyaba en su bastón, con la otra abrazaba contra su pecho la pequeña caja de cartón; con dificultad, pero ya seguro, se encaminó hacia la zona del bosque tupido y achaparrado.

Hay libros que nacen del deseo de contar, y otros, como este, del deseo de acompañar.

Los cuentos de Aide –Adelaide María Cesar– son pequeñas joyas de sencillez y humanidad. En ellos, el amor familiar, la memoria y la imaginación se entrelazan con la delicadeza de quien mira el mundo con ternura, sencillez y ojos de niño.

Sus historias nos invitan a viajar por paisajes de infancia, recuerdos de guerra y migración o momentos cotidianos transformados en poesía. En cada relato late una sensibilidad profunda, una voz que encuentra en los gestos simples la grandeza de lo humano.

Aide escribía para compartir consuelo, para tender un puente entre las personas, convencida de que una buena historia podía ofrecer alivio, compañía y esperanza.

En estas páginas, su voz sigue viva: serena, cálida, entrañable. Estas historias no buscan brillar, sino acompañar y, al hacerlo, iluminan. Nos recuerdan que, a veces, las palabras más simples son las que mejor abrigan el alma.

ISBN 978-631-91433-1-7